



Eduardo Blanco

VENEZUELA HEROICA

COLECCIÓN BICENTENARIO CARABOBO



200
BATALLA DE
CARABOBO

Eduardo Blanco (1839-1912) Militar, escritor y político. Vinculado al ejército desde los 20 años, decide cambiar la carrera de las armas por la de las letras al publicar sus primeros relatos con el seudónimo de Manlio. Promotor de la instalación de la Academia Venezolana de la Lengua en 1883 y ministro de Instrucción Pública en dos ocasiones, en 1911 fue homenajeado como el gran escritor nacional. Entre sus obras se cuentan: *Una noche en Ferrara* (1875); *Lionfort* (1879); *Venezuela heroica* (1881); *Cuentos fantásticos. Vanitas vanitatum* y *El número 111* (1882); *Zárate* (1882) y *Las noches del Panteón* (1895).

« Portada: *Batalla de Boyacá (detalle)*. Martín Tovar y Tovar, París, 1890.
Colección Palacio Federal Legislativo, Caracas.
Foto: Alfredo Padrón



3

Venezuela heroica

CUADROS HISTÓRICOS

EDUARDO BLANCO

COLECCIÓN BICENTENARIO CARABOBO

EN HOMENAJE AL PUEBLO VENEZOLANO

El 24 de junio de 1821 el pueblo venezolano, en unión cívico militar y congregado alrededor del liderazgo del **LIBERTADOR SIMÓN BOLÍVAR**, enarbó el proyecto republicano de igualdad e “independencia o nada”. Puso fin al dominio colonial español en estas tierras y marcó el inicio de una nueva etapa en la historia de la Patria. Ese día se libró la **Batalla de Carabobo**.

La conmemoración de los 200 años de ese acontecimiento es propicia para inventariar el recorrido intelectual de estos dos siglos de esfuerzos, luchas y realizaciones. Es por ello que la **COLECCIÓN BICENTENARIO CARABOBO** reúne obras primordiales del ser y el quehacer venezolanos, forjadas a lo largo de ese tiempo. La lectura de estos libros permite apreciar el valor y la dimensión de la contribución que han hecho artistas, creadores, pensadores y científicos en la faena de construir la república.

La **COMISIÓN PRESIDENCIAL BICENTENARIA DE LA BATALLA Y LA VICTORIA DE CARABOBO** ofrece ese acervo reunido en esta colección como tributo al esfuerzo libertario del pueblo venezolano, siempre insurgente. Revisitar nuestro patrimonio cultural, científico y social es una acción celebratoria de la venezolanidad, de nuestra identidad.

Hoy, como hace 200 años en Carabobo, el pueblo venezolano continúa librando batallas contra los nuevos imperios bajo la guía del pensamiento bolivariano. Y celebra con gran orgullo lo que fuimos, somos y, especialmente, lo que seremos en los siglos venideros: un pueblo libre, soberano e independiente.

Nicolás Maduro Moros

PRESIDENTE DE LA REPÚBLICA BOLIVARIANA DE VENEZUELA

Nicolás Maduro Moros
PRESIDENTE DE LA REPÚBLICA BOLIVARIANA DE VENEZUELA

COMISIÓN PRESIDENCIAL BICENTENARIA DE LA BATALLA Y LA VICTORIA DE CARABOBO

Delcy Eloína Rodríguez Gómez

Vladimir Padrino López

Aristóbulo Iztúriz Almeida

Jorge Rodríguez Gómez

Freddy Nández Contreras

Ernesto Villegas Poljak

Jorge Márquez Monsalve

Rafael Lacava Evangelista

Jesús Rafael Suárez Chourio

Félix Osorio Guzmán

Pedro Enrique Calzadilla

Venezuela heroica

CUADROS HISTÓRICOS

LA VICTORIA

SAN MATEO

LAS QUESERAS

BOYACÁ

CARABOBO

EDUARDO BLANCO



Hélas! au milieu de nos préoccupations journalières, au milieu de nos luttes de la tribune, au milieu de nos procès scandaleux, les choses, les événements, et même les hommes, passent si vite, qu'un jour on oubliera, s'ils ne sont déjà oubliés, les détails de ce magnifique combat, que nous pouvons opposer à tout ce que l'antiquité nous a légué d'héroïque et de grand.

Jetons donc une page de plus à ce vent qui roulait les feuilles de la Sibylle de Cumès, et qui emporte toute chose humaine vers l'obscurité, le néant et l'oubli.

A. DUMAS (GUERRE D'ALGÉRIE).

Índice

- 13 Introducción
- 17 Batalla de La Victoria (12 de febrero de 1814)
- 45 El Sitio de San Mateo (febrero y marzo de 1814)
- 81 Las Queseras (3 de abril de 1819)
- 109 Boyacá (7 de agosto de 1819)
- 151 Carabobo (24 de junio de 1821)

Introducción

Desde el sometimiento de la América a sus conquistadores, el estruendo de las armas y los rugidos siniestros de la guerra no despertaban los ecos de nuestras montañas.

La cautiva de España, abandonada a su destino, sufría en silencio el pesado letargo de la esclavitud. Nada le recordaba un tiempo menos desgraciado; nada le hablaba aquel lenguaje halagador de las propias y brillantes proezas, en que aprenden los pueblos en la infancia a venerar el sucio donde nacen y a amar el sol que lo fecunda. Las mismas tradiciones de la conquista habían sido olvidadas. Las generaciones se sucedían mudas, sin que los padres trasmitiesen a los hijos uno solo de esos recuerdos, conmovedores por gloriosos, que exaltan el espíritu y alimentan por siempre el patrio orgullo. Sin fastos, sin memorias, sin otro antecedente que el ya remoto ultraje hecho a la libertad del Nuevo Mundo, y las huellas de cien aventureros estampadas en la cerviz de todo un pueblo, nuestra propia historia apenas si era un libro en blanco y nadie habría podido prever que, no muy tarde, se llenarían sus páginas con toda una epopeya.

En cambio, adaptábamos como nuestras las glorias castellanas. Era este un consuelo, no una satisfacción.

Para los pueblos todos, vivir sin propia gloria equivale a vivir sin propio pan; y la mendicidad es degradante.

El Cid, Gonzalo y don Pelayo eran los héroes de todas las leyendas. La conquista de Granada, el poema por excelencia: nuestros padres lo sabían de memoria. Como se ve, la poesía del heroísmo nos venía de allende los mares.

Con todo, no era poco para quien nada poseía.

A veces una chispa de fuego deslumbra como el sol.

En la lóbrega oscuridad de perdurable noche, todo lo que no es profundamente negro semeja claridad, luz, que anhela el que gime en el fondo del antro, que estima como una providencia, que ama y bendice, no importa de dónde le venga: de los resplandores del cielo o de las llamas de un auto de fe.

Sin embargo, aquel huésped sedicioso que se escurría como de contrabando, no llegaba a inquietar a los guardianes del paciente rebaño.

Mientras la poesía nos viniera de España, no había razón para temerla; a más de que el abatimiento colonial parecía deprimir, sin sacrificio, toda noble tendencia, toda elevada aspiración.

La vida corría monótona; por lo menos, sin combate aparente y con la docilidad de un manso río, se deslizaba aprisionada entre la triple muralla de fanáticas preocupaciones, silencio impuesto y esclavitud sufrida que le servían de diques.

Nada respiraba: artes, industrias, ciencias, metodizadas por el temor y la avaricia, desmayaban a la sombra del régimen cauteloso en que se las toleraba.

Como polvo al fin, el pueblo vivía pegado al suelo: no existían vendavales que lo concitasen.

Silencio y quietud era nuestra obligada divisa. Y privados de nuestros derechos no existíamos para el mundo.

Solo el trueno que bramaba sobre nuestras cabezas, y las convulsiones misteriosas que estremecían la tierra bajo nuestros pies, eran los únicos perturbadores que, a despecho de la corona de España, osaban atentar contra el silencio y la quietud letárgica de la colonia.

Plena era la confianza de los dominadores en la presa que retenían y en la seguridad con que se la guardaba: confianza autorizada por la experiencia de la muerte moral a que condena el vasallaje: seguridad que abonaba,

más que la fuerza misma empleada en sostenerla, el viejo nudo de tres siglos que aseguraba al cuello de la víctima el estrecho dogal del cautiverio.

¡Ceguedad! —Entre la sombra de lo imprevisto por los conculcadores, en todo tiempo, de los sagrados derechos de la humanidad, está oculta esa fuerza violenta, activa, poderosa, que animada de pronto, cambiar puede, a su arbitrio, la suerte de los pueblos, la faz de las naciones y aniquilar la obra de los siglos.

La fuerza se anima. La revolución estalla, *et mortui resurgent*.

De súbito, un grito más poderoso aún que los rugidos de la tempestad; un sacudimiento más intenso que las violentas palpitaciones de los Andes recorre el continente. Y una palabra mágica, secreto de los siglos, incomprendible para la multitud, aunque propicia a Dios, se pronuncia a la faz del león terrible, guardián de las conquistas de Castilla. El viento la arrebató y la lleva en sus alas al través del espacio, como un globo de fuego que ilumina y espanta. Despiertan los dormidos ecos de nuestras montañas, y cual centinelas que se alertan, la repiten en coro: las llanuras la cantan en sus palmas flexibles: los ríos la murmuran en sus rápidas ondas; y el mar, su símbolo, la recoge y envuelve entre blancas espumas y va a arrojarla luego, como reto de muerte, en las playas que un día dejó Colón para encontrar un mundo.

Las grandes revoluciones guardan cierta analogía con las ingentes sacudidas de la naturaleza: sus efectos asombran, su desarrollo no se puede augurar. Ambas obedecen a una misma impulsión, a un oculto poder, a una suprema fuerza: ambas se hacen preceder de siniestros rumores: ambas estallan con estrépito; y ambas tienen también ruidosas y peculiares manifestaciones que a veces se confunden: la una el trueno, la otra el rugido. Sin embargo, el contraste entre ellas suele ser tan grande que llega hasta la antítesis: la tempestad abate: la revolución levanta: la una esteriliza, la otra fecunda. Dios está sobre todo y tiene sus designios.

Al grito de libertad que el viento lleva del uno al otro extremo de Venezuela, con la eléctrica vibración de un toque de rebato, todo se conmueve y palpita; la naturaleza misma padece estremecimientos espantosos; los ríos se desbordan e invaden las llanuras; ruge el jaguar en la caverna; los espíritus se inflaman como al contacto de una llama invisible; y aquel pueblo incipiente, tímido, medroso, nutrido con el funesto pan de las preocupaciones, sin ideal soñado, sin anales, sin ejemplos; tan esclavo de la ignorancia como de su inmutable soberano; rebaño más que pueblo; ciego instrumento de aquel que lo dirige; cuerpo sin alma, sombra palpable, haz de paja, seco al fuego del despotismo colonial, y sobre el cual dormía tranquilo, como en lecho de plumas, el león robusto de Castilla; aquel pueblo de parias, transfórmase en un día en pueblo de héroes. Una idea lo inflamó: la emancipación del cautiverio. Una sola aspiración lo convirtió en gigante: la libertad.

El cañón, la tribuna y la prensa, esos perpetuos propagadores de las revoluciones, tronaron a la vez: y tenaz, heroico, cruel y desesperado, se entabló el gran proceso, la lucha encarnizada de nuestra independencia.

La República, implantada de improviso, hace frente a la vieja monarquía: la libertad al despotismo.

Deducid el encono: estimad el estrago.

Osar a la emancipación era osar a la libertad: el mayor de los crímenes para los sostenedores del principio monárquico colonial.

En 1810 como en 1789, la libertad era un cáncer social, que exigía, como único tratamiento, el cauterio. España no lo economizó en sus colonias; pero el hierro y el fuego fueron ineficaces.

Sobre doscientos mil cadáveres levantó Venezuela su bandera victoriosa; y como siempre en los fastos modernos, la República esclarecida en el martirio se irguió bautizada con sangre.

Batalla de La Victoria

(12 de febrero de 1814)

I

Hay lugares marcados por acontecimientos de tamaña trascendencia, que no es posible, so pena de comprobar el más refinado estoicismo, o la más crasa ignorancia, pasar por ellos con indiferencia.

La humanidad, en el desarrollo progresivo de sus necesidades, en el desenvolvimiento de sus ideas, en la continua lucha de sus pasiones, ya conculcando fueros, ya defendiendo derechos adquiridos, ya conquistando prerrogativas que los hombres entre sí se disputan, dominados por el poderoso ascendiente de esas dos grandes tendencias que conmueven el mundo desde la creación: la fuerza que reprime y la idea que liberta: la humanidad ha marcado con sangre todas y cada una de sus transformaciones. Cada uno de sus pasos hacia el ideal de esa perfección política y social, con la cual han soñado y sueñan las naciones, ha dejado impresa una huella sangrienta: allí las ruinas de la patria de Príamo; allí el suelo aún palpitante de Maratón, Platea y las Termópilas; allí el Granico, Issus y Arbela; allí los campos de Trasimeno y Cannas; allí los de Farsala y Munda; allí Actium con sus olas furiosas que proclaman la muerte de la Roma republicana; allí el Gólgota, siempre resplandeciente; allí los campos cataláunicos; allí las ásperas gargantas de Roncesvalles; allí, en fin, mil y más sitios de esforzadas proezas, y Lepanto, Jemmapes, Austerlitz, Zaragoza y Waterloo.

Acaso no haya pueblo que deje de poseer uno de esos pedazos de tierra, reverenciados por el patriotismo, consagrados por la sangre en ellos

derramada. Boyacá, Carabobo y Ayacucho hablan más alto a nuestro espíritu que los poemas inmortales en que Homero y Virgilio narraron las proezas de los antiguos héroes: campos memorables donde aún resuenan con misteriosos ecos el fragor del combate, las vibraciones del clarín y el grito de victoria.

De esos osarios gigantescos que hoy remueve el arado y cubre de verdura, eterna primavera, se levanta, visible solo a los ojos del espíritu, todo un monumento consagrado a la memoria de nuestros esforzados progenitores. Y si la ingratitud no ha permitido aún, agregar al glorioso sarcófago la piedra tumular, ni la columna alegórica al cimiento de huesos que afrenta el polvo de medio siglo de abandono, no por ello los corazones generosos palpitan con menos emoción y con menos respeto al contemplar aquellos campos de reñidas batallas, donde duermen el sueño de los héroes, tanto guerrero ilustre, y tanta humilde víctima de nuestra magna lucha.

Uno de aquellos sarcófagos, tan glorioso para Venezuela como los ya citados, se ofrece de improviso a los ojos del viajero que, por la vía de las montañas, penetra en los risueños valles del Aragua. En medio de extensos campos cubiertos de perenne verdura, se levanta una ciudad que, aunque triste y silenciosa cual si temiera turbar con profana alegría el reposo de los heroicos muertos que encierra en su recinto, pregona sin embargo el alto ejemplo y las titánicas proezas de nuestros mayores. Aquella ciudad cuyo renombre vivirá eternamente en los anales americanos, es La Victoria: escenario sangriento de una de nuestras más terribles y reñidas batallas.

Dos fechas históricas, de opuestas resonancias, vienen a la memoria, al contemplar aquel recinto, donde aún palpitan los recuerdos del insigne combate empeñado a principios de la revolución, entre los dos atletas más esforzados que la República y la monarquía se opusieron recíprocamente durante el primer lustro de nuestra guerra de independencia.

Desechemos el recuerdo nefasto consignado en la capitulación de 1812. Descubrámonos ante la ciudad valerosa que, a los ojos del patriotismo, sirve de pedestal a la pirámide altísima, en cuya cima, cual la de un dios olímpico, descuella la figura de José Félix Ribas, y llenos de noble orgullo transportémonos al 12 de febrero de 1814.

II

¡He aquí el año terrible! El año de la sangre y de las pruebas, sobre el cual aparece escrito por la espada de Boves el *Lasciate ogni speranza* para los republicanos de Venezuela.

En torno de aquel feroz caudillo, improvisado por el odio más que por el fanatismo realista, las hordas diseminadas en la dilatada región de nuestras pampas, invaden, como las tumultuosas olas de mar embravecida, las comarcas hasta entonces vedadas a sus depredaciones.

Mayor número de jinetes jamás se viera reunido en los campos de Venezuela. De cada cepa de yerba parecía haber brotado un hombre y un caballo. De cada bosque, como fieras acosadas por el incendio, surgían legiones de jinetes armados, prestos a combatir. Los ríos, los caños, los torrentes que cruzan las llanuras, aparecen izados de lanzas y arrojan a sus riberas tropel innúmero de escuadrones salvajes capaces de competir con los antiguos centauros.

Suelta la rienda, hambrientos de botín y venganza, impetuosos como una ráfaga de tempestad, ocho mil llaneros comandados por Boves hacen temblar la tierra bajo los cascos de sus caballos que galopan veloces hacia el centro del territorio defendido por el Libertador.

Nube de polvo, enrojecida por el reflejo de lejanos incendios, se extiende cual fatídico manto sobre la rica vegetación de nuestros campos. Poblaciones enteras abandonan sus hogares. Desiertas y silenciosas se

exhiben las villas y aldeas por donde pasa, con la impetuosidad del huracán, la selvática falange en pos de aquel demonio que le ofrece hasta la hartura el botín y la sangre, y a quien ella sigue en infernal tumulto cual séquito de furias al dios del exterminio.

Es la invasión de la llanura sobre la montaña: el desbordamiento de la barbarie sobre la República naciente.

Conflictiva de suyo la situación de los republicanos, se agrava con la aproximación inesperada del poderoso ejército de Boves.

Bolívar intenta detener las hordas invasoras, oponiéndoles el vencedor en Mosquiteros, con el mayor número de tropas que le es dado presentar en batalla.

Vana esperanza. Campo-Elías es arrollado en La Puerta, y sus tres mil soldados acuchillados sin misericordia.

Tan funesto desastre amenaza de muerte la existencia de la República.

Campo-Elías vencido es la base del ejército perdida, el blanco abierto, la catástrofe inevitable.

Todos los sacrificios y prodigios consumados por el ejército patriota para conservar bajo sus armas la parte de territorio tan costosamente adquirida, van a quedar burlados.

La onda invasora se adelanta rugiendo: nada le resiste, todo lo aniquila. Detrás de aquel tropel de indómitos corceles bajo cuyas pisadas parece sudar sangre la tierra, los campos quedan yermos, las villas incendiadas, sin pan el rico, sin amparo el indigente: y el pavor, como ave fatídica cerniéndose sobre familias abandonadas y grupos despavoridos y hambrientos que recorren la selva como tribus errantes.

¡El nombre de Boves resuena en los oídos americanos como la trompeta apocalíptica!

Cunde el terror en todos los corazones. Mina la desconfianza el entusiasmo del soldado. Caracas se estremece de espanto, como si ya golpea-

ran a sus puertas las huestes del feroz asturiano. Decae la fe en los más alentados. Una parálisis violenta producida por el terror amenaza anadar al patriotismo. Cual si uno de los gigantes de la andina cordillera hubiese vomitado impreviso una tempestad de lavas y escorias capaces de soterrar el continente americano, todo tiembla y todo se derrumba.

Solo Bolívar no se conmueve; superior a las veleidades de la fortuna, para su alma no hay contrariedad, ni sacrificio, ni prueba desastrosa que la avasalle ni la postre.

Sin detenerse a deplorar los hechos consumados, alcanza con el relámpago del genio los horizontes de la patria; pesa la situación extrema a que le trae la rota de Campo-Elías y la doble invasión que practican a la vez Rosete y Boves sobre la capital y sobre el centro de la República; mide sus propias fuerzas, que nunca encontró débiles para luchar por la idea que sostuvo, y concibe y pone en práctica con enérgica resolución un nuevo plan de ataque y defensa.

Seguido de una parte de las tropas que asedian a Puerto Cabello, fija en Valencia su cuartel general; punto céntrico para atender a D'Eluyar a quien ha dejado frente a los muros de la plaza sitiada, a su ala izquierda, que cubre el Occidente, y para conjurar el conflicto producido en Aragua con la aproximación de Boves.

A la vez que Ribas improvisa en Caracas una división para marchar sobre el enemigo, Aldao recibe orden de fortificar el estrecho de la Cabrera, donde va a situarse Campo-Elías con los pocos infantes salvados de la matanza de la Puerta.

A Urdaneta, que combate en Occidente, se le exige reforzar con parte de sus tropas las milicias que se organizan en Valencia. Ínstase a Mariño para que acuda al auxilio del Centro. Díctanse medidas extremas; pónese a prueba el patriotismo; el que puede manejar un fusil se hace soldado; acéptase la lucha, por desigual que sea; y Mariano Montilla,

con algunos jinetes, sale del cuartel general, se abre paso por entre las guerrillas enemigas que infestan la comarca y va a llevar a Ribas las últimas disposiciones del Libertador.

Nada se omite en tan difíciles circunstancias; lo que está en las facultades del hombre, se ejecuta, lo demás toca a la suerte decidirlo.

El conflicto, entre tanto, crece con rapidez. Como aquellos terribles conquistadores asiáticos, ávidos de poder y de venganza, se adelanta Boves por entre un río de sangre, que alimentan sus feroces llaneros al resplandor siniestro de cien cabañas y aldeas incendiadas, que el invasor va dejando tras sí convenidas en ceniza.

Apercibido a la defensa, el Libertador aguarda confiado en su destino la sucesión de los acontecimientos que se van a efectuar. Al terror general que le circunda, opone, como fuerza mayor, su carácter tenaz e incontrastable: al huracán que se desata para aniquilarle, enfrenta en primer término toda una fortaleza: el corazón de José Félix Ribas.

El jaguar de las pampas va a medirse con el león de las sierras; son dos gigantes que rivalizan en pujanza y que por la primera vez van a encontrarse.

III

Apenas con siete batallones que no exceden de 1.500 plazas, un escuadrón de dragones y cinco piezas de campaña, Ribas ocupa La Victoria, amenazada a la sazón por la vanguardia del ejército realista. Escaso es, pues, el número de combatientes que el General republicano va a oponer al enemigo, pero el renombre adquirido por este jefe afortunado alienta a cuantos le acompañan.

Empero, ¿sabéis quiénes componen, en más de un tercio, ese grupo de soldados con que pretende Ribas combatir al victorioso ejército de Boves? Casi es inconcebible.

Después de haber ofrendado, desde 1811, al insaciable vampiro de la guerra, la sangre de sus hijos, Caracas se encuentra extenuada; no tiene ya hombres que aprestar al sacrificio, y al reclamo de la patria en peligro, solo puede ofrecer sus más caras esperanzas: los alumnos de la Universidad.

De las aulas se levanta una generación adolescente, que abandona el Nebrija para empuñar el fusil. Sobre la beca del seminarista se ostentan de improviso los arreos del soldado. De camino al encuentro del enemigo, aprenden el manejo de aquella arma mortífera que pesa sobre sus hombros; y acostumbran el oído a los toques de guerra y a las voces de mando de aquellos nuevos decuriones que se prometen enseñarlos a servir a la patria. Todos van contentos; diríase que están de vacaciones, ¡pobres niños! Ligero bozo apenas sombrea sus labios, y ya la pólvora les va a ensañar el corazón; apenas les bulle ardiente en las venas la sangre generosa de sus padres, y ya van a derramarla. ¡Todo por la patria!, ¡por la patria!, y por la idea sublime que alienta en sus almas juveniles.

¡Libertad, libertad! ¡Cuánta sangre y cuántas lágrimas se han vertido por tu causa... y todavía hay tiranos en el mundo!

La situación de La Victoria, hasta entonces desguarnecida, y en la expectativa de ver caer sobre ella el *azote del cielo*, como nombraban a Boves, expresa elocuentemente el grado de terror que infundía en nuestras masas populares la ira, jamás apaciguada, de aquel feroz aliado de la muerte, a quien la vista de la sangre producía vértigos voluptuosos y fruiciones infernales.

Toda criatura humana, sin distinción de edad, sexo o condición social, trataba de desaparecer de la presencia de tan funesto aventurero.

Los bosques se llenaban de amedrentados fugitivos, que preferían confiar la vida de sus hijos, madres y esposas a las fieras de las selvas, antes que a la clemencia de aquel monstruo de corazón de hierro, que jamás conoció la piedad.

En el poblado, el silencio lo dominaba todo; nada se movía; casi no se respiraba. Los niños y las aves domésticas parecían haber enmudecido. Los arroyos callaban. El viento mismo no producía en los árboles sino oscilaciones sin susurros.

Los que no habían podido huir a las montañas se inclinaban abatidos en el recinto del hogar, buscaban la oscuridad para refugiarse como en los pliegues de un manto impenetrable, y desde allí se forjaban ruidos siniestros, precursores de la catástrofe que los amenazaba; ruidos que no querían oír, pero que fingía el terror, haciendo así más larga y palpitante la zozobra.

Ribas fue acogido por aquel pueblo agonizante, como un enviado del cielo.

IV

A la noticia de que una división republicana venía a cerrarle el camino de la capital, Boves se detiene dos días en la Villa de Cura, para reconcentrar su ejército y organizar sus numerosos escuadrones.

Componíase este ejército, casi en totalidad, de rudos moradores de nuestras llanuras, por entonces completamente salvajes; de esclavos, que blasfemando de la revolución que rompía sus cadenas, corrían desalentados a degollar a sus libertadores; y de esa masa flotante, torpe, viciosa, hambrienta de botín, que se adhiere a todas las causas, medra con todas ellas, y asiste como los cuervos al horrible festín de las batallas, para hartarse de sangre, no importa cuál sea la arteria que la vierta.

El número de peninsulares y canarios agregados a las hordas de Boves era en extremo reducido: el verdadero ejército español vencido por Bolívar arribó a Venezuela poco después de los sucesos que nos proponemos narrar.

Aquella falange desordenada; aquel tropel de bestias y de hombres feroces; aquel híbrido hacinamiento de razas en el más alto grado de barbarie, esclavos sumisos, a la vez que verdugos implacables; aquel ejército, en fin, fantástico y grotesco por la singularidad del equipo en que predominaba *el desnudo*, ponía espanto e inspiraba horror.

Veíanse en la revuelta confusión de los desordenados escuadrones, hombres tostados por el sol y apenas cubiertos con un calzón de lienzo arrollado hasta el muslo; fisonomías ceñudas, pies descalzos; talones armados de acicates de hierro que destilan sangre; cabezas erizadas de greñas que se mezclan a flotantes divisas; sillas de pieles sin adobar; fustes de madera llenos de nudos y correas, o simplemente el terso lomo del animal bravío que completa aquellos centauros de las pampas. Potros indómitos que arrojan resoplidos como toros salvajes; caballos águilas, que saltan, relinchan y se encabritan al estridor de las cornetas. Jinetes funámbulos, que hacen prodigios de equilibrio y destreza, armados de largas y agudas lanzas empavesadas con rojas banderolas.

Aunque menos diestra en el manejo de su arma, la infantería no es menos impetuosa, ni su equipo menos extravagante. Por uniformes y penachos lleva calzones y camisas desgarrados, gorros de cuero de fantásticas formas, y terciadas mantas de *bayeta* encarnada, recogidas al cuerpo por cintos de pieles sin curtir.

Agregad a todo esto, abigarramiento de colores, diversidad de tipos, formas robustas y bronceadas, escorzos imposibles, ruidos discordantes, tambores que redoblan, clarines que ensordecen, estrepitosa vocería, bruscos movimientos, chasquidos de espadas, pisadas de caballos, relinchos; y la más completa confusión de hirsutas crines, rojas lanzas, bayonetas sin brillo y desgarradas banderolas; y tendréis a la vista el ejército de Boves, las legiones de aquel siniestro gladiador, a quien el odio, los rencores y las iras de su carácter lanzaron al palenque de la nefanda

lucha, abroquelado el ánimo de un desprecio profundo por la muerte, y armada la diestra del sable de las matanzas.

Para la revolución Boves fue una sangría copiosa, una eterna amenaza, una pesadilla horripilante. Su nombre, repetido con espanto por todos los ámbitos de Venezuela, tuvo el lúgubre prestigio de aquellos monstruos fabulosos de que nos hablan las antiguas leyendas. Más de una vez su fuerte brazo volcó el carro victorioso de la revolución; más de una vez los laureles del triunfo se ostentaron sobre su frente, ensangrentados. Gigantesco en sus pasiones, sus menores faltas fueron crímenes, su única virtud la valentía. A tal jefe, tal ejército.

V

Reorganizado en la Villa de Cura, Boves marcha de nuevo contra Ribas, y el doce de febrero, a las siete de la mañana, se arroja sobre La Victoria con su acostumbrada impetuosidad.

Las avanzadas republicanas, apostadas en el sitio del Pantanero, no resisten la acometida de los numerosos escuadrones realistas; degolladas quedan en el puesto que se les ha confiado, y a rienda suelta los violentos jinetes penetran en la ciudad, atronando el aire con sus gritos salvajes y blandiendo amenazantes sus lanzas victoriosas.

En breve tiempo, las márgenes del río, las alturas que dominan la ciudad y parte del poblado quedan en poder del enemigo.

No pudiendo sostenerse en las calles, Ribas se ve forzado a reducirse al estrecho recinto de la plaza, donde rápidamente organiza la defensa. Las mejores tropas, repartidas entre los jefes y oficiales de más notoria bizarría, ocupan las entradas principales del improvisado cuadrilátero.

El campanario y la techumbre de la iglesia se ostentan de improviso erizados de bayonetas. Los escombros y las ruinas ocasionados por el ho-

rrible cataclismo de 1812, que en más de un flanco dificultan la defensa de la plaza, son parapetados a la ligera para servir de baluarte a los dragones de Rivas Dávila, que abandonan sus caballos para empuñar el fusil.

Tremola en lo alto de la iglesia la bandera republicana, y las cinco piezas de campaña, que componen toda la artillería de los independientes, se exhiben dominando las avenidas principales por donde es de esperarse que se empeñe el ataque.

Envalentonados los lanceros de Boves por su fácil triunfo sobre las avanzadas, se aproximan con creciente fragor.

Aquel instante solemne, de indecible emoción y de recogimiento, que precede a los primeros disparos de una batalla, se deja sentir en las filas republicanas. La animación se paraliza, palpita con celeridad el corazón; y un silencio profundo, que contrasta con el ruido de la carga enemiga, reina entre aquel puñado de valientes apercebidos al combate, resueltos al sacrificio.

En medio a aquella escena de anhelante expectativa, resalta Ribas, airado e imponente como el ángel terrible de Ezequías. Resplandece sobre su frente olímpica, como lampo de fuego, aquel temido gorro-frigio que ha de ostentar la cabeza del héroe hasta en la jaula de la picota; brilla en sus ojos la encendida llama de las grandes pasiones; muéstrase esquivo al general recogimiento; y colérico aguarda el peligro que le amenaza, provocando al destino con un gesto de soberbio desprecio y de arrogante superioridad.

La carga se aproxima.

Semejante a Murad-Bey al frente de sus mamelucos, Boves aparece al fin, a la cabeza de sus selváticas legiones. En la extremidad de las calles que la plaza domina, se divisan envueltos entre nubes de polvo los terribles jinetes, tendidos sobre las crines de sus caballos, y arrebatados por ellos con pasmosa celeridad.

La tierra se estremece. Las mechas encendidas se acercan al cebo de los cañones. Con un gesto imperioso el general republicano refrena la impaciencia de sus enardecidos compañeros; sacude la erizada melena como un irritado, y blandiendo la espada que, terrible y gloriosa brilló en los campos de Niquitao y Horcones, exclama con vibradora entonación:

“*Soldados*: Lo que tanto hemos deseado va a realizarse hoy; he ahí a Boves. Cinco veces mayor en número es el ejército que trae a combatirnos pero aun me parece escaso para disputarnos la victoria. Defendéis del furor de los tiranos la ida de vuestros hijos, el honor de vuestras esposas, el suelo de la patria; mostradles vuestra omnipotencia. En esta jornada que ha de ser memorable ni aun podemos escoger entre vencer o morir: necesario es vencer. ¡Viva la República!”.

Atronadores vítores resuenan en el campo republicano; redoblan los tambores; cornetas y clarines lanzan al viento provocadoras vibraciones que acogen los contrarios como un guante que se les arroja; crece el fragor de la impetuosa carga; ruge el cañón vomitando metralla; y una inmensa granizada de balas que se cruzan con fatídico silbo, rebota sobre la plaza convertida de súbito en un circo de fuego que lanza como rayos la muerte.

Blanco sudario extiende el humo sobre los combatientes; estruendo ensordecedor agita el aire. La tierra se cubre de cadáveres y arroyos de sangre se desatan a correr.

Con la impetuosidad de esas olas tumultuosas que el huracán levanta, empuja y desbarata sobre los flancos de las rocas, los numerosos escuadrones realistas Van a estrellarse contra el baluarte de bayonetas que les oponen Montilla, Rivas Dávila, Soublette, Ayala, Blanco, y Jugo, y Maza, y Canelón y cien más heroicos adalides prestos al sacrificio.

VI

¡Qué hombres!, astros brillantes en aquel grupo de estrellas cuyo sol fue Bolívar, cada uno de ellos en lo porvenir describirá su órbita, alcanzará luz propia, y legará a las futuras generaciones con el ejemplo de sus virtudes republicanas, honra y gloria para la patria.

Montilla, de alto ejemplo por su valor e hidalguía, es el prototipo del soldado caballeroso. Ya en los salones como en los campos de batalla, es y será siempre el mismo, arrojado y gallardo, valeroso e insinuante. La campaña del Magdalena hará inmortal su nombre. Venezuela recuerda con orgullo al héroe caballero.

Rivas Dávila es un meteoro de fúlgidos reflejos; duró lo que el relámpago; pero la viva luz que esparce su renombre, ilumina más de una página gloriosa de nuestra historia patria. Altivo, generoso, magnánimo, La Victoria le sirvió de tumba y de apoteosis. Murió como Epaminondas en los brazos del triunfo y de la gloria, haciendo votos por aquella patria que abandonaba cuando más necesarios se le hacían todos sus hijos.

Soublette es el Aristides americano. Esforzado en la lucha, prudente en el consejo; a las condiciones del guerrero une las dotes eminentes del filósofo y del hombre de Estado; diplomático hábil, pulcro administrador, obediente a las leyes como soldado y como magistrado; de inteligencia clara y educación superior a la de aquellos tiempos, nació predestinado a muy altos destinos, Colombia y Venezuela ostentarán sobre la frente más de un laurel debido a los talentos del héroe de la Popa. Después de combatir al lado de Bolívar, llegará a ejercer la Suprema Magistratura de la República. Allí el soldado de Boyacá se transforma en sacerdote de la ley; la libertad halla en él un aliado; la gloria una cabeza digna de recibir las coronas de todos los merecimientos.

Ayala es el soldado del deber; severo, inflexible, tenaz; la fama no le deslumbra, la ambición no tiene cabida en su alma espartana. La satisfacción de la conciencia por el deber cumplido, basta a recompensarle de todos los sacrificios consumados por la patria. En la Grecia de Leónidas, como en la Roma de los Gracos, hubo caracteres semejantes.

Blanco, Jugo y Canelón pertenecen a aquel grupo de jóvenes guerreros, predestinados al martirio, de quienes la tradición apenas conserva la memoria, pero a quienes debió la patria hechos preclaros y esfuerzos titánicos.

Con tales hombres hay razón para pretender imposibles.

VII

A par de la caballería, la infantería realista ataca a los republicanos, con no menos impetuosidad. Empéñase la lucha en todos los flancos, y la horrible serie de desastrosas peripecias que engendra una batalla, se desarrolla y crece sin amenguar el encono ni resfriar el entusiasmo.

Las horas se suceden terribles. Cada instante marca la inmolación de nuevas víctimas.

La resistencia y el ataque se emulan a porfía.

El fuego de las tropas de Morales, segundo de Boves, diezma las filas de los independientes; estas se aclaran, se cierran, tornan a desunirse y de nuevo se compactan, causando grande estrago en los apiñados batallones que el tenaz español lanza al combate con aviesa ferocidad, y en las revueltas hordas que repletan las calles atropellándose entre sí. Si Boves puede compararse al jaguar de nuestras selvas, Morales entre las fieras solo encuentra semejanza en el chacal y en la hiena. Boves, siempre impetuoso, personifica la osadía; la lucha es su elemento; la cólera le ciega, destroza cuanto se le opone; se complace en la sangre que derrama

y se embriaga con el humo y el estruendo de las batallas. Morales es frío, su espada no produce relámpagos, pero en cambio hiere, y hiere siempre sin misericordia. Después del combate mutila los cadáveres, degüella los heridos y disputa el botín despreciado por Boves.

El encarnizamiento preside la batalla; se combate cuerpo a cuerpo; el puñal y el sable vibran ensangrentados; las bayonetas y las lanzas se chocan despidiendo relámpagos; a veces, el soldado no tiene tiempo de descargar el fusil y lo emplea como maza. Los muertos sirven de barricada a los vivos. Rugidos y lamentos se escapan de aquella aglomeración de miembros mutilados y lívidos que las balas golpean y destroza la metralla.

El encarnizamiento degenera en frenesí; no es ya una lucha de racionales, sino un asalto de furias, una acometida de caníbales, una brega de demonios.

El jefe realista contempla la matanza con satánica expresión de ferocidad y contento.

¿No son todos venezolanos los que así se degüellan?

En aquella lucha, espantosa y frenética, no hay tregua, ni piedad, ni perdón: tras el vencimiento está la muerte; tras la capitulación está la muerte; tras la menor flaqueza o el mayor heroísmo la muerte ha de sobrevenir; siempre la muerte; no hay cuartel para el vencido, ni Boves ni Morales conocen la piedad: caer en sus manos es caer al sepulcro.

En cambio el terrible decreto de Trujillo está vigente: *vae victis*.

En medio a aquel estruendo, del humo, de las balas que en la plaza se cruzan, como los hilos de invisible red, buscando cada una su víctima, se ve lucir, con un lampo sangriento, el gorro frigio de Ribas. Aquel gorro encarnado es el PALADIÓN, la Patria, la República. Todas las miradas lo buscan, mil brazos lo defienden, el desaliento se cambia en entusiasmo a su sola presencia, y hasta la muerte parece respetar al que lo lleva.

No obstante, el gorro frigio desaparece por tres veces durante la batalla y un grito de terror se repite y asorda el campo de los republicanos. Del polvo, donde yacen sus tres caballos muertos, Ribas se levanta cada vez más colérico, monta un nuevo caballo que morirá en seguida y, multiplicándose prodigiosamente, acorre al peligro donde quiera que el ataque es más violento o la defensa menos vigorosa.

Inspirado en su patriótico ardimiento, exhorta, alienta, aplaude y electriza con la palabra y el ejemplo a sus desplazados batallones. A los soldados que en aquella jornada memorable reciben el bautismo de sangre, lleva personalmente al fuego, y a pecho descubierto toma con ellos parte en la refriega. Para comunicarles su bravura, arrebató el fusil de las trémulas manos de los menos expertos, dispara sobre el enemigo con ajustada precisión, muéstrales el estrago, carga de nuevo el arma, sin premura, cual si se hallase en una simple parada militar; y ya levantando al uno que decae, ya suspendiendo al otro para darle más altura y mejor puntería, reorganiza la defensa, se hace aplaudir por los más esforzados y cautiva de admiración a sus propios contrarios.

VIII

Entre el escaso número de aquellos seres singulares, a quienes el peligro les produce la fiebre sublime del heroísmo, la historia cuenta a José Félix Ribas. Durante el rudo y desigual combate que sostiene, no se ha resfriado un solo instante el fuego de su alma ni la impetuosidad de su coraje. Cubierto de sangre, rodeado de cadáveres, en medio de lamentos y gritos, y vociferaciones de venganza, y maldiciones que estremecen el cielo, y envuelto en el torbellino de la lid, cuenta con frialdad las tropas que le restan, y lleno de entereza exclama, volviéndose a Mariano Montilla, su Mayor General:

“No hay que desesperar, amigo mío: antes de desaparecer por completo, podemos resistir todavía dos asaltos como este”.

Semejante rasgo da la medida de la energía de Ribas; pero aun hay algo más en aquella batalla con qué formar un canto digno de competir con los más épicos de la *Ilíada*.

En aquel sangriento y terrible escenario nadie acepta morir oscuramente. Desde el general hasta el soldado, todos se esfuerzan por alcanzar una muerte gloriosa. Allí se rinde la vida sin flaqueza, sin inspirar compasión, victoreando la Patria, estimulando a los que sobreviven.

Rivas-Dávila, el valeroso Coronel de los soberbios dragones de Caracas, exclama en su última agonía, al ver la bala que le extrae el cirujano: “Llevala a mi esposa, y decídle la conserve, y se acuerde que a ella debo el momento más glorioso de mi vida, aquel en que he perecido, defendiendo la causa de mi suelo. ¡Muero contento: viva la República!”.

Toma, dice un soldado moribundo, indicando al compañero que tiene junto así, tres fusiles que ha arrebatado al enemigo: esa es toda mi herencia, llévala al General.

“Mi Capitán”, dice otro, en la agonía, pero luchando todavía por incorporarse y asir de nuevo el fusil que se ha escapado de sus manos: “mi Capitán, que sepa mi batallón que no he retrocedido un paso”.

Al lado de aquellos bravos vencedores en Horcones, Niquitao, Bárбуla y Vigirima, que revelan aún cadáveres, por su actitud amenazante, el fuego patrio que los enardecía, se ven tendidos en la sangrienta arena, soldados adolescentes, niños cuyas cabezas infantiles parecen sonreír bajo el pálido velo de la muerte; mientras que otros, resignados, aunque cubiertos de heridas como Muñoz y Ayala, esperan sin quejarse la última agonía; haciendo votos por el triunfo de la causa republicana.

Escenas conmovedoras o trágicas se suceden en aquel estrecho campo de heroísmo y de muerte. Quien, se opone solo y a pecho descubierto

a un grupo de jinetes y, alanceado, cae bajo los cascos de los caballos. Quien, sin la espada o el fusil que ha perdido en la brega, acomete con las manos inermes, lucha tenaz, frenético y, como un león herido, rinde la vida mordiendo a su contrario.

Ahora bien: ¿qué poder oculto y misterioso comunica ese fuego sublime, que engendra héroes, realiza prodigios y convierte a los pequeños en gigantes? ¿Qué alienta a aquellos corazones? ¿Qué los hace invulnerables a la debilidad, omnipotentes para el sufrimiento? Una idea. La Libertad...

IX

Como todo lo que se relaciona con las grandes manifestaciones de nuestra naturaleza, el heroísmo tiene también su voluptuosidad, su embriaguez, sus espasmos. Sentir en medio del peligro el alma fuerte, serena la conciencia, mesurados los latidos del corazón, es satisfacción que no es dado disfrutar sino a seres privilegiados: de ahí el envanecimiento del orgullo. Dominar la naturaleza hasta acallar el instinto; imponer a la materia la voluntad del espíritu; llegar con paso firme al umbral del sepulcro, desafiar las sombras pavorosas de lo desconocido, y decir a la muerte que se avanza escoltada de todos los dolores: ven, lo que siento y pienso vale más que lo soy; sepúltame en los antros de tu impenetrable misterio, despedaza mis carnes, tritura mis huesos, arrebatame la luz, el amor, la esperanza, prueba a infundirme espanto y verás que te desprecio. Contra las sugerencias de lo terrible, tengo la alteza de mi intento; a las asechanzas del pavor, resiste lo inflexible de mi propósito: por sobre tus amenazas está mi voluntad. Elevarse a esa altura es escalar el cielo: de ahí la calma majestuosa, el poder sin límites, la fuerza absoluta.

Por algunos instantes, la tenacidad de los ataques del enemigo parece

debilitarse; empero una rápida y audaz operación, que practica sigilosamente Morales con una parte de sus tropas, aumenta en breve la desventaja y el conflicto de los independientes. Abriendo brechas y salvando paredes, numerosas guerrillas van a ocupar algunas de las casas que dan frente a la plaza; aportillan los muros, parapetan las ventanas, y a cubierto de peligro hacen llover de improviso sobre el recinto en que Ribas se sostiene, incesante y mortífero fuego. Por este flanco, la batalla se convierte en cacería; se escogen las víctimas, se fusila por la espalda.

Los sitiados se desconciertan; la desigualdad numérica los abruma. La balanza se inclina en favor de los realistas.

Tal situación para los republicanos es casi insostenible. Pero aún vive Ribas, a quien la fortuna jamás ha abandonado; aún alienta aquel hombre de acero, que nunca titubeó en arrojarse bajo las ruedas del carro de la revolución para aplanarle el camino del triunfo. Apóstol de convicciones profundas y generoso arranque, a quien vio el país entero descender un día con la cabeza erguida las gradas del patriciado, romper con las viejas tradiciones, desenvainar la espada, y jurar con Bolívar la libertad e independencia de sus conciudadanos.

X

En la sangrienta aurora de la revolución, Ribas fue una especie de numen predestinado, cuyo arrojamiento llevaba en sí la fuerza del ariete. Luchador esforzado, parecía que empujaba con su pecho de león el carro revolucionario que Bolívar dirigía. Más de una vez, para salvar el abismo que amenazaba sepultar todas las glorias y todas las conquistas de la patria, fue necesario improvisar un puente, y sus hombros robustos, como los de Atlante, se prestaron a resistir el peso formidable de la revolución y de sus inmensas responsabilidades.

A grandes propósitos, ejecutores colosales.

En Bolívar, a más del genio, el distintivo característico fue la perseverancia.

En Ribas, la impaciencia febril.

Bolívar era un hombre inspirado.

Ribas, un hombre convencido.

El primero fue el rayo. El segundo el huracán. Los dos completaban la tempestad.

Mientras Ribas exista, la esperanza no abandona al soldado: para alcanzar la victoria hay siempre una probabilidad.

Tan heroica resistencia exalta la cólera de Boves. Después de dominar cuantos inconvenientes podía oponer a sus propósitos el hombre y la naturaleza; después de acuchillar a tres mil soldados en la Puerta y difundir el espanto hasta en las filas de sus propios adeptos; encontrarse detenido de súbito, en su marcha triunfal, por aquel obstáculo inesperado, era más que una contrariedad, una irritante sorpresa que ultrajaba su orgullo.

Empero, aquel inconveniente, aquella barrera formidable que le cerraba el camino de la capital, oponía la resistencia de una roca: para abrirle una brecha era necesario barrenarla, y las bayonetas y las lanzas se mellaban en ella.

—Si no es posible romperlos, pasemos por encima, exclama ebrio de cólera el terrible asturiano.

Y blandiendo su poderosa lanza, ordena a sus llaneros una sucesión no interrumpida de cargas generales sobre todos los flancos de los independientes.

Atronadora vocería se levanta. La tierra se estremece de nuevo bajo los cascos de cuatro mil caballos que se arrojan simultáneamente sobre

nuestros debilitados batallones. La formidable ola de jinetes llega rugiente a las entradas de la plaza. Un choque violento conmueve sin abatir el muro de bayonetas que la defienden: rudo, sangriento, desastroso, terrible es el encuentro; hombres y caballos ruedan por tierra sobre una charca de sangre. Los llaneros retroceden para cargar con más violencia. Nueve veces se repite la tremenda acometida sin éxito favorable. Sin embargo, un flanco debilitado cede, en una de las cargas, al empuje de la caballería; los violentos llaneros abren brecha en las filas de Ribas, y, como se desliza una espada por las junturas de una coraza, algunos jinetes temerarios penetran en el campo republicano; pero acometidos a la vez, quedan sin vida bajo el peso de sus caballos muertos, en tanto que la brecha se cierra y se restablece la línea de defensa.

A pesar del rechazo general que sufren los lanceros, la fortuna se muestra parcial por los realistas. Morales reorganiza los desbandados escuadrones: refuerza con tropas frescas el ataque y sin flaquear en la demanda, aviva el fuego y acrecienta el estrago que sufren los republicanos.

XI

La situación de Ribas, cada vez más violenta y difícil, se hace al fin insoportable. A su lado ha visto caer a sus mejores oficiales segados por la muerte o cubiertos de heridas. En nueve horas de lucha encarnizada, la mitad de sus tropas se encuentra fuera de combate y la que sobrevive cuenta la existencia por milagro. Toda resistencia parece imposible. Permanecer en aquella plaza, convertida en un inmenso lago que rebosa de sangre, es un suicidio lento. El desastroso fin de la jomada no se le oculta al general republicano; pero su alma no desmaya. Del temple de Leónidas, la desgracia estimula su heroísmo; a medida que su brazo se debilita, mayor vigor ostenta su espíritu indomable. Como un león

acosado, se revuelve colérico en el círculo estrecho que le oprime, destroza cuanto alcanzan sus garras, y en su agonía heroica ruge aún y hace temblar de espanto a sus enconados enemigos.

En tan terribles fluctuaciones la batalla ha llegado a las cinco de la tarde. El sol va en breve a desaparecer. La noche va a llegar: noche pavorosa que puede ser eterna para los sitiados.

De las cinco piezas de campaña, apenas dos sostienen el combate; las otras humean desmontadas en el polvo, cual monstruos fatigados por la huelga de un copioso festín.

La sed abrasa las entrañas del soldado; postra la fatiga hasta a los más robustos; la disciplina se resiente; la muerte continúa segando nuevas víctimas.

Para los republicanos la batalla ha llegado a ese extremo en que una gota de agua sobra para producir desbordamiento. Todo es de temerse, todo infunde pavor: el día, la noche, la agitación, la calma, el ruido, el silencio, un fusil que no dispara, un sable que se rompe, un herido que se queja en alta voz de la bala que lo arroja al sepulcro. Hora suprema en la que un grito de terror basta para decidir de una batalla.

Lo que era de temerse hubo de suceder al fin. En medio del conflicto un grito formidable resonó en lo alto del campanario. Todos temblaron. Ribas, siempre sereno, trata de conjurar aquel grito de alarma mandando cargar al enemigo. Un movimiento de oscilación se efectúa en los trozos de batallones que aún sostienen el fuego; la cadena de la obediencia militar cruje como para romperse. Pero instantáneamente, del mismo punto de donde se ha propagado la alarma, salen atronadores vítores y exclamaciones de entusiasmo.

Un oficial baja a toda prisa de la torre y va a anunciar a Ribas, que de lo alto del campanario se divisa a lo lejos una columna de polvo, avanzando hacia ellos por el camino de San Mateo.

Renace la esperanza. La nueva de un auxilio inmediato se propaga con rapidez. Se echan a vuelo las campanas; baten diana los tambores. La batalla va a cambiar de aspecto.

Sorprendidos los realistas por tan inesperado alborozo de parte de los sitiados, debilitan el ataque. Un movimiento extraño se efectúa al mismo tiempo en la retaguardia de Boves. No se le escapa a Ribas: es un cambio de frente. Tampoco se le oculta quién sea el que viene en su auxilio en aquellos momentos, ni cuál el número de tropas.

XII

Aquel auxiliar inesperado era Campo-Elías, el héroe de Mosquiteros, el vencido en la Puerta; pero con todo eso, una de las espadas de mejor temple en el torneo sangriento que se llamó la *guerra a muerte*.

Aunque español nativo, fue Campo-Elías uno de los más leales, tenaces y esforzados sostenedores de la causa republicana: ente misterioso, fanático revolucionario, de pasiones terribles; su alma, inflexible como su brazo, padecía extraños vértigos, en los cuales el odio que sentía por sus compatriotas se desbordaba a torrentes e inundaba de sangre los campos de batalla. En uno de esos instantes de frenesí y venganza fue acaso que dejó escapar aquella frase de trágica elocuencia que ha recogido la historia: “Después que los haya degollado a todos, me quitaré la vida para que así no quede uno de mi raza”.

¡Qué odio! ¿Cuál la causa? Hasta hoy es un misterio.

Apenas doscientos veinte soldados acompañan al impetuoso Campo-Elías; exiguas fuerzas para llevar a punto la empresa, que acomete y a la cual le induce, más que la esperanza de un éxito feliz, la audacia de su carácter y el anhelo de la venganza.

En efecto: tal refuerzo en aquella batalla era como la adición de una unidad a una cifra casi borrada, que apenas existía; fiarse a él era como pretender apoyarse en el átomo para remover la inmensidad. Pero, necesario es convenir en que, débil o no, era un punto de apoyo que se ofrecía a la enérgica palanca del general republicano; un brazo más que venía a sostener el fusil y el sable que se escapaban de la mano mutilada del ejército, una sonrisa de la suerte o una burla del destino. A juicio de Ribas, tal refuerzo, más que una probabilidad, era solo un puñado más de polvo que venía a arrojarse espontáneamente en la inmensa fosa abierta por la muerte.

Doscientos veinte soldados para aquel monstruo que en nueve horas ha devorado un ejército, es un mendrugo arrojado a un hambriento.

Campo-Elías, empero, no se detiene ni cuenta sus contrarios; divide sus escasas fuerzas en dos columnas de ataque, toma el mando de la una, cede la otra a Aldao, que en calidad de segundo le acompaña, y carga al enemigo con aquella furiosa intrepidez que le distinguió siempre.

Ribas los ve perdidos, y con ellos la postrera esperanza. Por primera vez parece que la frente del titán se inclina bajo el peso del desastre. Anúblase un instante el brillo de sus ojos, contrae sombríamente las cejas, como si quisiera concentrar en el alma toda la energía de su carácter, e irguiéndose de nuevo amenazante, retumba en medio del estrépito el trueno de su voz, y vibra con estrago el implacable rayo de su cólera.

XIII

Uno de esos atrevidos pensamientos que, a fuerza de ser extremados adquieren la decisión y energía de las pretensiones realizables, cruza por su mente; es aquella la chispa que en breve producirá el incendio.

Cien dragones y algunos carabineros saltan rápidamente sobre sus caballos y corren a formar en columna en el centro de la plaza. El fuego

se aviva en todos los flancos del dismantelado recinto. Con palabras de aliento, Ribas galvaniza una vez más el cadáver de su ejército; y paseando su fúlgida mirada sobre el grupo de jefes y oficiales que le cercan, exclama, indicándoles con gesto imperioso el inquieto escuadrón que solo espera un jefe para lanzarse al combate: “al más bravo.”

Todos acuden presurosos a disputarse la gloria en aquel postrer esfuerzo de heroísmo; pero todos retroceden sorprendidos ante la actitud triunfante de Montilla que ya ocupa el puesto ambicionado. Suya es la gloria, el escuadrón tiene un jefe al igual de la empresa que pretende acometer.

El campo entero victorea a sus valientes camaradas. Montilla da la voz de “adelante”; e intrépido se lanza sobre las bayonetas enemigas a la cabeza del escuadrón confiado a su bravura.

Tanta audacia pasma de asombro a los apiñados batallones realistas que repletan las calles. El escuadrón republicano, convertido en ariete, rompe las filas de Morales, destroza, pisotea, siembra el suelo de cadáveres, pasa al otro lado del ejército dejando un ancho surco que rebosa de sangre; y llega á, tiempo de auxiliar a Campo-Elías, a pique de ser envuelto por la caballería enemiga.

Los llaneros de Boves ceden al choque de los dragones de Montilla.

Las tropas republicanas victorean con entusiasmo al vencedor en Mosquiteros.

Campo-Elías y Montilla se abrazan en medio del combate; y juntos cargan de nuevo al enemigo, que retrocede amedrantado ante el supremo esfuerzo de aquel grupo de héroes.

Entre tanto, Ribas abandona la defensa; forma una sola masa con los restos del ejército; sale de la plaza en columna cerrada; arrolla cuanto le resiste, dispersa los lanceros de Boves, destroza a Morales que intenta hacerse firme, siembra el terror en todos y queda dueño del campo de batalla.

XIV

Tal fue esta jornada memorable, una de las más reñidas y sangrientas de aquella lucha gigantesca que dio al fin por resultado la independencia de Venezuela.

El 12 de Febrero de 1814 es una fecha histórica que nuestro orgullo patrio no olvidará jamás; pues el combate que ella conmemora no es de aquellos que fácilmente pierden su resonancia en el estruendo de las batallas trascendentales, ni que por virtud de los tiempos se confunden en la serie de prodigios sin nombre, que en toda lucha prolongada sirven como de cimiento a los sucesos inmortales. Por el contrario, este combate llega hasta nosotros despidiendo relámpagos cuya luz se concentra en una de las más hermosas páginas de nuestra historia militar. Él caracteriza aquella época de febril heroísmo, de fe republicana, de muerte y de desastre porque pasaron nuestros padres, no siempre victoriosos, pero sí altivos siempre. Él nos da la medida de la tenacidad, de los sacrificios, de las virtudes de aquellos hombres que tomaron a empeño libertar la patria a despecho de la ignorancia y de la hostilidad de un pueblo esclavo que victoreaba a sus tiranos. Él aparecerá, en fin, a la par de “San Mateo”, como una antorcha brillante suspendida sobre 1814 y sobre el mar de sangre y las agitaciones tempestuosas de aquel año terrible.

El buen éxito de esta jornada memorable fue de imperiosa necesidad para las armas republicanas, pues lo exigía con apremio el orgullo nacional, deslustrado en aquel mismo sitio donde se libró tan insigne combate; y si sus resultados aparentes no hicieron sino aplazar por cortos días el desmoronamiento de la República, bajo la clava formidable de Boves; en cambio, obedeciendo a más altos designios, sirvió para borrar de la frente de la ciudad humillada el estigma de la capitulación de 1812.

Circunstancia esta que enaltece la gloria de Ribas y de sus egregios compañeros. Cubrir la fosa de un oscuro desastre con el arco triunfal del heroísmo; arrebatarse al pasado un recuerdo lastimoso, rodearlo de prodigios, de tenacidad, abnegación y valentía; redimir lo pequeño con lo alto, lo débil con lo fuerte, lo pusilánime con lo excelso; por cada plumada de una capitulación inexplicable, ofrecer como rescate, cadáveres sin cuento, miembros mutilados, arroyos de sangre, entereza de gigantes, fe de mártires; dejar sellada la página luctuosa con un timbre brillante; limpiar la mancha; trocar en luz la sombra y arrojar sobre la insólita catástrofe el manto esplendoroso de la gloria; tales fueron los verdaderos resultados de esta jornada inolvidable.

Empero, la historia, como la inmensidad, tiene también abismos; abismos profundos donde todo se oculta, donde todo desaparece, donde se hacinan, como despejos en las entrañas de un osario, generaciones sin nombre y nombres sin resonancia que los pueblos olvidan, porque no les recuerdan beneficios de trascendencia, ni esos hechos grandiosos que fascinan cautivando el espíritu. Oscuridad que aguarda a los más de los que vemos fatigando en el mundo las voces de la lisonja y los caprichos de la fortuna.

Para vivir en la historia la vida palpitante de la inmortalidad, no basta ser Omar o Erostrato, César romano o déspota bizantino; no, es necesario ascender a más alto: ser Dante, Gutenberg, Miguel Ángel, Franklin, Napoleón o Bolívar: genios que arrojen luz, soles inmensos que no eclipsen los siglos ni amengüen las distancias.

De las que pueden llamarse tinieblas de la historia solo salva la gratitud y el buen criterio de los pueblos a aquellos de sus héroes que, por virtudes muy probadas, se hicieron acreedores a una justa recompensa: y que, aunque no tenidos por genios universales, dieron sin embargo de sí lo que el deber les exigía. Ribas se impone a nuestra admiración por

su heroísmo; a nuestra gratitud, por sus altos servicios a la patria. Su renombre vivirá con nosotros mientras aliente la República. Nuestros hijos cantarán las proezas del vencedor en La Victoria. El héroe mártir crecerá en la leyenda. La tradición compendiará su historia en esta frase: “luchando por la patria supo vencer y morir”.

XV

Cuando se popularice nuestra historia; cuando las pasiones perniciosas engendradas por nuestras luchas fratricidas den vagar al espíritu, y la musa del patriotismo, noblemente excitada, despliegue sus poderosas alas sobre esos campos gloriosos que nuestros padres sembraron de laureles y regaron con su sangre; entonces nuestros bardos, como el poeta de Sorrento, hallarán inspiración altísima en las cumbres del heroísmo patrio. La epopeya de nuestra independencia lucirá sus refulgentes galas. Y acaso al grande Homero y a Virgilio y al Tasso no les falte en nuestro suelo dignos imitadores.

Entre tanto, que esta página humilde e incorrecta que hoy sale de mi pluma, inspirada en generoso sentimiento, testifique mi veneración por los héroes de mi patria, como por todo lo que es grande, digno y meritorio en el sentir de la conciencia humana.

El Sitio de San Mateo

(Febrero y marzo de 1814)

I

Digno del noble orgullo de una raza viril es el recuerdo de esta jornada insigne, ya por el alto ejemplo de heroica abnegación que en ella se consagra; ya por la excelsa manifestación que dio a la América, de lo inflexible de aquella voluntad que acometía, confiada solo en su propio valer y su pujanza, la conquista más noble y más gloriosa a que puede aspirar el amor patrio.

San Mateo no es simplemente una batalla. Entre los episodios más trascendentales de nuestra guerra de independencia figura en primer término: él simboliza el heroísmo de la revolución.

Militarmente, fue un sitio impuesto por un crecido ejército a escaso número de bravos, sin muros ni parapetos de resguardo; una lucha incesante entre dos carnicerías; una sucesión no interrumpida de asaltos y combates vehementes, entre dos sangrientas y terribles batallas.

En la primera de aquellas, riñe el ardimiento de los republicanos, convertido en baluarte; triunfa, en la segunda, el espíritu de la revolución encarnado en un héroe.

Por sobre aquel gran episodio se cierne el genio de Bolívar, y la primera, acaso, de las dotes características de su alma viril; la tenacidad.

San Mateo es Bolívar: la energía de todo un pueblo sintetizada en un hombre. El NO supremo de una voluntad incontrastable, opuesto como escudo de hierro a la propia flaqueza y a la contraria fuerza. La

resistencia irresistible de un propósito inmutable. La gran vibración de la fibra latente en el *Decreto de Trujillo*. Uno de los más arduos, si no el más rudo, de los innúmeros trabajos del Hércules americano.

II

Un sol desaparece y otro se levanta.

Entre los escombros de la revolución, aniquilada hasta en sus fundamentos, por el triunfo inesperado y sorprendente del aventurero Monteverde, se eclipsa la histórica figura de Miranda: alta virtud a quien había confiado sus destinos la naciente República. Apágase en el polvo, donde cae destrozado el altar de la patria, el fuego sacro de la idea redentora. Desmaya el sentimiento que provocó a la rebelión. El cielo de las halagüeñas esperanzas se oscurece de súbito, y las sombras de un nuevo cautiverio, como lóbrega noche, amenazan cubrir la inmensa tumba, donde parece sepultada para siempre con el heroico esfuerzo, la más noble aspiración de todo un pueblo.

Dos años de lucha entorpecida por infructuosos ensayos de sistemas políticos, mal aconsejados por la inexperiencia en los negocios públicos, unidos al desaliento de candorosas esperanzas frustradas; al encono latente de rivalidades peligrosas, y a la amenaza, jamás bien escondida al egoísmo, de arrostrar aún más serios conflictos y recias tempestades, antes del definitivo afianzamiento de las nuevas instituciones, habían gastado los resortes políticos de la revolución, mellado la entereza de sus más esforzados apóstoles, y entibiado entre la multitud el entusiasmo, de suyo escaso, por una causa, al parecer, de tan difícil como remota estabilidad.

Apenas cortos días de vida independiente, y ya toda la savia de aquel árbol frondoso de la libertad, que nuestros padres habían logrado le-

vantar con heroicos esfuerzos, parecía agotada. En vano sus raíces se regaban con sangre: la implacable podadera de la muerte cortaba sus más verdes renuevos. Paralizado su desarrollo, y abrasado por el fuego que brotaba a sus plantas, las hojas se desprendían marchitas de las ramas sin vida. De la opulenta lozanía de la juventud, había pasado casi sin transición a la enfermiza languidez de prematura ancianidad. El huracán de las pasiones había quebrado los más robustos brazos de su empinada copa, y el incesante torbellino de la anarquía mantenía su ya mustio follaje en constante y desastrosa oscilación. Para 1812 no era ni sombra de aquel risueño arbusto del 19 de Abril, coronado de flores entreabiertas al sol de la esperanza: ni menos se asemejaba al soberbio gigante del 5 de Julio, cargado de abundosos y sazonados frutos: apenas si era un tronco de solidez dudosa, protegido por escaso ramaje, falto de savia y amenazado de esterilidad. En tan cortos días los nobles promotores de la revolución habían envejecido, y sus propósitos heroicos, y sus conquistas, y los trofeos cuantiosos de sus primeras y ruidosas victorias, desaparecían entre la sombra de un ayer ya remoto para las veleidades del presente. Desatinada y recelosa avanzaba la revolución con paso incierto hacia el abismo de su completa ruina. En vano a su cabeza, cual poderoso paladín, ostentaba al veterano de Nerwinde. En vano a prolongarle la existencia concurrían los esfuerzos de los más abnegados. El cáncer de la anarquía la devoraba, su ruina era evidente. De pronto en medio al desconcierto que la guiaba, un obstáculo fácil de superar en otras condiciones, le cierra audaz el paso. Acometida de estupor, retrocede, fluctúa, avanza luego poseída de inexplicable vértigo, tropieza con un guijarro que le arroja el destino, y empujada por la mano trémula de Monteverde, vacila y cae vencida, cuando con poco esfuerzo habría podido alzarse victoriosa.

La capitulación de La Victoria fue la mortaja en que se envolvió para morir. La perfidia la recibió en su seno y la ahogó entre sus brazos.

Miranda, la postrera esperanza de los independientes, sucumbe con la revolución y, eclipsado el astro, sobreviene la noche.

Al ruido de las armas; al estrépito de las batallas; a los debates turbulentos de los primeros clubs republicanos donde rugía Coto Paúl, fulminando desde lo alto de la tribuna las amenazas de su cólera; a los cantos patrióticos y al grito santo de libertad que enardecía todos los corazones, sucede un silencio de muerte; silencio pavoroso, que no turban siquiera los ayes de las víctimas, porque hay cuidado de ponerles mordaza antes de herirlas. La perfidia, más que la crueldad, fue el distintivo de aquella época luctuosa: pública ostentación se hacía de perdonar, y en la oscuridad se degollaba. La víctima no oponía resistencia. El verdugo trabajaba a la sombra y reinaba el silencio.

“Venezuela toda había vuelto al estado colonial. Las juntas, los congresos, las constituciones, la independencia, todo había desaparecido como sombra vana, sin dejar en el país ninguna impresión de su efímera existencia. Los mejores patriotas estaban presos o emigrados: otros, llenos de miedo, habían transigido con los enemigos: algunos villanos difamaban sus propias opiniones adoptando y sosteniendo las contrarias. Aparte de las bajezas que hacía cometer el temor de una tiranía que degradaba hombres y cosas, el pueblo inclinado al antiguo régimen y amedrentado con los recientes desastres, apoyaba con su inercia al partido vencedor. Hasta los patriotas más firmes habían perdido la esperanza de que jamás se moviera el pueblo, en favor de la independencia, al entusiasmo de la guerra y de los generosos sacrificios, tan distante de su carácter desidioso y de sus muelles costumbres”.¹

[1]_ Baralt.

III

Postración dolorosa, que explotaron hasta la saciedad los vencedores, confiscando las riquezas de los vencidos, ultrajando su dignidad, su honra y sus costumbres, y anegando el país en sangre generosa.

Cumaná, quizá la más herida de las provincias orientales por la ferocidad de sus dominadores, es la primera que se reacciona; pero su heroico esfuerzo no alcanza a sacudir la postración de sus hermanas. Sin embargo, aquel nuevo Viriato, como graciosamente a Monteverde calificaron sus aduladores, se estremece de espanto ante la ruda obstinación de los patriotas orientales, y poseído de salvaje furor, oprime más y más entre sus brazos, casi hasta estranglarla, la presa que le diera la Fortuna.

¡Ilusoria esperanza! En medio de tan profunda oscuridad para la sometida Venezuela, un gran foco de luz aparece de súbito en la empinada cima de los Andes. Chispa al principio oscilante entre los ventisqueros, acrece rápidamente hasta alcanzar las proporciones de dilatado incendio. En la inflamada región de los volcanes brilla radiosa como el ígneo penacho del Pichincha, cuando viste el gigante los terribles arreos de su imponente majestad: ilumina con resplandores que deslumbran a la cautiva América: inflama el mar con los reflejos de su fulgente lumbre; y atónitos y mudos la contemplan, desde el templo del sol, hasta las playas donde Colón dejó caer el ancla de sus naos victoriosas, los descendientes de los incas y los hijos sin patria de aquellos mismos héroes que al cetro de Castilla la dieran cual presea.

Aquella inmensa lumbre, aquella hoguera amenazante para los exarcados españoles, es el primer destello del genio de la América. Es Bolívar, que surge coronado de luz como los inmortales. Es la presencia del adalid apóstol, que, de lo alto de su corcel de guerra, predica la nueva doctrina americana al resplandor fulmíneo de su desnuda espada.

Airado vuelve los ojos a su patria el futuro libertador de un mundo y la contempla de nuevo esclavizada, moribunda, bajo la férrea planta de sus ensañados opresores. En alas del viento que sacude la tricolor bandera sobre las cumbres de los Andes, llegan a él entre lamentos prolongados, el último estertor de la madre ultrajada y el chasquido del látigo con que se la flagela, atada al poste infamador de la ignominia. Justa es la indignación del héroe americano, profundo su dolor, cuando llama al combate a sus propios hermanos, sin obtener respuesta. En vano les exhorta a proseguir la ardua cruzada: muéstranse los más, indiferentes. En vano les recuerda la altivez de otros días, los juramentos espontáneos de morir por la patria, la libertad perdida y todas las miserias a que somete la tolerada esclavitud: su voz se pierde en el silencio que acrece el estupor.

Aquel cuadro doloroso prueba a Bolívar lo que ya sospechaba: que la revolución había caído para no levantarse sino apoyada en un esfuerzo sobrehumano. La tempestad revolucionaria detenida de súbito en su rápido curso, había plegado sus poderosas alas y, constreñida por una fuerza extraña, apenas podía estremecer la oculta fibra del amor patrio, latente en lo recóndito de pocos corazones.

Despreciada por unos, maldecida por otros, por todos relegada al olvido, la revolución era un cadáver que solo una voluntad superior podía galvanizar. Bolívar se juzgó capaz de tanto esfuerzo y lo intentó.

Pero; ¿quién era él? ¿Quién el atrevido aventurero que osaba acometer tan ardua empresa? Nadie le conocía; la común desgracia le había hecho extraño a la memoria de sus propios hermanos. Después de aquella ruina y del estrago de una catástrofe espantosa, ¿á qué volver a provocar las iras del león con el descabellado intento de arrancarle su presa? Ni ¿cómo pretender arrebatar con débil brazo lo que un gigante se empeña en retener? Y en vano aquel sublime enajenado se esfuerza por alentar a

las víctimas que perdona el cuchillo de feroces verdugos; amenaza, suplica, se inflama al fin en ira, y desnuda el acero. ¡Ay! su cólera terrible hará más que sus ruegos; aquella se desborda y una ola de sangre surcada de relámpagos, desciende de las cumbres andinas, con la violencia del alud, con el fragor del trueno.

En medio al torbellino en que se agitan las pasiones violentas de aquella época luctuosa, Bolívar se hace oír; su voz apaga los bramidos del huracán, resuena sobre la tempestad, pasma de asombro y vibra aterradora en la vasta extensión del continente, cual la trompeta del arcángel terrible.

La historia pavorosa de aquel tiempo, escrita al resplandor de una llama infernal con la sangre inocente de los niños descuartizados por Zuazola, sobre el seno materno herido y palpitante, recoge, poseída de estupor, las tremendas palabras de Bolívar estampadas con caracteres de fuego en el Decreto de Trujillo: decreto aterrador, reto inaudito que le atrae con las iras de todas las pasiones, mortales amenazas e implacables furores.

IV

Mas, ¡ah! Hemos ascendido a una cima que domina un abismo. Cobre-mos fuerzas respirando un instante el éter puro donde el cóndor se cierne, antes de sumergirnos en el vapor de sangre que del seno desgarrado de la patria se levanta hasta el cielo.

Henos aquí a las puertas de aquel infierno más espantoso que el infierno del Dante: a la entrada de aquel período pavoroso de nuestra lucha de emancipación, conocido con el lúgubre nombre de la *guerra a muerte*.

El Decreto de Trujillo, espada de dos filos que esgrime audaz la mano de Bolívar, lo tenemos delante, y es forzoso detenemos frente a frente de su satánica grandeza.

Ahí está, como siempre, sombrío y amenazante para unos, cual un escollo donde van a estrellarse nuestras pasadas glorias: para otros, deslumbrador y justiciero, como la espada a que debió su libertad el pueblo americano. Osar a decidir si fue digno de encomio o vituperio, si conducente o pernicioso al término feliz de la gran lucha, es empresa tan ardua, que solo la imparcial posteridad podrá llevar a cabo.

Para apreciar con algún viso de imparcialidad aquel Decreto tan combatido en nuestros días, y las razones que lo motivaron, es necesario salvar hoy una inmensa distancia. Es indispensable colocarse en 1813, los pies hundidos entre charcas de sangre, bajo la acción violenta de las pasiones de la época, y detenerse en el resbaladizo borde de aquel abismo poblado de rencores, de odios inveterados, de crímenes, de miserias que espantan, de exaltados furores, de exasperación y de agonía. Abismo amenazante, vertiginoso, oscuro, donde la luz de la razón penetra con esfuerzo, y en cuyo fondo se revuelcan, mordiéndose, víctimas y verdugos, y rechinan cadenas que estrangulan, y se esgrimen puñales, y revueltos se agitan principios encontrados, ideas antagonistas, pasiones infernales. Es necesario sondear aquella sima, donde resuenan en pavoroso unísono, rugidos y blasfemias, y maldiciones y alaridos: contemplar las fauces gigantescas de aquel hambriento monstruo que todo lo devora; y descender al antro, perderse en sus tinieblas, palpar su oscuridad y hacer por distinguir a la luz de los relámpagos que prodiga en su seno la más desenfadada tempestad, cuánto encierra de espantoso y terrible. Y luego ver, si es posible que a ello se presten los ojos sin cerrarse al instante, cómo corren las lágrimas en aquel sumidero del dolor: cómo brota la sangre por todos los poros de la tierra: cómo se juntan aquellos dos torrentes que se rechazan con esfuerzo y llenan el abismo y crecen entre sombras, y al fin se desbordan ahogando en sus purpúreas olas, honor, glorias, virtudes, afectos y esperanzas. La razón vacila ante aquel caos; el corazón se oprime, y la mano convulsa de terror, se niega

a asir el remo que ha de impulsar la barca de la Historia en aquel mar de sangre poblado de huracanes, de sirtes, y de escollos, para el criterio sano de quien se atreve a navegar en sus revueltas ondas.

Aquel decreto es, a no dejar duda, el hecho más trascendental de la primera campaña de Bolívar. Rugido de exasperación lanzado como reto de muerte a los dominadores del Nuevo Mundo, llena de espanto todos los corazones, sacude el estupor de los vencidos, despierta al pueblo de su estúpida inercia, exalta el odio de nuestros contrarios y produce aquella profunda conmoción de donde surgen, como espectros terribles, las muertas aspiraciones que sepultara el vencimiento y el rigor del despotismo.

Del punto de vista de donde se estudie aquel decreto, dependen las apreciaciones justas o exageradas a que tanto se presta; y con ellas la discrepancia de opiniones en los modernos historiadores.

Por una parte, nada más cruel, monstruoso, aterrador; por otra, nada más gigantesco, más audaz, más heroico.

Aquel decreto, en sí, es una inmensa sombra al lado de una inmensa luz.

Lanzar sobre él los anatemas de la herida sensibilidad, o el fallo contundente de la Historia, sin el maduro examen que reclama hecho tan discutido como trascendental, prueba la sinrazón que de ordinario acompaña a los juicios de la posteridad, cuando al estrecho molde de sus nuevos principios filosóficos, necesidades y costumbres, somete lo que fue cual si pasara hoy.

Guiado por un propósito político, cuya sola concepción produce el vértigo, más que por las sugerencias de la venganza y de las pasiones exaltadas de su época, Bolívar, el más autorizado por mil títulos entre los hombres de la revolución, creyó oportuno y necesario en 1813 la solemne declaración de *guerra a muerte*, de hecho y de ley establecida por nuestros contrarios.

El relajamiento en que había caído el ejército republicano antes de la funesta capitulación de La Victoria, y las desastrosas consecuencias de aquella suprema debilidad, influyeron no poco en el espíritu de aquel Decreto que, más que al aniquilamiento de españoles y canarios, a quienes ostensiblemente parecía encaminado, tendía a herir en su indolencia a la gran masa del pueblo, indiferente a los esfuerzos de sus libertadores, y a aquellos mismos de sus adeptos que, postrados de abatimiento tras el primer fracaso de la República, descendían a transigir con los verdugos de sus propios hermanos.

Sin aquella medida que cerraba las puertas a todo avenimiento entre los contendores, ¿no era de esperarse que en el transcurso de la revolución hechos semejantes pudieran repetirse? El mal ejemplo estaba dado; toda dificultad tenía asu alcance una salida, todo naufrago un puerto a donde dirigirse: y nuestro pueblo, de suyo esquivo a la libertad, por aquel tiempo, una ancha brecha por donde entrar de nuevo, la vida a salvo, en el atrincherado recinto de la colonia.

V

Aquella audaz declaración hizo imposible para lo futuro toda debilidad, toda transacción con la soberanía de España. Tónico horrible y repugnante, aplicado al relajamiento que cundía tras el fracaso de 1812, exaltó el odio que es fuerza, y provocó la represalia que es amenaza.

Con aquella medida extrema, Bolívar impuso al país, junto con su autoridad revolucionaria, la autoridad militar desprestigiada, escarnecida, conculcada en el Generalísimo de 1812.

Sin aquel freno impuesto a la debilidad, más peligrosa cuando se *desenfrena* que la fuerza misma, ¿habría podido dominar y dirigir aquel todo múltiple, heterogéneo y turbulento, cuando dejaba libre el campo

del tratado, y la derrota respetada, sirviendo de amenaza a la disolución de los independientes?

Aquel Decreto, considerado como engendro del odio y de la venganza, no solo es cruel, sino monstruoso, absurdo, atentatorio y criminal, indigno de Bolívar y de su genio soberano: considerado como necesidad suprema, en el desarrollo de un propósito político de elevados alcances, cambia de faz y brilla entre las sombras que lo cercan, como el rasgo más gigantesco y más heroico de aquella indomable voluntad.

Ahora bien: expedir aquel Decreto en las condiciones de material debilidad en que Bolívar se encontraba, provocando a duelo de exterminio a la soberbia España, fuerte de nuevo y omnipotente en sus colonias, es exceder a la humana flaqueza; es atentar contra las leyes inmutables que nos sujetan a la precaria condición de mortales; es cernerse en las alturas donde solo campea la prodigiosa fuerza; dominar el peso moral de todas las responsabilidades; osar sobreponerse a los decretos del destino; rebelarse contra todo derecho; ostentarse árbitro absoluto de la suerte de un pueblo; poner a precio su cabeza; declararse reo y empinarse héroe.

Con aquella declaración inaudita, Bolívar dijo a sus desmayados compatriotas:

—¿Queréis continuar siendo esclavos? Yo me opongo. En la balanza de la estricta justicia, mi irrevocable propósito de daros libertad, pesa mil veces más que todas las miserias que pudierais alegar como vuestros derechos. Vosotros no podéis conservar esas cadenas, en tanto que entre vuestros hermanos exista uno solo que las quiera romper. Seréis libres hasta contra vuestra decidida voluntad. La mía lo quiere así; y la medida de esa voluntad que os hará independientes, su decisión, su fuerza, su energía insuperable, la tenéis ahí de manifiesto, en la terrible declaración de guerra a muerte.

Cuando se intenta arrebatar al león su presa, es necesario convertirse en león para poder siquiera disputársela con probabilidades de buen éxito.

VI

El Decreto de Trujillo es el pavés sobre el cual aparece Bolívar en 1813. Escudo sangriento levantado al cielo por los mil brazos de la revolución, en que se exhibe como deidad terrible el egregio caudillo americano.

Precedido por el espanto que infunde en nuestros enemigos y por el entusiasmo que despierta entre la multitud, rueda, con pavoroso estrépito, sobre los yermos campos de Venezuela, el carro de la revolución. Apenas quinientas bayonetas lo escoltan y protegen; pero con él, desnudo el sable, radiosa la mirada y atronando el espacio con sus gritos de guerra, van Ribas, y Urdaneta, y Girardot, y D'Eluyar, y el inmortal Ricaurte, sedientos de combates y de gloria. Nada resiste al ímpetu de su heroica bravura. En vano cierra España con numeroso ejército, la ancha vía que recorren audaces, dejando en cada huella sembrada una victoria. Allá Agua-obispos, la terrible y sangrienta, medio oculta en un repliegue de los Andes como en los bordes de un inmenso sepulcro. Más después Niquitao, que aún deslumbra en la historia con los reflejos de la espada de Ribas. Luego Horcones, y más tarde Taguanes, que abre a Bolívar las puertas de Caracas y cubre con su manto de púrpura aquella campaña prodigiosa, marcha triunfal del genio sobre los destrozados hierros del despotismo.

Un grito inmenso de júbilo y asombro se propaga por toda Venezuela. Revive el amor patrio, llena los corazones y del sangriento polvo donde cayera exánime la naciente República, se alza de nuevo majestuosa y terrible al amparo de Bolívar y de su incontrastable voluntad.

1813 es una aurora; aurora de un instante que luego anublan sombras pavorosas, pero que exhibe en todo su esplendor al hombre extraordinario a quien debió su libertad el pueblo americano.

Dignidad, entusiasmo, amor patrio, energía en el propósito de la idea redentora, leyes, instituciones, fuerzas para luchar, y la esperanza del de-

finitivo afianzamiento de nuestra nacionalidad republicana, todo renace a la presencia de Bolívar. Venezuela le aclama su libertador; ciñe coronas a su frente inmortal y de nuevo se lanza a la ensañada lid donde con suerte varia lucha sin tregua hasta alcanzar su independencia.

Desvanecido el estupor que produjera en nuestros enemigos la audaz campaña de Bolívar, torna España a esgrimir el sanguinoso acero de sus indomables defensores: reorganiza sus huestes destrozadas: apela una vez más al fanatismo de la masa inconsciente de nuestro pueblo, su poderoso aliado: provoca la ambición de oscuros caudillejos con la aprobación tácita de todos los desmanes cometidos por Monteverde: cobra aliento al pesar la superioridad numérica en que aventaja a sus contrarios; exalta el odio entre los dos partidos: sopla la hoguera en que habrán de consumirse vencedores y vencidos y desata las alas de aquella tempestad de furiosas pasiones que de nuevo se agitan con estrépito sobre los yermos campos de la patria.

VII

Parapetado tras los muros de Puerto Cabello, azuza Monteverde al combate, a los jefes realistas que aún dominan la mayor parte de nuestro territorio. A fuego y sangre Yáñez y Puig penetran en Barinas. González se apodera de Trujillo. El Brigadier Ceballos deja a Coro e invade las provincias del centro. Calzada acomete por Guanare. Cajigal se hace fuerte en Guayana, y Torrellas, Oberto y Reyes Vargas asedian a Barquisimeto con crecidas guerrillas. El país entero se conflagra al reclamo del odio, y del ancho seno de las pampas, surgen siniestros como evocaciones infernales, Boves, la espada azote que ha de anegar en sangre a Venezuela, y Morales, su émulo, tan implacable como él.

Bolívar se ve rodeado, de improviso, por un inmenso círculo de amenazantes bayonetas que, a medida que se estrechan se multiplican y

compactan; pero no desmaya su energía. Blanco de todos los rencores, de todas las asechanzas, de todos los ataques, resiste imperturbable el recio empuje del enemigo encono, como el cedro de nuestras montañas los embates furiosos del huracán.

Apenas con tres mil soldados, faltos los más de disciplina y entre los que figuran niños, aun no apartados del paterno regazo, se enfrenta a las décuplas fuerzas que le oprimen; acomete a todos los flancos que le da el enemigo, lucha; destroza, vence, cae y se levanta, retrocede bañado en propia sangre, torna a embestir con mayor brío, y siembra de cadáveres el ruidoso palenque donde su espada brilla como el rayo del cielo.

Contra los muros de Puerto Cabello rompe las bayonetas de las dos divisiones de Girardot y de Urdaneta. Repliega hacia Valencia. Enfrenta a los cuerpos francos de Reyes Vargas y Torrellas, a García de Sena, que los destroza en la jornada de los *Cerritos blancos*. Contraria suerte le cabe con Valdez en Yaritagua y en Bobare. Se revuelve sobre Monteverde, que se aventura a dejar sus baluartes, le vence en *Bárbula* perdiendo entre los vítores del triunfo al bravo Girardot. Ciego de ira y de venganza, acomete de nuevo en *Las Trincheras* a las huestes españolas, corona su arrojado la victoria: vengado queda el héroe granadino y el sitio de Puerto Cabello restablecido. Boves, entre tanto, acuchilla a los republicanos en el paso de Santa Catalina y avanza sobre el centro de la provincia de Caracas. La tajante espada de Campo-Elías se le opone en Mosquiteros, y el feroz asturiano repliega destrozado a las llanuras. El Libertador vuela en persona a oponerse a Ceballos, ya vencedor en Yaritagua, le ataca en las afueras de Barquisimeto con fuerzas en todas armas inferiores; riñe con desesperación, pero la suerte le es adversa. A aquel fracaso contesta con el sangriento triunfo de Vigirima: reñida lid, en que a los veteranos del regimiento de Granada que manda Salomón, opone Ribas, con éxito asombroso, los alumnos de los colegios de Caracas.

Los contrapuestos bandos se emulan en fiereza. Los combates se suceden sin tregua y se cierra el año de 13 con la destrucción de Aldao en el paso de San Marcos, por el terrible Boves, y con la victoria refulgente de Araure, alcanzada por el Libertador sobre los vencedores en Barquisimeto y en Bobare.

VIII

La espada de Boves ilumina, cual funeraria tea, el año aciago de 1814, y un alarido inmenso se deja oír al despuntar la aurora de aquel año terrible. Convertida Venezuela toda en campo de batalla, se anega en la sangre de sus hijos. El cañón no cesa de rugir. Núblase el sol entre rojos vapores. Ciérrase el corazón a la piedad. Los lazos de familia se rompen. Y al silbo de las balas y al redoble de los tambores, danzan desmelenadas e iracundas, cual las furias de Esquilo, figuras pavorosas, en torno a los cadáveres que abandona insepultos el incesante batallar.

Corre la sangre en todo sitio donde el hombre respira. Se combate en los campos, en el mar, en los ríos, en las ciudades, en los templos y en el recinto del hogar. Batallas, patíbulos y asesinatos se suceden sin tregua. Los crujidos del incendio se mezclan con el exterior de los agonizantes, y la entusiasta vocería de los triunfadores. Tras la afanosa lid, el quién vive, las amenazas y el estruendo de otra lucha empeñada interrumpen el grito de victoria. Los últimos disparos de un combate responden a las primeras explosiones de otra cruenta jornada.

1814 es un solo clamor, una sola batalla; una sola descarga, prolongada entre denuestos, alaridos y víctores.

Con pasmosa energía lucha Bolívar en medio del caos en que se agitan las feroces pasiones que engendra aquella guerra de exterminio; y con las alas que el huracán le presta recorre a Venezuela: fulmina, alienta, exhorta, hiere y condena como un Dios vengador.

El número de sus contrarios se acrecienta: los muertos parece que resucitan para seguir luchando. Todo conspira contra su genio y su osadía. La fortuna le niega sus favores; la patria su decidido apoyo. Mas ¡ah!, nada le arredra. En vano vibra el rayo sobre su frente olímpica. En vano la ola de sangre en que sus pies se hundan, se encrespa y brama, y sube, y amaga sepultarle. En vano se estremece la tierra y le amenaza y se oscurece el sol y fúnebres presagios le asedian anunciándole un desastroso fin: su brazo no desmaya ni cede en su propósito.

Jamás lucha tan dura, desigual y terrible registraron los fastos de los antiguos tiempos. Jamás caudillo alguno de los creados por la fábula, osó a mayor fortuna, ni venció más obstáculos por alcanzar la gloria.

Estrechado en su línea de defensa, Bolívar trata de reconcentrar entre Caracas y Valencia el mayor número de fuerzas disponibles para esperar a Boves, que se adelanta victorioso a la cabeza de ocho mil combatientes; pero son pocos los recursos con que cuenta para llevar a término feliz tan heroico propósito.

La situación de los independientes se agrava por instantes, Boves destroza a Campo-Elías en la funesta jornada de La Puerta. Rosete, con una fuerte división, invade los valles que fertiliza el Tuy y amenaza a Caracas, a la sazón desguarnecida. Puig y Ramos incendian a Barinas y pasan a cuchillo sus valerosos moradores, abandonados por García de Sena. Tras heroicos esfuerzos, Urdaneta, con escasos jinetes, se ve obligado a replegar sobre Bolívar. Ceballos, con el ejército de Coro, ocupa Barquisimeto y se adelanta sobre el centro. Calzada se apodera a fuego y sangre de San Carlos, con mil infantes y ochocientos caballos. Numerosas guerrillas inquietan a Valencia; y los sitiados en Puerto Cabello, con amagos de frecuentes salidas, paralizan la acción benéfica de D'Eluyar en el conflicto general.

Vencido Campo-Elías, el Libertador opone a Boves el vencedor en Niquitao. Chócanse en la Victoria, con estrépito y furia, aquellos dos

gigantes de indomable bravura, y victorioso sale de la reñida lid, y tinta en sangre y una vez más gloriosa y refulgente, la espada formidable de Ribas. Boves retrocede a la Villa de Cura a organizar de nuevo sus desbandados escuadrones. Ribas vuela a Caracas a oponerse a Rosete, y el Libertador deja Valencia y va a situar en San Mateo su cuartel general.

IX

Henos aquí, ya en el campo inmortal, escogido por el Libertador para dar a la América, con la medida de su entereza de gigante, el más alto ejemplo de decisión y de perseverancia en el propósito de la idea redentora.

Cuando todo se abate; cuando todo desaparece en el abismo de lo imposible; cuando los más osados sostenedores de aquella cruenta lucha retroceden, y la fe vacila y el brazo se desmaya, y ahogada en sangre sucumbe la esperanza, se levanta, como por efecto de un conjuro, algo extraño y superior a la virilidad humana; se levanta la energía de Bolívar.

Y allí donde le amaga el mayor número, frente al mayor peligro, y a la más ardua de las dificultades, clava el Libertador su bandera gloriosa y desafía la adversidad.

—San Mateo es Bolívar: la energía de todo un pueblo sintetizada en un hombre: el NO supremo de una voluntad incontrastable, opuesto, como escudo de hierro a la propia flaqueza y a la contraria fuerza: la resistencia irresistible de un propósito inmutable: la gran vibración de la fibra latente en el decreto de Trujillo: uno de los más arduos, si no el más rudo de los innúmeros trabajos del Hércules americano.

¿Quién, de entre nosotros, los lujos de este suelo, no ha experimentado un sentimiento de profunda admiración y de respeto, al penetrar en aquel campo de batalla, donde aún repite el eco el nombre Bolívar?

¿Quién, no se ha detenido a contemplar aquella casa histórica, tumba gloriosa de Ricaurte y cuna de su inmortalidad, que de lo alto de la eminencia en que se asienta, domina el campo de la reñida lid, y resplandece como el brillante paladión de las antiguas glorias de la patria? Nadie, a fe, y con razón: nuestra memoria, mal que le pese al ánimo, experimenta allí la suprema coacción de lo inolvidable.

En medio, de un valle estrecho y largo, extendido, como una franja de verdura entre dos filas de montes casi paralelos, y agrupada al pie del viejo campanario de su iglesia, como manso rebaño en torno del pastor, se divisa desde lo alto de la casa histórica, la humilde aldea de San Mateo. El camino público, que pone en comunicación directa a la Victoria con Valencia, la cruza al Norte; y la limitan al Oriente los extensos plantíos de la más pingüe de las haciendas patrimoniales del gran caudillo republicano.

Allí, entre las flores y las cañas de aquel risueño valle cultivado por sus mayores, había pasado Bolívar las más felices horas de su primera juventud; y en aquella misma casa de su feudo, consagrada luego por el más heroico sacrificio, había soñado, más de una vez, con la libertad de su país y acariciado el propósito en que incansable perseveraba siempre.

X

El 22 de febrero de 1814, diez días después de la heroica defensa de la Victoria por el general Ribas, acampó Bolívar, con su Estado Mayor y con su guardia, en el pueblo de San Mateo.

A pesar del rechazo que habían sufrido los realistas, era en extremo conflictiva la situación de la comarca. El terror dominaba todos los ánimos. Poblaciones enteras huían despavoridas a la aproximación de las

hordas de Boves, y una emigración numerosa afluyó al cuartel general buscando amparo en el ejército republicano.

Niños, mujeres y ancianos, sobrecogidos de espanto y enflaquecidos por la miseria, seguían los cuerpos que velozmente se iban reconcentrando en San Mateo, y en torno de aquellos bravos que dividían con ellos su escaso pan con mano generosa, giraban sin concierto, prorrumpiendo en desgarradores alaridos a la menor alarma.

Situado el Libertador en San Mateo, punto escogido como estratégico para vigilar los movimientos del poderoso ejército enemigo reconcentrado en la Villa de Cura, y auxiliar con más facilidad en caso necesario, una u otra de las dos ciudades más importantes de la República amenazadas a la sazón por los realistas, se ocupa en reforzar sus posiciones con algunas obras de defensa, en tanto que la llegada del ejército de Oriente, acaudillado por Mariño, y esperado con ansiedad creciente, le pone en capacidad de acometer a Boves y de abrir, con probabilidades de buen éxito, una nueva campaña.

En la mañana del 26 se incorporó al Libertador el mayor general Mariano Montilla, con la división de los Valles del Tuy; y al día siguiente lo hicieron a su vez los cuerpos de Ponce y de Salcedo y la brigada de Barquisimeto al mando de Villapol. Las fuerzas todas de los independientes, reunidas en San Mateo, ascendían a 1.500 infantes, con cuatro piezas de campaña de grueso calibre y 600 jinetes, entre los cuales figuraba el brillante escuadrón de Soberbios Dragones, ávidos por vengar la muerte de su jefe, el bravo Rivas Dávila.

Repuesto Boves del descalabro sufrido en La Victoria, e impaciente por medirse con el Libertador, a quien cree exterminar al empuje de sus numerosos escuadrones, se apresura a caer de nuevo sobre los republicanos, mal seguros en sus posiciones de San Mateo. A la cabeza de ocho mil combatientes sale orgulloso de la Villa de Cura; ocupa Cagua,

pueblo inmediato al cuartel general de los independientes; ordena a su vanguardia forzar en el paso del río las avanzadas a cargo de Montilla, que le oponen dura resistencia; repliega con la noche, toma posiciones ventajosas y espera el día para librar una batalla en la que de antemano se adjudica la victoria.

XI

El 28 de febrero de 1814, las tropas republicanas en pie, antes del alba, se aprestan al combate. En medio de la oscuridad que cubre el campamento y en el mayor silencio se movilizan cuerpos que van a reforzar las avanzadas o a cubrir nuevos puntos juzgados por el momento favorables. Como grupos de fantasmas aparecen al esquivo resplandor de las estrellas, los piquetes y rondas que recorren el campo, y las guerrillas estacionadas en acecho a la entrada de los caminos y tras los setos del poblado.

La derecha de los independientes, a cargo del valeroso Villapol, ocupa en la fila de montes que corren al Norte de San Mateo la altura denominada del Calvario. Cubre la izquierda a las órdenes del teniente coronel Gogorza, la casa del Ingenio.

Y el centro mandado en persona por el Libertador y el coronel Lino de Clemente, se apoya en los atrincheramientos practicados en la parte del caserío que protegen las alturas donde se extienden sus dos flancos.

La impresión que reina en la mayor parte de las tropas con motivo de los recientes descalabros sufridos, se adivina en el silencio sepulcral que guarda nuestra línea. El Libertador recorre a caballo los puestos avanzados, inspecciona los improvisados atrincheramientos de su línea de defensa, comunica órdenes que ejecutan con rapidez los jefes que le acompañan, calma con su tranquilidad la inquietud general; aviva el fue-

go de los más denodados con la promesa de una victoria que él solo cree alcanzar, y, confiado en su estrella, espera con ansiedad el nuevo día, cual si la nueva luz hubiera de convertirse para él en deslumbrante aureola.

Brilla al fin, con rojos y cárdenos reflejos la aurora de aquel sangriento día. Un prolongado redoble de tambores resuena en torno al valle, como el primer rugido de la espantosa tempestad que se prepara. Muestra el sol su disco refulgente, y las alturas todas que dominan, al Sur, la aldea de San Mateo, se exhiben coronadas de bayonetas enemigas, a la vez que se divisa en la llanura, como un bosque de lanzas, la crecida caballería de Boves maniobrando a derecha e izquierda de nuestra línea de batalla, hasta cubrir todas las avenidas y plantíos inmediatos.

Por largo tiempo los dos campos contrarios, presta el arma e inmóviles, se miran en silencio. La impaciencia exaspera a nuestros batallones. De súbito vibra un clarín lejano y Boves a caballo y rodeado de lanzas, aparece a la entrada de San Mateo por el camino de Turmero.

Estrepitosa vocería resuena a la presencia del terrible caudillo. La infantería realista desciende con rapidez de las alturas, truena el cañón con formidable estrépito y cinco mil caballos impetuosos, al par de los infantes, no menos temerarios, cargan a nuestra línea.

Con extraordinaria serenidad espera el Libertador los jinetes realistas y los fusila a quemarropa. Nuestras dos alas, a su turno, rechazan el ataque. Boves torna a cargar con más violencia, y la batalla se generaliza con indecible furia de una y otra parte, sobre todo en el centro de los republicanos, contra el cual empeña Morales la mayor parte de sus tropas.

Allí, en torno de Bolívar y escudándole con sus heroicos pechos, combaten como buenos Lino Clemente y los Montilla, y Florencio Palacio, y Ricaurte, el glorioso, y el indomable Campo-Elías, y Maza, Soubllette, y Muñoz Tébar y aquel patriota insigne, Martín Tovar, tan valeroso como honrado.

XII

Después de cinco horas y media de un fuego vivo y desastroso sobre débiles atrincheramientos, el Libertador ordena reforzar su ala izquierda situada en el Calvario y hacer por aquel flanco diversión al enemigo.

Practícase con brío aquella peligrosa operación. Campo-Elías refuerza a Villapol y juntos cargan a la izquierda de los realistas y acuchillan cuanto les resiste, pero Boves, pronto siempre al combate, vuela al auxilio de los suyos a la cabeza de sus violentos escuadrones; una brega sangrienta y obstinada se empeña en la extrema derecha de nuestra línea. Campo-Elías y Villapol combaten a porfía. Aquellos dos atletas terribles e impetuosos, hijos de España y defensores de la América y de sus nuevas instituciones, lidian con sin igual coraje. Boves, no menos temerario, toma a empeño vencerlos: con numerosa hueste los envuelve, los diezma, los rechaza y logra al fin desalojarlos de las casas que ocupan al pie de la colina del Calvario; parapeta en aquellas su numerosa infantería, que causa fiero estrago en nuestros destrozados batallones y, reforzado con tropas de refresco, carga y pone en conflicto nuestro flanco. El Libertador auxilia a aquellos bravos con una pieza de artillería y algunas guerrillas, que no bastan a contener el formidable empuje de las columnas con que el jefe realista los combate.

XIII

Frenético se arroja Campo-Elías sobre las bayonetas enemigas; sus ojos despiden llamas, sus miradas avasallan y espantan. Desgarrado el uniforme, el rostro ennegrecido por la pólvora, bañado en propia y en ajena sangre; ruje como león furioso, rompe su espada en las filas de Boves y cae vencido por la muerte sobre un montón de cadáveres.

Villapol, a su vez, se lanza como el rayo, hiere, destroza, retrocede abrumado por innumerables enemigos, se rehace un instante y sin flaquear en la demanda acomete de nuevo con indecible arrojo. Su brazo no desmaya, reconquista la posición perdida, pero una bala le hiere el corazón al proclamar el triunfo; y al pie de la bandera que sostiene en su crispada mano, rinde la vida en brazos de la gloria.

Nuestros soldados retroceden; por aquel flanco no les queda un solo oficial que los dirija: muertos los más o heridos, cubren el campo que de nuevo ocupa el enemigo. La derrota los amenaza, bien que oponen sin concierto desesperada resistencia. De pronto en medio del conflicto, aparece como salido de la tumba, un joven oficial pálido, ensangrentado y cubierto de heridas: pónese al frente de aquellos bravos a quienes electriza con su presencia, tira de la espada que apenas puede manejar su débil brazo y restablece entre los suyos la confianza. Aquel mancebo heroico es el hijo de Villapol; separado casi moribundo del campo de batalla, algunas horas antes, sabe en su lecho de agonía la muerte de su padre y se levanta y le viene a vengar. Intrépido se arroja sobre las casas en que se parapetan los realistas, logra desalojarlos en el primer empuje, y agotadas las fuerzas por la sangre que manan sus heridas, cae desmayado al cumplir su propósito. Empero, tanto esfuerzo decide la jornada. En la última carga el incansable Boves queda herido, y próxima la noche suspende la pelea. Nuestra izquierda enfrentada a Morales, y tan combatida como el centro y la derecha, no fue menos feliz. La victoria se declara por el Libertador. Retroceden los realistas a sus inexpugnables posiciones de los montes, al Sur de San Mateo, y dejan tendidos ochocientos cadáveres en el sangriento campo de batalla.

XIV

A pesar de aquel brillante triunfo no es menos conflictiva la situación de los republicanos.

Vencedores los jefes realistas en todo el Occidente, marchan sobre Valencia con poderoso ejército.

El coronel D'Eluyar, jefe de la línea de Puerto Cabello, es inquietado a su espalda por los cuerpos francos de las costas de Urama y de Morón.

Rosete, no escarmentado con la primera derrota sufrida en Charallave, vuelve sobre Caracas con mayor número de tropas.

¡Y Mariño no llega..!

Y aunque Boves se retira a la Villa de Cura, a restablecerse de su herida, queda Morales, su segundo, al frente de Bolívar, con todas las fuerzas sitiadoras de San Mateo, y mantiene nuestro campo, con frecuentes y violentos ataques, en constante y agitada expectativa.

En los días que siguieron a la jornada del 28 y por sobre la oposición del enemigo, el Libertador extiende la línea de defensa hasta su hacienda; sitúa el parque con un cuerpo de infantería en la casa alta del Ingenio, y entrega como pasto a la caballería las plantaciones de caña dulce de su propiedad.

Los combates continúan sin tregua. Reñidas escaramuzas provocadas por uno u otro bando, principian con la aurora y cesan con la noche. Las más veces, los patriotas arrollan a sus contrarios, pero escasos de fuerzas para conseguir desalojar al enemigo de sus ventajosas posiciones, se limitan a sorprender las avanzadas y a empeñar, a campo raso, combates siempre desiguales con su numerosa caballería.

Entre tanto, con la noticia de la rápida curación de Boves y de su pronto regreso a San Mateo para librar una batalla decisiva, llega al Libertador la nueva no menos alarmante de la ocupación de Ocumare por Ro-

sete, y de la marcha de aquel insigne forajido, a la cabeza de más de tres mil hombres, sedientos de sangre y de pillaje, sobre la indefensa capital.

Sabedor del peligro que amenaza a Caracas, Bolívar olvida generosamente su propia y angustiosa situación. Escoge de sus tropas 300 hombres de los más aguerridos, los municiona en abundancia, los dota con un cuadro de aguerridos oficiales y, a las órdenes de Mariano Montilla, los hace salir de San Mateo a las dos de la tarde, a tambor batiente y banderas desplegadas, por el camino de la capital. Cae el enemigo en el engaño que encierra aquella marcha ruidosa y ostensible, refuerza con numerosas tropas su ala derecha que supone le va a ser atacada, y espera alerta y a pie firme en sus ventajosas posiciones, en tanto que Montilla, no inquietado, sigue tranquilo a su destino.

XV

Tras del sobredicho engaño y de los repetidos descalabros, torna Morales a hostilizar con más vigor nuestra línea debilitada. Compromete combates que nos cuestan preciosas vidas. Sus feroces jinetes acosan nuestros flancos. Maza, Tomas Montilla, Jugo y Cedeño, a la cabeza de nuestros escuadrones, los rechazan con furia. En uno de los tantos encuentros una parte de la caballería enemiga se empeña en resistir, y los Soberbios Dragones de Salcedo la rompen y acuchillan, y en violenta derrota la llevan hasta Cagua.

Nuestros infantes, a su turno, desalojan a los realistas de algunas de sus altas posiciones; pero abrumados luego por el número de sus contrarios, ceden el puesto y repliegan al poblado.

De esta suerte, sin dar tregua a la lucha, trascurren veintidós días, empeñados en combates parciales de más o menos gravedad, pero todos sangrientos.

Antes de ser completamente interceptada toda comunicación con el cuartel general de San Mateo, y en medio a tanto estrago y tanto ensañamiento; el Libertador escribe a Urdaneta, de quien recibe aviso de la conflictiva situación de Occidente: “Defenderéis a Valencia, ciudadano general, hasta morir; porque estando en ella todos nuestros elementos de guerra, perdiéndola se perdería la República. El General Mariño debe venir con el ejército de Oriente: cuando llegue batiremos a Boves e iremos en seguida a socorremos...”.

Y aquel infatigable gladiador, a quien el peso del infortunio no logra avasallar, persiste en su propósito: y más pujante cuanto más combatido, vigoriza su ánimo en el calor de las batallas, cual se enardece el león con el tórrido soplo del desierto.

Escarmentado el enemigo con los continuos descalabros sufridos, permanece dos días sin aventurar nuevos ataques; y el Libertador aprovecha aquel instante de reposo, que le proporciona su indomable tenacidad, para reorganizar su campo y restañar en lo posible la sangre de su ejército.

Muy corta, empero, fue la tregua tras de tan ensañado batallar. Ruido de armas y voces, y movimiento de caballos, se nota de improviso en el campo realista. Nuestros soldados toman aquellas bélicas manifestaciones por preparativos de una carga general y simultánea sobre toda su línea, y se disponen con el vigor de siempre a rechazarla: pero al sordo rumor que los alarma, suceden vótores, y aclamaciones entusiastas y ruidosa algazara en que el nombre de Boves, saludado por sus tropas, manifiesta el motivo de tan estrepitosa como insólita alegría.

XVI

Los republicanos tienen de nuevo a Boyes al frente del ejército realista. Los rudos embates que experimenta nuestra línea denuncian la presencia de aquel fiero caudillo.

La lucha se encrucece. Ni un instante de calma a la diaria fatiga alcanzan nuestros acribillados batallones. La llanura no cesa de temblar bajo el acelerado movimiento de los innúmeros caballos que la cruzan en todas direcciones; y un trueno sordo y prolongado retumba con estrépito sobre las cumbres que se extienden en torno de San Mateo.

Los contrapuestos bandos se emulan en vigor y fiereza; pero la resistencia que al incesante batallar, sin resultado decisivo, oponen los republicanos, impaciente al fin, alarma y exaspera la cólera de Boves.

“Mañana será el último día”, dice con gesto amenazante a sus intrépidos jinetes, después del más reñido e infructuoso de todos los combates parciales con que hasta entonces nos venía inquietando; “mañana os haréis matar todos, o yo me encargo de cortaros la cabeza si no quedáis definitivamente victoriosos”.

Y acto continuo, se apresura a concentrar todas las fuerzas de su mando que discurren por los vecinos campos y poblados; las estimula con promesas de sangre y de pillaje, y se prepara al nuevo ataque, decidido a morir o a exterminarnos.

XVII

La escasez de pertrechos de que ya se resiente, y la dificultad de proporcionárselos sin pérdida de tiempo, le induce a violentar el fin de aquella lucha y a intentar sobre el provisto parque de los republicanos una sorpresa que los prive de sus abundantes municiones.

Para el efecto, al promediar la noche organiza una fuerte columna de sus mejores tropas, que confía al más audaz de sus tenientes con la orden secreta de flanquear nuestra línea haciendo gran rodeo, tomar luego por la espalda los cerros en que se apoya nuestra izquierda, tramonarlos, descender sobre la casa del Ingenio y asaltar nuestro parque.

El resto del ejército realista, al despuntar el alba, debía bajar a San Mateo, y mientras se ejecutaba aquella atrevida operación, atacar simultáneamente toda nuestra línea con el fin de ocultarnos el insidioso movimiento. No se escapa a la vigilancia de Bolívar la concentración del enemigo: por lo que previendo para el siguiente día, no tan nuevo ataque como los anteriores, sino una batalla en toda forma, se apresura a reforzar sus posiciones con todos los reparos de que puede disponer en tan conflictiva situación. Al efecto, después de dar de alta a todos los heridos del hospital de sangre, y de armar de nuevo a aquellos bravos que apenas logran tenerse en pie, mutilados como se hallan los más, y doloridos; pasa revista a sus tropas, reducidas próximamente a la mitad del número con que diera principio a la tremenda lucha, y restablece su línea de batalla como en la pasada jornada del 28 de febrero. El teniente coronel Ramón Ayala fue escogido por el Libertador para mandar el ala derecha y sostener la importante posición de la colina del Calvario, tumba gloriosa de Villapol y Campo-Elías, y célebre entre nuestras posiciones por el esfuerzo heroico de aquellos dos atletas. El parque del ejército, situado en la casa alta del Ingenio, fue confiado a la custodia del intrépido capitán Ricaurte, joven de grande esfuerzo y de notoria fama. Y los atrincheramientos del centro quedaron a las órdenes del coronel Clemente.

XVIII

Todo se prepara en el campo republicano para la próxima contienda. Empero, no es una simple batalla la que se va a librar; es la suerte de la República la que se intenta resolver en aquel último y desesperado esfuerzo. Vencedores los independientes, la situación cambia de faz, el Libertador puede aventurar una nueva campaña, y al incorporársele el

ejército de Oriente, romper el sitio de Valencia y luchar todavía con probabilidades favorables. Vencidos, nada les queda que esperar: Boves los pasará a cuchillo y Mariño no hallará en San Mateo sino un aglomeramiento de cadáveres sobre un montón de escombros.

El Libertador vela toda la noche, y en medio del profundo silencio que reina en la extensión del valle, sus tropas, apercebidas al combate, le ven pasar sombrío como un fantasma, ir y venir de un flanco a otro, y sin descanso repasar su línea de batalla durante todas las horas de aquella larga noche.

A pesar de tanta vigilancia, burló el enemigo la sagacidad y el cuidado de aquel ilustre centinela, y la operación tan sigilosamente practicada sobre el flanco izquierdo de los republicanos no fue advertida y quedó en el misterio.

Algo extraño, no obstante, como un presentimiento, conturba al par que alienta nuestro ejército. Los jefes se interrogan entre sí sobre la causa oculta de aquella inexplicable y angustiosa inquietud, que todos sienten mezclada de lisonjeras esperanzas sin encontrar razón que la justifique; pero todos convienen en que algo extraordinario se prepara, y ven llegar el día con la ansiedad con que se espera lo imprevisto anunciado por una inspiración.

XIX

Al despuntar la aurora del 25 de Marzo de 1814, estrepitosa vocería se levanta en el campo realista. Redoblan los tambores, suenan cornetas y clarines, relinchan los caballos y crujen las cureñas de las piezas volantes que el enemigo pone en movimiento. Luego, impetuoso, el ejército español desciende a la llanura, despliega en alas su numerosa caballería y se arroja sobre nuestra línea de batalla.

Un combate violento, tenaz, encarnizado, se traba en todos los puntos que simultáneamente ataca el enemigo. Nuestros soldados defienden sus posiciones con heroica bravura y rechazan las repetidas cargas con un fuego incesante y mortífero, que impávidos resisten los jinetes de Boves, y que contesta con no menos estrago la numerosa infantería realista regida por Morales.

Boves enardece a los suyos con el ejemplo de su arrojo. En medio al fuego que destroza sus filas, se divisa a aquel atleta formidable, sobre su gran caballo de piel leonada y negras crines, como visión terrible. A la cabeza de sus compactos escuadrones, carga personalmente con indecible empuje, quiebra sus lanzas en las groseras palizadas que resguardan el centro de los republicanos, repliega destrozado y frenético, carga de nuevo, y fatiga con sus rudos ataques la resistencia esforzada de nuestros batallones.

Ayala, no menos combatido en el ala derecha, se mantiene a pie firme.

Las horas corren rápidas en aquella espantosa faena. El combate no desmaya un instante. Los muertos toman parte en la lucha porque embarazan con su crecido número los movimientos de los vivos. El destrozo por una y otra parte es incalculable y alarmante; y el Sol comienza a declinar sin que la furia del ataque y la tenacidad de la defensa hayan perdido nada de su mutuo ardimiento.

Con el prestigioso ascendiente de su palabra y de su imperturbable serenidad alienta el Libertador a sus soldados. Acude a toda parte donde la lucha se traba con encarnizamiento; aplaude, anima y premia con frases lisonjeras el valor y la constancia de sus acribillados batallones, los lleva al fuego con impávida calma y rechaza en persona las más terrible cargas que les da el enemigo.

“Dos horas más de brío y la victoria es nuestra”, dice y repite a sus heroicos compañeros. “Para morir nos sobra tiempo; tratemos antes de vencer”. Y asombra con su tranquila decisión, y enardece y fatiga la

tenacidad de sus contrarios, cuyos esfuerzos burla a cada nuevo empuje con que se prometen exterminarnos.

Los realistas agotan sus municiones de reserva durante las nueve horas de aquel rudo combate, y solo fían el triunfo de sus armas a la impetuosidad de su caballería, y a la audaz operación tan sigilosamente practicada sobre el parque de los republicanos. Aquella tarda empero en realizarse, y Boves, impaciente y frenético, se empeña en abatir con el pecho de sus caballos las mal seguras palizadas que defienden nuestras bayonetas.

Una furia creciente preside a las desesperadas cargas que nos da el enemigo; pero su arrojo y su bravura se estrellan contra la firme decisión de los independientes; bañadas en sangre y extenuadas, ceden al fin y retroceden las impetuosas hordas, cuando un grito de angustia y de terror de nuestra parte, y de alegría feroz en el opuesto bando, resuena de improviso en medio a la batalla.

XX

Todos los ojos se vuelven hacia la altura que domina la casa del Ingenio, y sobrecogidos de espanto, divisan nuestros soldados la fuerte columna encaminada a apoderarse del parque.

Aquella inesperada operación conturba el ánimo de los independientes. La pérdida del parque es la pérdida de la batalla, y custodiado aquel por escasa tropa, y en la imposibilidad de socorrerlo, nadie duda del desastroso fin de la jornada.

Al estrépito de la refriega sucede, sin que nadie lo ordene, un silencio solemne, en que la angustia de los republicanos contrasta con el júbilo mal reprimido de sus contrarios.

Boves, satisfecho de sí, contempla con infernal sonrisa aquella terrible acometida. Mientras que en el opuesto campo, desnudo el sable, los

ojos centellantes, airados y magníficos en tan supremo trance, los jefes republicanos corren a agruparse en torno de Bolívar, ofreciendo como último baluarte sus nobles corazones. En aquel momento de tremenda agonía, desciende el Libertador de su caballo, le hace quitar la silla, y colocándose en medio de sus tropas: —“Aquí” —les dice con enérgico acento— “aquí entre vosotros, mis valientes, moriré yo el primero”.

La columna enemiga baja entretanto al pasitrote con formidable empuje sobre la casa del Ingenio; y nuestro ejército repite con ansiedad creciente el nombre de Ricaurte. Sobre aquel joven héroe caerá el golpe de gracia que ha de abatir en aquel día todos los esfuerzos de la patria. Todas las miradas le buscan y palpitan por él todos los corazones.

Conflictiva es la situación para Ricaurte. La casa confiada a su custodia, no solo encierra el parque y municiones del ejército, sino gran número de heridos y mayor cantidad de niños, mujeres y ancianos, parte de la emigración de los vecinos pueblos refugiada en San Mateo; y para su defensa apenas cuenta con algunos soldados que no llegan ni a la décima parte de las fuerzas por que se ve atacado.

Su bravura, con todo, se sobrepone a su material debilidad, y palmo a palmo disputa al enemigo el sagrado depósito que aquel se esfuerza en asaltar. Al fin se ve abrumado por el número, y constreñido a desamparar el puesto que custodia, ordena a los heridos y a los niños, mujeres y ancianos que aterrados se agrupan o discurren por todo el edificio, abandonar la casa e ir a refugiarse en otra parte. Luego, con gesto irreplicable, se hace obedecer de cuantos le rodean: los soldados que aún sostienen el fuego, descienden a su turno el recuesto de la colina, y solo con su heroica grandeza espera al enemigo, que asalta el edificio en medio de atronadores víctores.

XXI

Un grito inmenso de triunfo y de alegría resuena al mismo tiempo en el campo realista, pero instantáneamente, insólita explosión y aterrador estrépito retumba en todo el valle, y densa nube de humo asciende entre lenguas de fuego y cubre la montaña.

¿Qué pasa? ¿Qué acontece? Todos lo adivinan al disiparse el humo que cual fúnebre manto se extiende sobre la casa del Ingenio. El antiguo edificio convertido de súbito en un montón de escombros pregona el heroísmo de Ricaurte... Glorioso sacrificio a que no le induce la desesperación; ni se puede estimar como el arranque de despecho de una trágica muerte, ni menos como la protesta insolente del orgullo militar humillado. No; Ricaurte no es Cambrone en el último cuadro de Waterloo, revolviéndose en su agonía de león para escupir el rostro, con frases de desprecio, a su enemigo vencedor. Está más alto. El amor a la patria es solo quien le inspira. Una peripecia de la batalla le sirve de pedestal y sobre ella se empina. Su talla adquiere las proporciones de los antiguos héroes; su cabeza se pierde entre deslumbrantes claridades y a sus pies todo lo ve pequeño, menos la tumba que para recibirle cava todo un ejército. Desde la altura en que se encuentra divisa el campo de batalla, y en él a sus amigos desesperados de vencer, a Boves soberbio y victorioso, y tanto esfuerzo inútil y tanta sangre vertida infructuosamente, y la patria humillada y su causa perdida: todo lo ve a sus pies, y árbitro se siente y soberano de la cruenta jornada. Su vida por mil vidas y por el triunfo de los suyos, le propone el Destino: y convencido acepta el sacrificio, y corre a él, y espanta, y vence, y desaparece de la tierra para ceñir en la inmortalidad la refulgente aureola de su gloriosa abnegación.

Ante aquel extraordinario sacrificio, Boves retrocede aterrado, y de nuevo se guarece en las alturas.

Bolívar le persigue hasta sus inexpugnables posiciones; recorre el campo donde yacen extendidos mil cadáveres y espera la llegada de Mariño para abrir la campaña.

Tres días más permanece el terrible asturiano en sus antiguas posiciones; luego cambia de aviso y se retira al fin de la presencia de Bolívar, noticioso de la proximidad del esperado ejército de Oriente.

XXII

La historia militar de nuestra guerra de independencia registra en sus anales episodios magníficos, hechos heroicos y gloriosas e innúmeras batallas; pero ninguna excede a San Mateo.

Aquella larga lucha, obstinada y terrible, da la medida de la entereza de Bolívar, de la perseverancia de aquel infatigable domador de imposibles a quien jamás venció la adversidad.

Bolívar absorbió todo el aliento de la gran revolución americana; y en él se concentró toda la vida de un pueblo defraudado en sus derechos.

En medio al caos de una sangrienta lucha, tuvo que crearlo todo, y que luchar contra todo lo creado.

Para alcanzar el fin de sus nobles propósitos no hubo poder humano, ni fuerza superior a detenerlo. Y cuántos sacrificios en su larga carrera no tuvo que aceptar! ¡Y cuán ruda fatiga no tuvo que vencer! En medio a tanto esfuerzo, ora vencido o vencedor, ¡no descansar jamás! Entregar a la patria, alma, cuerpo, fortuna, reposo, sangre, vida: no abatirse un instante: no desmayar un solo día: no abrigar una duda en su fe inquebrantable: ver impasible cebarse la desgracia en su obra gigante; y quedar reducido a su sola energía, a su solo entusiasmo, a su fe sola! Ver morir sus esfuerzos sin perder la esperanza y comenzar de nuevo su labor de titán sobre las ruinas del más supremo esfuerzo: errar, y por las huellas

del desastre, lanzarse a conquistar lo que no le fue dado sostener: perseverar sin tregua: alcanzar la cima al grito de victoria y caer al abismo sin flaquear su energía: solo, contra los elementos, las preocupaciones, y los hombres; blanco de todas las intrigas, de todas las asechanzas, de todos los furros! Vencer los suyos con las armas, la persuasión o la política, para acometer seguidamente a un enemigo siempre resuelto, compacto, y numeroso. No rehuir jamás un sacrificio: aceptar el peso de todas las responsabilidades: vencer su cuerpo, sus dolores, las flaquezas del ánimo, las delicadezas del corazón, las tempestades del espíritu. Sofocar la propia sensibilidad en los momentos en que perdonar casi era delinquir. Ser generoso y aparecer avaro. Ser magnánimo y ostentarse cruel. Enfrentarse a lo viejo arraigado por la costumbre o la preocupación y pretender aniquilar hasta los fundamentos del vetusto edificio colonial, sin más apoyo que el de la inquieta rivalidad del mayor número de sus propios tenientes, sin exasperarse ni retroceder ante el tamaño de la empresa, prueba la fuerza sobrehumana, la energía sin ejemplo de aquel genio inmortal.

Sin faltar a la verdad, Bolívar pudo siempre decir: yo soy la Revolución; en mí se encarna la República.

Con todas sus faltas reales, con todas las imputaciones con que algunos de los hijos degenerados de esta América han tratado de empañar su memoria, Bolívar, siempre grande, aparece en la Historia: incomparable.

Alejandro, César, Carlo Magno y Bonaparte tienen entre sí puntos de semejanza. Bolívar no se parece a nadie. Su gloria es más excelsa. Ser Libertador está por sobre todas las grandezas a que puede aspirar la ambición de los hombres.

XXIII

Si transmitir a nuestros hijos las tradiciones épicas de las pasadas glorias de la patria es un deber sagrado que nos impone juntamente con el

amor al suelo en que nacimos, el noble orgullo de ofrecer ante el mundo la eximia ejecutoria de nuestra nacionalidad, en la epopeya que nuestros padres escribieron con su sangre y que no cede en brillo ni en grandeza a la más alta de la que pueden ostentar otras naciones; mayormente ha de amparar nuestra justicia los nombres venerandos de aquellos ínclitos varones que por el logro de la libertad y los derechos de un pueblo esclavizado dieron sangre y fortuna y que hoy acaso yacen en el olvido, sobre mustios laureles, que no obstante, envidiarían los más altivos para adornar su frente.

Cumple a la gratitud y al patrio orgullo recoger esos nombres y al cerrar esta página que conmemora unos de los más trágicos episodios de nuestra historia militar, evocar una vez más, con el recuerdo imperecedero de Bolívar, el de aquellos insignes lidiadores que son relámpagos de gloria iluminaron el portentoso palenque de San Mateo.

Nombremos los que venciendo la fragilidad de la memoria han logrado llegar hasta nosotros amparados por su propio valer.

Lino de Clemente, Tomas y Mariano Montilla, Soublette, Ayala, Villapol, Campo-Elías, Martín Tovar, José Leandro Palacios, Pedro León Torres, Gogorza, Muñoz Tébar, Cedeño, Jugo, Salcedo, Ponce, Buroz, Picón, Quintero Maza, García de Cena, Diego Ibarra y tú, Ricaurte, arcángel del denuedo que resplandeces en la historia entre los héroes que encarece la fama y que la tierra admira –generación incomparable para la cual parece escrita esta magnífica estrofa de Núñez de Arce.

Arrojada y resuelta cual ninguna,
Como engendrada en tan heroico empeño.
Templóla en sus rigores la fortuna,
La ronca tempestad meció su cuna
Y el eco del cañón la arrulló el sueño.

Las Queseras

(3 de abril de 1819)

I

He aquí una de aquellas páginas gloriosas que bastan de por sí para enaltecer toda una época. Uno de aquellos episodios magníficos de nuestra guerra magna que en el trascurso de los tiempos aparecerán como robados a la Fábula. Un hecho de armas, en fin, que nada envidia a los combates prodigiosos de la antigüedad.

Ahora bien: ¿quién llena aquella página? ¿quién el moderno Aquiles, el héroe legendario, émulo sin saberlo, de los héroes de Homero?

Un oscuro pastor de nuestras pampas, uno de esos granos de arena imperceptibles que el huracán de las revoluciones arrebató del polvo, vivifica con su aliento de fuego, hace girar en el torbellino de las batallas, acrece, inflama y pule en la rotación continua y sucesiva de acontecimientos trascendentales, y levanta luego a la altura de los astros.

¡Misteriosos encumbramientos!

Transformaciones raras, las cuales no debemos atribuir ciegamente al acaso.

No. En el polvo que sacude y esparce el soplo de las grandes revoluciones, como en las capas ignoradas de opulento veneno, existen partículas preciosas, arenas de oro, átomos de diamante, embriones microscópicos de cuerpos gigantescos: esos, los elegidos; esos, los que mediante el superior designio del Genio poderoso que preside y dirige el destino de naciones y pueblos, alcanzan un desarrollo sorprendente. De resto, cuando el

huracán ha dejado de agitar sus alas formidables, cuando el sacudimiento revolucionario desfallece por impotencia o se pierde en la serenidad de los hechos radicalmente consumados, el polvo ordinario vuelve al polvo; como la espuma, las medianías encuentran su sepulcro en la normalidad y en la calma, y el nivel alterado un instante se extiende inexorable.

Para los unos, luz; para los otros sombras.

—Parcialidad de la fortuna —exclaman los no favorecidos, y, como siempre, se refiere al acaso lo que viene de Dios.

II

Hasta el confín de nuestras pampas llega el eco sonoro de la Revolución: ruido extraño que así amedrenta a los tímidos, como enardece la noble emulación de los corazones generosos.

Sobresaltado, atónito, cual si despertara de improviso del más profundo sueño, un joven pastor, presa hasta entonces de inclemente destino, escucha el ruido misterioso que invade y estremece la desierta llanura; y cual si a nueva vida le llamase aquel grito de rebelión contra el despotismo colonial, levanta al cielo los ojos y el espíritu, sondea el abismo en que se halla sepultado, mide sus propias fuerzas, robustecidas súbitamente por una aspiración desconocida, y deslumbrado por los nacientes resplandores de una noble ambición, por vez primera, se cree digno de más alto y de mejor destino. El reclamo de la patria es una imposición del cielo: forzoso obedecer.

Con un rasgo de audacia hace pedazos la cadena oprobiosa de la indolencia que le atara a eterna esclavitud: abandona el rebaño que apacienta, cambia el cayado por la lanza y, de las sombras del vasallaje que le ocultan a los halagos de envidiable fortuna, se arroja al escenario inmenso de futuras y brillantes proezas.

Ahí le tenéis, apuesto, pero sin vanidad, dominando los ímpetus del salvaje corcel de nuestras pampas; confiado en el destino, como si ya el augur de la fortuna hubiera deslizado en su oído el secreto del porvenir; y armada la diestra de aquella lanza poderosa, cuyo brillo hizo palidecer el sol de la invencible España.

Ser anónimo, entre los laureles de la victoria, encontrará no tarde un nombre esclarecido. El pastor se transforma en guerrero; el guerrero en héroe; el héroe... en Páez.

Semejante a un centauro extraviado, se ostenta solo en medio a la llanura; el viento agita las revueltas crines del impetuoso bruto que refrena un instante para sondear el horizonte y escuchar conmovido el lejano fragor que retumba en el bosque y se dilata en los desiertos.

La guerra ha desencadenado sus violentos huracanes. El fuego de las batallas enrojece el cielo. Ruge el bronce como el león cuando despierta. La tierra se estremece poseída de sorpresa y pavor.

Empero estas inexplicables convulsiones de la naturaleza no provienen tan solo del estruendo de las armas, del encono de las pasiones, del choque de contrapuestos bandos; no, hay algo extraordinario y portentoso oculto en aquel laberinto de fuego, en aquella algazara inaudita de lamentos y víctores, en aquel caos de sangre, lágrimas, aspiraciones gigantescas, crímenes y heroísmo capaces de conmover al mundo.

En medio de tan insólito fragor, algo extraño se presiente, algo indeciso comienza a divisarse. La tempestad revolucionaria no se desenvuelve en las tinieblas, un relámpago perpetuo, como una antorcha inextinguible la ilumina y la inflama.

¿Qué pasa? ¿Qué acontece?

Un prodigio. La aparición de un genio sobrehumano: Bolívar, armado cual Minerva; y la América ocupando un alto puesto entre las madres de los Genios inmortales.

III

La campaña de 1813 es un eslabonamiento de milagros. Sus trofeos sombrean la cuna del Gigante. Ella es el primer paso de Bolívar, de aquel astro errabundo cuya inmensa estela fue una vía láctea de centellas.

Páez escucha con arrobamiento el rugido que asorda los espacios, los clamores que surgen de la tierra; ve a lo lejos los destellos del sol deslumbrador que se levanta en el cielo de la Patria; aspira el fuego eléctrico del heroísmo, en los relámpagos de Niquitao; se enardece con el estrépito victorioso de Horcones y queda absorto ante el glorioso triunfo de Taguanes.

—¡Oh!, yo también, exclama, blandiendo la pujante lanza; yo también quiero puesto de honor en el cortejo de ese genio mimado por la gloria. —Y ansioso de compartir con él el triunfo o el martirio, suelta la brida al bruto palpitante y va a romper su primer lanza sobre el escudo íbero, sellando así con timbre perdurable la página primera de su historia portentosa. A su alrededor, como en torno a una bandera que protege y glorifica, se agrupan y galopan tras él, aquellos hijos de las pampas, ardientes, belicosos, indómitos, semisalvajes; peces leones y centauros a un tiempo; señores de la llanura, vencedores del cocodrilo, del caballo salvaje, del toro y del jaguar; sin freno conocido hasta entonces, libres como el viento a pesar de la España y del Gobierno colonial. Todos se juntan alrededor de Páez, del gladiador intrépido a quien no pueden vencer en los ejercicios corporales, ni en los combates singulares suscitados por violentas rencillas; a quien tienen por invulnerable, a quien aman y respetan como a un ser superior. La cabeza y el dorso, expuesto a veces al sol abrasador de las llanuras, sin arneses, sin mantas, combatiendo a la vez que domando el reacio animal que les brinda indómito rebaño; sin Dios ni ley, ni estímulo que no sea el del común peligro,

siguen a Páez, como las tribus nómades a aquel de entre los suyos que tienen por más fuerte, que estiman por más sabio.

Lo que al principio apenas agrupamiento de partidarios, no tarde se convierte en ejército. Ejército numeroso, a cuya filas, como atraídos por misterioso imán, corren a incorporarse los dispersos de todas armas que cruzan la llanura: el errante pastor, el astuto guerrillero, el derrotado; con ellos, generales sin tropas, sacerdotes arrojados de sus templos, ancianos venerables, niños sin padres y mujeres sin esposos, perseguidos por la ferocidad del enemigo; hombres de ciencia, ánimos turbulentos, patriotas ilustres y ambiciosos sin freno, a quienes las revoluciones, la guerra y el tumulto brindan siempre halagos infinitos. La muerte de Boves y el desprecio que de los vencedores en 1814 hacen Morillo y sus orgullosos expedicionarios, llevan a las filas del ejército de Apure expertos jefes y aguerridos soldados. Luego, en la lucha, lo que el cañón devora, lo que merma el acero inclemente de nuestros opresores, lo rehace el prestigio, lo recupera y multiplica la popularidad creciente de un caudillo siempre victorioso.

Entre tanto, asaltos, escaramuzas, combates y batallas se suceden sin tregua.

La fama pregona hechos heroicos que embelesan y pasman.

A Estanques, con sus Termópilas y sus proezas mitológicas, sigue la Mata de la Miel, batalla nocturna donde las sombras velan la sangre y el estrago, no el heroísmo que hace resplandecer como centellas los laureles del triunfo. Luego viene el Yagual, con sus violentos y terribles asaltos; y Mucuritas¹, con sus catorce cargas de caballería que asombran, a la vez

[1]_ Hablando de esta acción escribía Morillo: “Catorce cargas consecutivas sobre mis cansados batallones me hicieron ver que aquellos hombres no eran una gavilla de cobardes poco numerosa, como me habían informado, sino tropas organizadas que podían competir con las mejores de S. M. el Rey”.

que acuchillan a los fatigados tercios españoles; y la presa de la flotilla, en aguas del Apure, inaudito abordaje sin ejemplo en la historia, de jinetes a nado contra barcas armadas de cañones. Después la toma de San Fernando, obra de la tenacidad; y el Rastro, tumba gloriosa de Genaro Vázquez; y la atrevida ocupación de San Carlos; y la disputada victoria de Cojedes; y la espantosa carnicería del Guayabal; y Carabobo, pirámide de gloria; y el asalto de Puerto Cabello, prodigio de gigantes; y cien y más combates heroicos y sangrientos, sacrificios a oscuras, laureles sin brillo, proezas sin renombre, encuentros al acaso, más terribles a veces que las batallas que encarece la fama, que relata la historia. Y sobre todos ellos, sobre la lucha en las tinieblas, y la victoria entre relámpagos, cual si fuera el coronamiento de la elevada cima de los triunfos, un imposible de osadía y de arrogancia extrema, realizado entre aplausos: ¡Las Queseras!, duelo fantástico, deslumbramiento de águila, que sobrepuja todo cuanto la imaginación puede forjarse de prodigioso por heroico, de inaudito por aventurado.

IV

¡Cuánta constancia, cuántos sacrificios, cuánto esfuerzo para escalar la altura donde solo el cóndor osa posar su vuelo; y sin embargo, cuán fácil nos parece de lejos arrostrar la montaña, trepar por sus pendientes, salvar sus precipicios, vadear sus torrentes, alcanzar con pie firme las empinadas cumbres, y dominar la cima, sin fatiga y sin vértigo, levantado el Espíritu y limpio el corazón!

¡Oh! nada tan ilusorio como las presunciones inconscientes.

Osad, aventuraos y sabréis cuánto cuesta levantarse siquiera una línea del nivel ordinario.

La historia no da cuenta del número de victorias parciales que fueron necesarias para lograr uno solo de aquellos triunfos resonantes a que va

unido el renombre de Páez. Ella estima en conjunto y analiza, aunque someramente, el esfuerzo común, sin detenerse en los detalles, en el grano de arena que acumulándose forma la pirámide. Ella no alcanza a divisar sino las cúspides, pocas veces los cimientos.

Seamos prolijos, y el asombro que produce lo inmenso de lo desconocido colmará nuestro deseo.

Cada uno de aquellos triunfos, no es siempre el resultado del esfuerzo inteligente y colectivo. En casi todos ellos la multiplicación de ventajas parciales decide de ordinario.

Con harta frecuencia en el ejército de Apure, los combates y las batallas se libraban solo al arma blanca. Eran aquellos nuestros tiempos heroicos. La lucha se empeñaba cuerpo a cuerpo; nuestros jefes buscaban en medio del tumulto a los jefes realistas para trabar con ellos personales combates: cada cual a su turno, oficiales y tropa, escogían sus contrarios; la antipatía, el odio, la venganza presidían a la elección. Toda lucha personal terminaba con la muerte; el vencedor emprendía nueva lid, y si el brazo no desmayaba y le era propicia la fortuna, acometía otra vez, y otra y ciento hasta perder la vida o la espantosa cuenta de los que arrojaba al polvo muertos o agonizantes. Duelo tremendo, interminable, desastroso, propio de los antiguos circos, donde recreaba sus feroces instintos el pueblo romano. La aglomeración, si así puede decirse, de estos duelos parciales formaba la batalla. La suma de victorias individuales complementaba el gran triunfo. ¡Ah! ¿Cuánta pujanza, y brío y esforzada resistencia no se hacían necesarios para afrontar tantos peligros? ¿Cuánta fuerza, agilidad, pericia, y valentía y cuánto arrojo para conjurar todas las amenazas, dominar los contrarios esfuerzos y salir vencedor? El jefe y el soldado se codean en medio del combate y cada cual llena cumplidamente su deber; con la sola diferencia de que, el primero hace a la vez de general y de soldado; manda y acomete, ayuda y se defiende, acude a todas partes, ve por todos aquellos ojos, de ira o

de entusiasmo ciegos; anima, encomia, castiga, vilipendia, estimula con el heroico ejemplo y riñe cuerpo a cuerpo como un simple *lansquenets* de la Edad Media.

¡Faena de titanes!

V

¡Exigencias de un orden superior dificultan la realización de tan repetidas proezas. Para aquellos hombres rústicos pero poseídos de heroica emulación que forman en su mayor parte el ejército de Apure, el jefe que los manda está obligado, por un tácito acuerdo, a ser omnipotente. Páez no desmintió jamás la aventurada presunción; pródigo de su vida la juega sin reparo en todos los encuentros; en la temeridad está su fuerza, ella acrece cada día su renombre, ella sirve de pedestal a su prestigio. El primero en la carga, en la brecha, en la rápida acometida; solo, con diez, con ciento, con un ejército, siempre a vanguardia y presto siempre a sostener veinte duelos a muerte en cada escaramuza, realiza portentos que, por frecuentes no producen asombro, y hazañas tan inverosímiles que solo a fuerza de ser repetidas se sobreponen a la incredulidad. Corre la sangre en aquellos duelos temerarios, se derrama a torrentes; pero sangre que no mancha las manos, que no llena de oprobio, ni se convierte luego en satánica púrpura de mentida grandeza.

Labor constante, maravillosa, inmensa; capaz de fatigar a Hércules y de amenguar el genio batallador de Marte.

VI

Pero detengámonos un instante para cobrar aliento. Vamos a entrar en 1819, y allá, a lo lejos, en un recodo del Arauca, rodeado de palmeras,

extendido cual las llanuras vengadoras que sepultaron a Cambises, y abrasado por el ardiente sol de nuestras pampas, se divisa el campo inmortal de “Las Queseras”, circo máximo del heroísmo patrio, donde en breve los resplandores de la gloria eclipsarán el esplendor del astro de la luz.

Sobre las ruinas de la infausta campaña de 1818, el huracán de la revolución torna a agitar sus poderosas alas.

Bolívar, como Anteo, más fuerte y más terrible se levanta del polvo ensangrentado por tan repetidos desastres. De nuevo, a nueva lid, impele improvisados batallones. Borra con prodigios de habilidad y de constancia los errores cometidos.

Recupera con portentos de su ingenio fecundo lo que abatió la espada; y en el desconcierto mismo de la derrota y del fracaso, perseguido de muerte, acuchillado, confiando a la velocidad de su caballo la salvación de la República, entre el humo de la pólvora y los estragos del enemigo encono, sueña a Colombia, abre a sus tropas una nueva campaña, libra y gana en los campos de la política batallas trascendentales que asombran y fascinan.

Vencedor, la gloria ciñe a su cabeza coronas de laurel: vencido, diadema de relámpagos iluminan su frente.

Mientras Morillo victorioso abruma con onerosas exacciones a los pueblos que dominan sus armas y se apercibe de todo punto como para postrar de un solo golpe la rebelión de Venezuela, el Libertador vuela a Guayana, convoca el segundo Congreso de la República, funda periódicos, atrae a sus banderas extranjeros soldados, rehace su aniquilado parque, organiza nuevos regimientos, extiende su brazo poderoso armado con el rayo de la revolución para inflamar de nuevo la apagada hoguera reaccionaria en algunas provincias de la Nueva Granada, y protesta en el famoso decreto de 20 de Noviembre, con toda la energía de un es-

partano, contra la pretendida intervención de las potencias europeas en nuestra lucha con España. Luego, precedido por cuatro batallones a las órdenes del valeroso Anzoátegui, escoltado por su guardia y seguido de cerca por las fuerzas de Cedeño, remonta el Orinoco, se reúne en San Juan de Payara al aguerrido ejército de Apure, base fundamental de la nueva campaña, ahoga en generoso abrazo las disensiones provocadas por ambiciosos turbulentos, asciende a Páez a general de división y retorna a Angostura, a activar la instalación del famoso Congreso, confiando al glorioso caudillo del Apure, con el mando del ejército, la dirección provisional de la campaña.

VII

Ofuscado por el prestigio halagador de recientes y ruidosas victorias, Morillo acomete de nuevo la empresa temeraria, tantas veces frustrada, de someter a la Corona las llanuras de Venezuela. A fines de enero de 1819 atraviesa el Apure, que le ceden sin lucha los republicanos, y al medroso resplandor del incendio en que se abrasa voluntariamente la heroica San Fernando, revista el numeroso ejército que forman las divisiones peninsulares de La Torre y Calzada, junto con los llaneros de Morales, los regimientos de Pereira, los carabineros de Narciso López y los diez y seis escuadrones de húsares de Fernando VII y de dragones de la Unión que completan su caballería. En suma, ocho mil quinientos combatientes, bien equipados y aguerridos, con cinco piezas de artillería de campaña y todo el material de guerra de un cabal ejército europeo.

Para oponerse a la invasión de tan poderoso enemigo, los republicanos apenas cuentan en sus filas dos mil infantes bisoños, pobremente equipados, e igual número de jinetes, de escasa disciplina, pero llenos de arrojo y valentía.

Con todo, era este el ejército más fuerte y numeroso con que contaban los independientes. Enfrentarlo en batalla, a tan formidable contrario, era jugar con poco acierto la suerte de la República, las conquistas gloriosas de la revolución.

Páez lo comprende desde el primer instante, y dominando en obsequio de la Patria los ímpetus de su genial temeridad, subordina al consejo de una prudencia hábil y meritoria los arrebatos de su osadía, las tentaciones de su noble ambición.

Tascando el freno que le impone el deber, retrocede delante de Morillo; primero paso a paso, amenazante, como el toro salvaje de nuestras llanuras; luego, inspirado por una idea feliz, se aleja a toda brida, desaparece tras el horizonte de la extendida pampa, pasa el Arauca, se interna al sur buscando el Orinoco, arriba a las orillas del caudaloso río, deposita en una de sus islas el precioso tesoro confiado a su prudencia por el Libertador, y apartando de sus tropas ochocientos jinetes escogidos, se revuelve expedito al encuentro de Morillo. Choca en el Caujaral contra tres mil soldados de Morales, vanguardia del ejército; acomete a La Torre; lo deja por Calzada; desordena la retaguardia de Pereira; se convierte en el azote, en la sombra terrible de las legiones españolas, acuchilla escuadrones enteros de dragones y húsares, y da principio a aquella sucesión interminable de asaltos, escaramuzas y sorpresas que llevan con la inquietud del campamento y las fatigas de las marchas, violenta exacerbación al ánimo de nuestros enemigos.

VIII

Las llanuras, como el cielo, tenían también sus tempestades; tempestades terribles, desastrosas, que parecían brotar de las entrañas de la tierra: una nube de polvo levantada en el horizonte de la extensa llanura,

presagia el huracán a los soldados españoles; impelida por misteriosa ráfaga se adelanta siniestra; a medida que avanza, acrece y se dilata; el sol la inflama con sus rayos de fuego; relámpagos de acero brillan deslumbradores en su seno profundo, y como un trueno prolongado, sorda repercusión se deja oír en la sonora pampa, herida por el violento golpe de innúmeros caballos que la cruzan veloces.

El cañón enemigo detiene a veces la nube amenazante; la rechaza, la aleja, la disipa; pero, de nuevo aquella torna a formarse en otro punto del horizonte: abre sus alas voladoras acomete otra vez, y porfía con tesón hasta que logra estrellarse contra las bayonetas del ejército, fulmina y desaparece dejando el campo sembrado de cadáveres.

En demanda del ejército republicano a quien no encuentra, Morillo, sin rumbo fijo, marcha escoltado, envuelto por veloces guerrillas de caballería que no le dan vagar, que le inquietan con frecuentes amagos, que le disputan el agua y el ganado, y perturban el sueño de sus cansados batallones.

Tras días de lucha y de fatiga, la noche les reserva horas de angustia y escenas desastrosas. Potros salvajes que arrastran a la cola pieles de toro tostadas por el sol, cruzan en la oscuridad el campamento, furiosos como ráfaga infernal. Cunde el espanto, prevalece la confusión sobre la disciplina, regimientos enteros se creen acometidos por una carga de nuestros escuadrones, se agrupan sin concierto y disparan sobre sus propios compañeros, quienes contestan con nutridas descargas.

Mayor estrago que el de los bueyes lanzados por Aníbal sobre las legiones de Fabio, hacen nuestros caballos espantados en el campo realista.

Con la aurora, el ejército español se pone de nuevo en movimiento, y como león herido, se aleja cauteloso del sitio donde se ha revolcado en noche de agonía, dejando tras el incierto rumbo que persigue su huella ensangrentada.

Fatigado, jadeante, Morillo se detiene al fin a la entrada del desierto de Cariben, reconoce aunque tarde, como temeridad sin fruto, su internación en las llanuras. Contramarcha resuelto a adoptar otro plan menos aventurado, repasa el Arauca, y acosado siempre por la tenacidad de nuestros lanceros, se guarece en Achaguas, donde fija su cuartel general.

Aquí termina la primera parte de aquella campaña memorable en que, a la par de la tenacidad de Páez, pusieron de relieve nuestras armas hechos extraordinarios que apenas se conciben: la guerrilla acuchillando al ejército; la continua escaramuza haciendo innecesaria la batalla: la temeridad burlando la estrategia: lo pequeño o enorme en resultados: el tigre acosado por la jauría: la boa por las hormigas.

IX

En tanto que se verifican en Apure sucesos tan extraordinarios; el Libertador remonta de nuevo el Orinoco, fortalecido con los plenos poderes que le ratificara el Congreso de Angostura, y acompañado de quinientos veteranos ingleses parte de aquellos bravos y generosos extranjeros que, junto con la nuestra, derramaron su sangre por la emancipación de Venezuela.

A mediados de Marzo, incorpora en la Urbana la división Anzoátegui, la brigada del coronel Salom, el parque del ejército y el resto de las caballerías que allí dejara Páez a la apertura de la campaña por el ejército invasor. Y marcha sobre Achaguas, donde aun tiene Morillo su cuartel general.

A inmediaciones del Caujaral se reúne con Páez, aplaude su prudente estrategia, gana la margen izquierda del Arauca y, excitado por el clamor entusiasta de sus tropas que desean la batalla, va a ofrecerla a Morillo, quien no la excusa en posiciones favorables a su poderosa infantería.

Recobrado de las fatigas, limpias las armas, cepillado el vistoso uniforme, el ejército español sale de Achaguas, despliega sus formidables alas y se adelanta al encuentro de nuestros escuadrones apoyándose cautelosamente en los bosques y palmares que ofrece la llanura.

Nuestra vanguardia aventura un ataque sin concierto sobre las fuertes posiciones que ocupan, a la vera de un bosque impenetrable, los carabineros de Narciso López y el 2.º batallón de Valencey al mando de Pereira; y es repelida con fracaso.

Este desastre unido a la prudente táctica del enemigo, de no comprometer lance ninguno en paraje desventajoso a la seguridad y al buen éxito de su excelente infantería, obliga al Libertador a buscar a su turno campo adecuado a las maniobras de sus caballerías, arma en que prevalece al formidable ejército español.

Así pues, esquivando el combate en lugares montuosos y ofreciéndolo siempre a campo raso, el ejército republicano retrocede al fin sobre el Arauca; y después de repetidas marchas y contra marchas, de amagos infructuosos, de provocaciones y engaños para hacer aceptar a su contrario una batalla a descubierto, atraviesa aquel río y acampa fatigado en su margen derecha. Morillo le sigue paso a paso, y al despuntar la aurora del tres de abril de 1819, aparece sobre la opuesta orilla del Arauca, frente al campo inmortal de Las Queseras.

X

Allí aquellos dos gigantes: la vieja monarquía con su casco de acero, y la joven República, calado el gorro frigio, de nuevo se contemplan.

Míranse con enojo los legionarios de la fuerza y los soldados de la idea.

Conculca el odio lo que estrechó la sangre. Pero en silencio el viejo león que ruga enfurecido, se estremece orgulloso de haber dado a la

América, con la pujanza heroica de su raza, la soberbia altivez de sus mayores.

Allí están con Morillo, aquellos bravos del ejército expedicionario, tenaces en la defensa de su patria contra Bonaparte, vencedores en Bailén, Arapiles, Vitoria... heroicos y magníficos en Zaragoza y en Gerona. Ejército dominador de la Nueva Granada, triunfador en Venezuela en la anterior campaña; soldados orgullosos, temidos por su crueldad y su bravura, con más sangre sobre sus bayonetas que deslumbrante púrpura en sus banderas victoriosas.

Allí están como siempre, desdeñosos y amenazantes: divididos en brigadas, regimientos y batallones que llevan con jactancia nombres gloriosos que recuerdan victorias, y arrogantes epítetos no desmentidos ni amenguados; cubiertos de vistosos arreos, armados de fusiles y sables relucientes, y ostentando con arrogancia extrema la empinada cimera de sus dragones impetuosos y los negros morriones de sus terribles granaderos.

¡La fuerza, la fuerza representada en la expresión más alta de su grandeza y poderío!

Con Bolívar en el opuesto bando, desprovisto de pomposos atavíos, mas ya lujoso en títulos a la inmortalidad, está el heroico ejército republicano; escaso en número, inmenso en valentía, exhibiendo en los desnudos pechos cicatrices gloriosas, y en sus robustas filas numerosos campeones a los que tantas veces debiera la victoria.

Allí Soublette, su Mayor General, espíritu levantado, necesario al concierto de toda empresa capital. Y Cedeño, de merecida fama, denominado por el Libertador, *el bravo de los bravos*. Y Anzoátegui, jamás bien ponderado por su valor e hidalguía, carácter romano de los tiempos de la República, cuyas sienes ostentarán en breve la corona triunfal de Boyacá. Y Torres, prudente y esforzado. Y Ambrosio Plaza, héroe de ro-

mance, digno de ser cantado por Ossian, de ser llorado como Eneas. Y Manrique, de denuedo brillante. Y Salom, de virtud sostenida. Y Páez, en fin, que nuestra historia eleva hasta la fábula, y le disputa a Hércules sus portentosos lauros.

Como dos gladiadores dispuestos al combate, los dos ejércitos se vigilan, se asechan.

La batalla, tanto tiempo deseada, va a librarse al cabo, pero el Arauca, extendido entre ambos contendores, se esfuerza en aplazarla todavía.

Este inconveniente, por el momento insuperable, mantiene a aquellos dos gigantes en cautelosa expectativa. Pasar el río es lo aventurado; la prudencia aconseja no dar el primer paso; y ambos esperan a la vez castigar rudamente la temeridad del más osado.

Bolívar se impacienta; la inacción enardece la fogosidad de su carácter. Morillo, por el contrario, permanece impassible, y aquella situación, de suyo embarazosa, amenazaba con prolongarse indefinidamente, cuando de pronto, un acontecimiento inesperado destruye la perplejidad de ambos ejércitos.

XI

Arrastrado por su genial temeridad, y en medio de aquella escena muda e imponente, Páez lanza su caballo a las ondas del impetuoso Arauca. Tras él, como un torrente, se precipitan a la vez, presurosos revueltos, ciento cincuenta jinetes escogidos; la flor de los lanceros del Apure. Cruzan a nado y sin ser vistos, a dos millas del enemigo, el caudaloso río, se alinean en la opuesta ribera, y saludando con un grito de guerra al asombrado ejército republicano, que le contesta con aplausos, parten veloces tras las huellas de Páez, sobre la línea formidable de relucientes bayonetas que cubre el horizonte.

¡Osadía sin ejemplo!

¿Adónde va aquel sublime enajenado? ¿Por ventura se estima superior al destino que así lo desafía? ¿Qué anhela? ¿Qué pretende? ¿Librar él solo una batalla? ¿Destruir él, con su lanza, lo que todo un ejército tiene por alta empresa? ¿Dar a la América, con la medida de su arrojo inaudito, el espectáculo de los juegos olímpicos de la remota antigüedad? Lo que pretende, ¿es acaso aceptable? ¿No es un suicidio estrepitoso aquella acometida? ¿Quién lo sabe? ¿Quién lo puede saber? Él mismo, acaso, no podría contestarnos. Los ímpetus heroicos no se explican, ellos se ven, se admiran y producen deslumbramiento y pasmo,

En vano la prudencia se fatiga gritando:

—Deteneos, insensatos, porque vais a morir. La temeridad contesta enardecida: —Canta, si puedes, que vamos a vencer.

Y aquel atrevimiento no es una quimera de la imaginación: los ojos lo ven maravillados, los corazones todos palpitan poseídos de embargante emoción.

Allá va, a la cabeza de sus intrépidos llaneros, el héroe afortunado; todos le ven, todos le reconocen por su marcial denuedo, por aquella figura atlética, imponente, con que plugo a la naturaleza asemejarle al rey de las selvas, al soberano del desierto. Figura prestigiosa que aun vive en la memoria del pueblo americano, exornada de atributos olímpicos, cual la de los héroes inmortales cantados por Homero. Quien no le reconoce entre el revuelto polvo que levantan los rápidos bridones, a lo menos le distingue entre sus compañeros, por el caballo blanco y el dormán de púrpura. Oíd: en el ejército realista redoblan los tambores, suenan los clarines, los regimientos se alinean en batalla, se cruzan órdenes que transmiten veloces edecanes, relinchan los caballos, se desnudan los sables, la artillería se exhibe amenazante, y las mechas encendidas, cual serpientes de fuego, ondulan en el aire sobre el cebo de los cañones.

Ellos también reconocen a Páez en aquella audaz acometida y tributan al héroe los honores debidos a su fama.

Entre tanto, los jinetes de Páez avanzan sobre el centro de la línea española cual los antiguos paladines; apuestos, sonreídos, tremolando al compás del movimiento de sus caballos vistosas banderolas colgadas de sus lanzas.

Para ellos no es aquella la lucha a que se prepara el ánimo con el recogimiento: alegres y locuaces, cual si se tratara solamente de hacer gala de agilidad y de destreza; disipan con su heroica indolencia, las sombras que acumula el terror sobre las huellas del desastre, se burlan del peligro y transfiguran la muerte en apoteosis.

XII

Semejante acometida, más que de una batalla, guarda las apariencias de un duelo colectivo, de un torneo caballeresco. Ella es el reto inaudito de lo pequeño a lo inmensurable; la insolencia elevada al sublime; el arrojo convertido en guarismo.

Aquella empresa temeraria tenía, en verdad, todo el realce mitológico de los tiempos heroicos de la Grecia.

Era una escena de la tragedia antigua, representada en pleno día, frente a la roca de la Acrópolis en el teatro de Baco. Catorce mil espectadores, dominados por encontradas impresiones, la contemplan en silencio.

A la izquierda del Arauca, todo el ejército español, banderas desplegadas y alineado en batalla, la espalda protegida por un bosque y haciendo ángulo recto con el río.

En la margen derecha, el ejército republicano, inquieto, anhelante, suspenso entre la admiración y el entusiasmo, cubriendo gran parte de

la orilla a lo largo de la corriente, y apoyado en sus armas como en la balaustrada de hierro de un anfiteatro gigantesco.

Frente a entrambos ejércitos, la llanura inmensa, el dilatado horizonte, Páez y sus indómitos llaneros.

Nada faltaba a aquella escena, grandiosa de suyo, para hacerla interesante; ni la audacia del propósito, ni la gallardía de los actores, ni el teatro adecuado a la solemnidad del espectáculo, ni el escogido concurso de las fiestas de Palas, ni un genio para presidirla.

Bolívar a caballo, en medio de su Estado Mayor, aplaude el arrojado de tan aventurada acometida, y con profunda angustia sigue los movimientos atrevidos, las curvas y ondulaciones caprichosas de aquella audaz serpiente erizada de escamas de acero, cuya lengua vibrante lanza formidable de Páez.

Morillo permanece inconstrastable y dominado por la sorpresa y el enojo que produce en su ánimo la audacia de aquel reto insólito, no encuentra explicación satisfactoria al propósito oculto de aventura tan descabellada. Sin perder de vista al escuadrón republicano, vigila el grueso de las tropas de Bolívar, hasta entonces inmóviles; pero de donde espera un movimiento reservado que debe coincidir con la provocación de que es objeto; pues no se le ocurría, ni sospechar siquiera —como más tarde lo confesó al Libertador en la entrevista de Santa Ana, al hacer la apología del caudillo de Apure— que aquella inexplicable al par que audaz operación fuese otra cosa que una prueba más del carácter resuelto y de la heroica temeridad de Páez.

Tales fueron las impresiones que dominaron en el primer momento a los opuestos bandos.

Entre tanto, ni un grito, ni un disparo, ni otra provocación en las filas de Páez, que la del hecho en sí que ejecutaba. En ambos ejércitos solemne silencio, perturbado tan solo por el chasquido metálico de las

espadas y las lanzas, y por el forzado galopar de los caballos que avanzaban sobre las huestes españolas.

Dada la rapidez de tan impetuosa acometida, la sorpresa e indecisión de los realistas no dura largo tiempo.

Una vez por todas, era necesario escarmentar a aquellos temerarios que tanta sangre costaban al ejército. Al efecto, Morillo se apresura a poner por obra un plan preconcebido, para el caso frecuente, de una de aquellas embestidas de Páez furiosas como las muchas de que habían sido víctimas los soldados del Rey.

XIII

Apenas llegan desenfrenados los llaneros a cien pasos de la línea española, el estruendo de una descarga resuena formidable; mézclase el polvo que levantan los caballos con el humo que arrojan los cañones, y densa nube se extiende presurosa sobre el ensangrentado campo de aquel duelo terrible.

Siete mil fusiles y seis piezas de artillería disparan sin cesar. Los lanceros se esfuerzan por arrojarse sobre las bayonetas españolas. Sus caballos cerriles, acometidos de pavor, resisten a los agujones de la espuela, saltan, relinchan, se encabritan y retroceden espantados.

Tras larga lucha, los jinetes al fin se hacen obedecer de sus corceles, y amagan a la vez con repetidas cargas la inmensa línea de Morillo que les opone un muro erizado de bayonetas. Las balas de los cañones surcan la llanura, estrepitosa vocería responde al ruido de las descargas, resplandecen las lanzas en medio del tumulto como rayos siniestros en el seno de aquella nube espesa, purpúrea, desastrosa, que flota a la merced del viento, cual inmenso sudario sobre los ensañados contendores.

Después de la primera acometida, Morillo cree propicio el momento para exterminar al tenaz escuadrón que le resiste con tanta bizarría. Con

este objeto, mueve todo el ejército, el cual, como un gigante extiende sus robustos brazos para oprimir y ahogar en ellos aquel grupo de insolentes que osan combatirlo. Dos regimientos al mando de Calzada vuelan a ocupar la orilla del Arauca, para impedirle a Páez ganar de nuevo el campo de los suyos, mientras la quinta división, que dirige Latorre, describe extensa curva con el fin de rodearle por la izquierda.

Desde la margen opuesta, el ejército republicano divisa con profunda ansiedad aquel puñado de valientes circunvalados por fulminantes enemigos.

Cada vez más furiosos, nuestros intrépidos lanceros embisten sobre el centro que sostiene Morillo, repliegan sobre uno de los flancos, acometen al otro, provocan con insultos la numerosa caballería realista, que principia a moverse, y retroceden al cabo, tratando de escapar de aquel círculo de fuego que los oprime y aniquila.

A la cabeza de cuarenta jinetes, rompe Páez las filas de Calzada. La brecha queda abierta.

Aramendi se lanza como el rayo, atropella los cazadores de Pereira que intentan detenerlo; el resto de los lanceros se escapa por la brecha y aquellos ciento cincuenta héroes admirables se fingen derrotados y se alejan veloces.

Morillo los cuenta por perdidos, y como azuza el cazador la furiosa jauría tras el ciervo que huye, arroja sobre Páez mil doscientos caballos impetuosos, húsares, dragones, carabineros y lanceros, ávidos de vengar aquel día las frecuentes derrotas tantas veces sufridas.

Esquivando los fuegos de la izquierda realista, Páez abandona la montuosa ribera del Arauca; divide en siete grupos sus bizarros jinetes: los encabezan Mina, Fernando Figueredo, Muñoz, Rondón, Juan Gómez, Carmena y Aramendi, los cuales se alejan, primero a toda brida y luego a media rienda, llevando en pos la numerosa caballería realista que los persigue con ahínco.

XIV

Nuevo estrépito de pisadas, de sables que se chocan, de arneses sacudidos, de voces que se alientan, de gritos de venganza, de imprecaciones y amenazas, conmueve la llanura, donde aún resuena el eco de los rugidos del cañón y el trueno de la fusilería.

Los bravos apureños galopan en una sola línea paralela al horizonte que tienen frente a ellos.

A su espalda y en medio del espacio que los separa de los regimientos españoles, se ve a Páez, ladeado en la silla hacia el enemigo, a quien provoca y enardece con su actitud y sus sarcasmos.

De esta manera, perseguidos y perseguidores recorren largo trecho. El ejército realista, nuevamente alineado en batalla, se divisa a dos millas de su caballería.

Los llaneros acortan la carrera; la distancia que los separa de los jinetes enemigos se estrecha más y más; estos aguijan sus bridones, cortan el viento con los inquietos sables, y ciegos, aturdidos, frenéticos, se esfuerzan por acercarse a nuestra línea y acuchillarla por la espalda.

Dos cuerpos de caballo apenas los separa del codiciado instante: los brazos se extienden, los sables se levantan, la sangre va a correr. Llegó el momento.

Un grito agudo resuena de improviso dominando el estrépito; grito imperioso y breve, que encierra orden terrible. La da Páez: todos la oyen, y simultáneamente la obedecen los suyos con la pasmosa rapidez del rayo.

Aquella orden suprema, aquel heroico grito encerraba esta frase estu-penda: “¡Vuelvan cara!”.

Lo que entonces pasó no tiene un solo ejemplo en los fastos del heroísmo humano.

La pluma se estremece al describir aquel suceso, la razón se resiste a creerlo; pero ahí está la historia, y la tradición y los contemporáneos, y el testimonio de Bolívar, y medio siglo de incontestables alabanzas, y los mismos émulos de Páez que no se atreven a negarlo.

Con la velocidad del pensamiento los llaneros revuelven sus caballos; centellean las enristradas lanzas, y un choque terrible, formidable, como el encuentro de dos rápidas nubes, de dos furiosas tempestades, hace retremblar la tierra.

La primera fila de la caballería española queda en el sitio revolcada; la segunda vacila; nuestros lanceros la acuchillan; el centro embarazado por los caballos de las dos filas destrozadas se repliega en desorden; gira sin tino buscando reponerse y da el flanco a la cuchilla de aquellos diestros segadores, que cortan sin piedad.

XV

El crecido número de la caballería enemiga, con su enorme ventaja de ocho a uno sobre los lanceros de Páez, ventaja decisiva en cualquiera otra circunstancia, se convierte en invencible obstáculo para maniobrar con acierto y eficacia en medio de la horrible confusión que la domina.

En vano algunos escuadrones intentan resistir el bote de nuestras lanzas impetuosas.

Narciso López echa pie a tierra con sus carabineros, y apenas tiene tiempo para quemar un cartucho. Rondón los desbarata con el pecho de sus caballos, degüella cuantos le resisten, pasa por sobre cien cadáveres y vuela a incorporarse con su cuadrilla ensangrentada a los lanceros de Aramendi, enfrentados a los dragones de la Unión, que mueren como bravos.

Estos y el segundo de húsares del Rey que Figueredo y Mina destrozan a porfía, son los últimos que riñen la batalla.

La derrota se declara completa.

Como arrebatado torbellino, aquella numerosa caballería perseguida por un puñado de jinetes, cuyas lanzas ya embotadas hieren difícilmente, corre sobre la infantería realista a guarecerse entre sus filas.

Tras ella, rastro sangriento dejan en la llanura; despojos repugnantes, caballos reventados, miembros rotos, cadáveres sin cuento, y sillas, y arneses, y fusiles, y banderas, y desgarrados uniformes; heridos que se quejan y estertores de agonía.

Caballos sin jinetes y caballeros desmontados van, vienen, y en todas direcciones recorren la llanura.

La derrotada caballería realista, nube de polvo, masa vertiginosa, revuelta confusión de todos los colores, que el sol poniente alumbra con sus postreros rayos, acuchillada, chorreando sangre como un gigante herido, huye despavorida.

Lleno de ira y de inquietud, Morillo la ve acercarse como una ola amenazante para sus alineados batallones.

Inminente es el peligro para el ejército español. Sobrecogidos de terror, sus propios escuadrones ayudarán a Páez a destrozarlo y a vencerlo. El sacrificio de una parte puede salvar el todo. Morillo se decide. Apunta al grupo sus cañones, lo envuelve en una nube de metralla y lo fusila sin misericordia.

Pero nada detiene aquel espanto. Acribillada de frente por las balas y alanceada por la espalda, aquella mole sangrienta y palpitante, persiste en su designio. Sin dejar de darle el frente y de abrasarla con furiosas descargas, el ejército empieza a marchar en retirada buscando el apoyo del tupido bosque que tiene a retaguardia; pero antes de logro tan deseado, la caballería se estrella contra sus bayonetas, rompe las filas y juntos y revueltos, infantes y jinetes ganan la espesura, favorecidos por

la noche que extiende sus protectoras sombras sobre aquella escena pavorosa de confusión y de desastre.

Nuestros guerreros impetuosos, arrojando estentóreo grito de victoria, clavan sus lanzas en los primeros árboles del bosque.

Luego en la oscuridad, se cuentan, se organizan y abandonan aquel campo de muerte para las tropas españolas; de luz radiante y de perpetua gloria para Páez y demás héroes de aquella jornada memorable.

Con la artillería que abandonaron los realistas quinientos muertos dejaron en el campo.

Bolívar concedió la *Cruz de Libertadores* a los ciento cincuenta héroes que concurrieron a aquel combate insigne; y con fecha de tan clásico día, la siguiente proclama corona la gloriosa jornada.

“A los bravos del ejército de Apure.

¡Soldados! Acabáis de ejecutar la proeza más extraordinaria que puede celebrar la historia militar de las naciones. Ciento y cincuenta hombres, mejor diré, ciento y cincuenta héroes guiados por el impertérrito general Páez, de propósito deliberado han atacado de frente a todo el ejército español de Morillo. Artillería, infantería, caballería, nada ha bastado al enemigo para defenderse de los ciento y cincuenta compañeros del intrepidísimo Páez. Las columnas de caballería han sucumbido al golpe de nuestras lanzas; la infantería ha buscado un asilo en el bosque; los fuegos de sus cañones han cesado delante de los pechos de nuestros caballos. Solo las tinieblas habrían preservado a ese ejército de viles tiranos de una completa y absoluta destrucción.

¡Soldados! Lo que se ha hecho no es más que un prelude de lo que podéis hacer. Preparaos al combate, y contad con la victoria que lleváis en las puntas de vuestras lanzas y de vuestras bayonetas.

Cuartel general en los Potreritos Marrereños, a 3 de abril de 1819.
BOLÍVAR.”

XVI

Después de aquel desastre, Morillo, desconcertado, aturdido, lleno de asombro y de despecho, se retira a Achaguas y luego repliega hacia las montañas de la provincia de Caracas, llevando con la rabia de una empresa frustrada la primera sospecha de su impotencia para dominar la rebelión de Venezuela.

Bolívar, por su parte, lo ve con pesar alejarse de un teatro tan ventajoso a nuestras armas; fluctúa un instante, si ha de seguirle o no; pero de súbito, iluminado por un rayo de luz que brota de su fecundo ingenio, revuelve su caballo, lo lanza a toda brida, trepa los Andes y corre entre relámpagos hasta detenerlo sobre el puente de Boyacá, sellando allí, con lauro inmarcesible, la independencia del pueblo granadino.

Así, a la vez que Páez permanece en las llanuras del Apure, cerniéndose como el cóndor en los espacios conquistados por su atrevido vuelo, la libertad respira; el velo de tres siglos de oscuridad se rasga, y aparece Colombia en el augusto estrado de las naciones.

Después... abrid la historia, y donde más brillantes luzcan los resplandores del heroísmo patrio, encontraréis el nombre del paladín de Las Queseras.

En vano ciegas pasiones tratarán de amenguar la prestigiosa luz que resplandece en torno a su memoria. Cual llama inextinguible, la gloria de Páez fatigará los vientos que se empeñen en apagarla, y cada día más viva y más radiante flotará sobre las olas tumultuosas del mar inmenso del olvido que quieran sumergirla.

La nube de polvo que el huracán levanta de la tierra, puede un instante velar el sol a nuestros ojos; empañarlo jamás!

Ser héroe es ser águila, y a la altísima serenidad de los espacios en que aquella se cierne, no alcanzan ni saetas ni dardos.

Si algo en la humanidad puede estimarse de derecho divino, son los atributos del espíritu, que nadie puede arrebatarse. De todas las aristocracias, la del heroísmo es la más encumbrada: ella es lo excelso. Comprado con oro si podéis, la gloria de ser Régulo, Leónidas, o Ricaurte. Absurdo: donde no alcanza el oro, principia el sublime.

Nosotros también tuvimos héroes de la talla de Hércules, gigantes mitológicos que escalaron el cielo de la gloria pero que no dejaron a la tierra descendientes olímpicos. Ellos se fueron todos, tristes, los más, por haber sufrido con la muerte la ingratitud de pueblo por ellos redimido.

XVII

Atentar a las glorias de Páez es atentar a las glorias de Venezuela.

Esos muertos a quien maldicen hoy locas pasiones, debieran ser sagrados; sus faltas, si algunas cometieron, desaparecen ante el supremo esfuerzo que hicieron por la patria. Oscurecer el brillo que irradia su memoria es desgarrar nuestra epopeya.

Id a decir al pueblo griego, hoy degenerado y abatido, que es toda fábula cuanto narra Herodoto; que Leónidas fue un mito lisonjero; que los laureles de Maratón no pertenecen a Milcíades; que Arístides, en fin, no sintetiza el patriotismo de todo aquel gran pueblo; y veréis la indignación sobreponerse de la indolencia de los descendientes de Teseo; porque en la abyección en que hoy vegetan, alientan solo con los recuerdos del pasado, y conculcarles su historia, que es su orgullo, es condenarlos a eterna oscuridad.

Alta es la ejecutoria con que se impone Páez al respeto del mundo, a la veneración de los venezolanos.

La historia de estos pueblos de América no se ha perdido aún; en ella nuestros hijos deslumbrados admirarán las insignes proezas del vencedor en las Queseras.

Su nombre será timbre de orgullo para la tierra que le vio nacer.

Cual otro Aquiles, vivirá en la leyenda, y se tendrán por fábula sus hechos prodigiosos.

Entre tanto, como tributo de mi veneración por su memoria, permíteme, ¡oh! Patria, que esta corona de laureles, mal tejida por mi pluma, pero perfumada con el incienso de un corazón reconocido, ocupe el sitio donde medra el extranjero césped, sobre la tumba de aquel héroe olvidado.

Boyacá **(7 de agosto de 1819)**

I

Como extiende el cóndor las alas poderosas y rápido se encumbra, movido por el ardiente anhelo de abarcar en la extendida curva que describe los sucesivos horizontes, límites imaginarios del espacio; y luego en la alta cima se cierne soberano y con sus plumas osa velar el Sol y ser a un tiempo árbitro de las tinieblas y la luz; así descoge el vuelo aquel Numen que aspira realizar cuanto de noble encierra su acendrada virtud, y audaz se lanza hacia los fines que persigue, sin cuidarse del rumbo que le ofrece el acaso, pues todo el horizonte donde reposa la mirada lo ve inflamado con el fuego de su constante aspiración.

De las llanuras del Arauca, donde los clarines de la fama repiten los hechos fabulosos del vencedor en Las Queseras, Bolívar se lanza a conquistar más alta gloria.

Un pueblo hermano, aliado generoso, cuya sangre por nuestra libertad se ha derramado en Venezuela en más de un campo de batalla, gime abatido, después del más completo vencimiento, bajo la planta de nuestros comunes opresores. Prestarle auxilio para que rompa sus cadenas es un deber sagrado: los manes de Girardot y de Ricaurte nos recuerdan su heroísmo y con imperioso gesto nos señalan su patria de nuevo esclavizada, y ellos, sus ínclitos defensores, por nuestra gloria inertes, el brazo desmayado sobre el sangriento polvo, la espada sin relámpagos y sin latido el corazón.

Justo reclamo. Pero, ¿cómo extender su débil brazo Venezuela para alcanzar tan lejos y sacudir y levantar de tan completa postración aquel pueblo cadáver, decapitado por Morillo y ahogado en la sangre de sus varones más ilustres, cuando ella misma apenas tiene aliento para luchar en su propia defensa contra un enemigo poderoso, a quien protege la Fortuna, a quien exhibe incontrastable su fuerza numérica y su pujanza? Ni, ¿cómo, sin grave riesgo para su libertad echar sobre los hombros de su agobiado y reducido ejército el peso formidable de una empresa capaz de avasallar mayores fuerzas que las que en propio beneficio no alcanza a poseer?

Concluyente era el fallo de la inflexible lógica sin contar con Bolívar y su genio fecundo: este, se muestra en la ocasión en toda la plenitud de su grandeza y triunfa y pasma y acomete la temeraria empresa, incentivo constante de su alma, de unir bajo la sombra de una misma bandera su propia patria y el Nuevo Reino de Granada.

“Seguidme, que es noble nuestro intento”, dice el Libertador a sus soldados, mostrándoles los nevados y cumbres de los Andes: “Libremos de la esclavitud a nuestros generosos hermanos, y más fuertes volveremos después en demanda de nuestra propia libertad”: y la más alta de sus aspiraciones, aquella, la que en la noche aciaga de Casacoima fue tenida por delirio fantástico de su exaltado espíritu, vs a realizarse al solo impulso de su perseverante y decidida voluntad.

II

Intentar siquiera aquella empresa, cuando apenas para defender nuestras conquistas bastaba el recio empuje de nuestras bayonetas, era audacia que rayaba en locura: pretensión gigantesca que solo podía caber en el cerebro de aquel sublime visionario a quien sin duda iluminaba un

rayo de misteriosa luz. Llevarla a término, por sobre todos los obstáculos que se ofrecían insuperables, y dar cima con ella, a la más trascendental de las transformaciones políticas de la Revolución, fue realmente un prodigio: prodigio de osadía, como los muchos que nuestra historia cuenta de aquel predestinado a tan altos designios.

La época era cruda, gloriosa la contienda. En casi todas las provincias de Venezuela se libraban ardorosos combates; España nos disputaba palmo a palmo el suelo donde fijábamos la planta e iracunda se empeñaba en romper entre sus brazos y con el corazón la espada que la hería; y que no tarde, habría de arrebatarle el continente americano. A la cabeza de 8 mil veteranos el generalísimo español pugnaba en las llanuras del Arauca por exterminar al atrevido ejército que le oponía Bolívar: ejército dos veces inferior en disciplina y número al de tan duro y pertinaz contrario; sin repuesto de municiones y armamento, flaco, desnudo, sin recursos para atender a sus necesidades, fatigado por las rápidas y repetidas evoluciones de una campaña larga y trabajosa, en la cual la astucia y la estrategia suplían a la inferioridad y en la que solo alentábamos al amparo de la caballería a quien los regimientos castellanos habían aprendido a respetar en aquellas abiertas y dilatadas pampas.

Con suma habilidad rehuía el Libertador aventurar una batalla campal contra la poderosa infantería realista; baluarte inexpugnable para nuestros bisoños y escasos infantes, y en asecho de una oportunidad propicia para empeñarla con ventaja, se entretenía en desgarrar a aquel soberbio ejército con las agudas picas de nuestros llaneros impetuosos, rápidos como el viento y carnívoros y audaces como el jaguar de sus llanuras.

No menos avisado que su experto contrario, mostrábase Morillo. A la mira de evitar decisivos encuentros en posiciones favorables al arma en que le aventajábamos, maniobra con prudente sagacidad y, mal su grado, repliega constreñido por el bote de nuestras lanzas pertinaces. No

obstante, a cada nuevo descalabro que padecen sus tropas, revuélvese iracundo, pone en juego toda su habilidad y ardimiento, y no excusa ocasión ni favorecida coyuntura para llegar a punto de descargar su hercúlea diestra sobre aquellos ligeros escuadrones, que sin cesar le acosan y que después de herirle desaparecen como nubes de polvo.

De esta suerte, siempre acosado y siempre amenazante, alcanza el generalísimo español las montuosas riberas del Apure, lo esguaza y va a situar en Calabozo su cuartel general, dejando enrojecida la llanura con la sangre de sus alanceados batallones.

III

Prolongábase entre tanto aquella lucha, sin término visible, contra un ejército lleno de cautela que no nos daba el flanco y sobre el cual Bolívar, sin notable provecho, mellaba el filo de su espada y la energía de sus soldados; cuando vinieron los rigores de la estación lluviosa, insoportable en tan desamparadas regiones, a acrecentar cuantas dificultades se oponían a la prosecución de una campaña, de suyo abrumadora para quien carecía, como el ejército patriota, de todo lo indispensable al sostenimiento de la disciplina y de la vida. Con aquel nuevo inconveniente nuestro ejército se encontró colocado entre dos amenazas a cual más poderosas: la infantería realista que replegándose persistía sin embargo en cerrarnos la entrada a la provincia de Caracas, y la inundación de las llanuras que embarazaba nuestras evoluciones e imponía serias dificultades al abastecimiento de las tropas.

De hecho la situación de los independientes era comprometida y enojosa; pero en previsión de tales contingencias, el Libertador había avanzado algunos cuerpos hacia la provincia de Barinas, con ánimo de sorprender la división realista que la guarneecía, proporcionarse recur-

sos y abrirse campo por aquellas comarcas, menos expuestas a los desbordamientos de los ríos. Los primeros amagos de la cruda estación le deciden a obrar con rapidez; a mediados de mayo repasa el Arauca, invade el Bajo Apure, y, después de concertar con Páez las operaciones que deben practicarse en la nueva campaña, reincorpora la división de infantería acantonada en Rincón Hondo y, en dirección del arruinado pueblo de Setenta, se dispone a cruzar el Apure, cuando acierta a llegar al campamento el coronel Jacinto Lara, portador de plausibles noticias, referentes a las ventajas adquiridas por Santander en Casanare y a la favorable disposición que se manifestaba en algunos pueblos de la Nueva Granada por sacudir los hierros de la cautividad.

Una luz prestigiosa, visible solo para el Libertador, brilló al través de tan felices nuevas; su espíritu se inflama, nuevos proyectos afluyen a su mente, y como siempre rápido en la ejecución de sus designios, cambia de aviso, tuerce el rumbo que lleva hacia Barinas, y a tiempo que Morillo, desesperanzado de someter a la corona las codiciadas pampas, repliega a Calabozo en busca de seguros parajes para acantonamiento de su ejército durante la estación de las lluvias, dando por terminada en aquel año la más infructuosa de todas sus campañas; Bolívar revuelve su caballo, sigue el camino que le traza la luz radiante de su inspiración y de su estrella, y en demanda de más alta y de mejor fortuna, se interna al Sur hacia la andina cordillera.

IV

¿Adónde va? Su ejército lo ignora, nadie es capaz de sospecharlo.

En la completa oscuridad en que encierra Bolívar sus ocultos designios, todos marchan a tientas, solo él penetra el porvenir y ve factible lo que a los más audaces habría de aparecer descabellado.

No obstante, ¿qué pretensión más singular ni más aventurada? ¡No poder avasallar lo menos y pretender sobrepujar lo más! Explicaos, si podéis, contrasentido semejante...

Seguidle, sin embargo, que va en su espada la libertad de un mundo y abrazando su mente la creación más grande de su fecundo ingenio.

Con aquella resolución audaz e inesperada, Bolívar parecía decir a su contrario, el pertinaz Morillo: “Espera, yo he de vencer tu espíritu, acaso más templado que el acero de tus numerosas bayonetas, porque a tu alma llevaré el asombro; alejándome de ti completo el desprestigio de tu causa, cavo tu sepultura. Mis triunfos, indudables, allá lejos, serán crueles heridas que habrás de recibir sin poder evitarlas: tu ruina empezará donde creíste comenzar tu gloria...”.

Y solo fía el secreto de la atrevida empresa que vuela a ejecutar, a Soubllette, a Anzoátegui y a pocos más de sus tenientes principales; y deja a Páez frente a Morillo para ocultar su marcha: y galopa resuelto por la inundada pampa; y cruza apenas escoltado por un grupo de bravos, con el agua a la cincha de los caballos la inmensa charca que toca el horizonte; y devora veloz leguas y leguas de anegadas praderas: y atraviesa caños desbordados y pantanos profundos y caudalosos ríos: y aparenta seguir un rumbo dado y lo tuerce de súbito, y confunde hasta sus propios compañeros no iniciados en el audaz propósito; y se apresura a dar cima a su intento antes que se trasluzca el fin de su aventura, y a su espalda deja a Venezuela sin refrenar el ímpetu que le lleva adelante; y las llanuras de Casanare le ven pasar cual un meteoro; y se interna hacia el Sur, y gana el pie montuoso de la empinada cordillera, y solo en Tame detiene su caballo para esperar las tropas que le siguen y organizar la expedición que ha de invadir el suelo granadino.

V

De todas las provincias del Virreinato de Santa Fe, Casanare es la única que se mantiene en armas contra el poder dominador de España; en sus llanuras, siguiendo las instrucciones de Bolívar, Santander ha organizado algunos cuerpos regulares, conseguido considerables ventajas y creado con el esfuerzo de su brazo y la lucidez de su talento, un centro de acción para la lucha y un refugio donde puedan guarecerse sus compatriotas perseguidos por la crueldad de Sámano y por el odio que sembrara Morillo en aquellas comarcas desde la ocupación de Cartagena.

Aquel núcleo de pueblo y de soldados es el que atrae a Casanare la espada de Bolívar, y en la que cuenta hallar un decidido apoyo para llevar a cabo la aventurada empresa a que se entrega con la energía de su carácter.

En Tame se avista el Libertador con Santander, a quien oportunamente diera aviso de su resolución; comunica a sí; experto teniente el plan de la campaña que se propone realizar y espera la llegada de las tropas venezolanas, que no tardan en reunirse en Pore a las fuerzas levantadas en Casanare.

Allí reorganiza el ejército; forma dos divisiones a las queda los nombres de vanguardia y de retaguardia. La primera a las órdenes de Santander, la componen las tropas granadinas y, como jefes de cuerpos, figuran en sus filas los Coroneles Fortul, Cancino, Obando y Arredondo, los mayores. Guerra y París y otros bravos de merecida fama. De la segunda División obtiene el mando, sin que nadie se atreva a disputárselo, el general Anzoátegui, y entran en ella todos los cuerpos venezolanos que siguen a Bolívar desde las llanuras del Apure: los batallones Rifles, Bravos de Páez, Barcelona y Albión mandados por Sandes, Cruz Carrillo, Ambrosio Plaza y Rook. El regimiento de caballería denominado

Guías de Apure, regido por Mujica, dos escuadrones del Alto-llano de Caracas, a las órdenes de Infante y de Rondón, y los carabineros de la Guardia mandados por Mellao.

Como más práctica del terreno que van a recorrer, Bolívar cede la vanguardia a la primera división.

Todo el ejército patriota reconcentrado en Pore alcanza apenas a 2.500 combatientes, llenos de brío, pero en el estado más deplorable de miseria. Desconsolador es el conjunto que ofrecen por el escaso número y la extremada pobreza aquellas tropas reunidas; sin embargo, Bolívar no fluctúa en dar comienzo a su arriesgado intento; fija la planta audaz en la montaña, casi inaccesible, que le opone sus escarpados flancos, y emprende la atrevida campaña, cuyos peligros no se le ocultan un instante, pero cuya gloria le deslumbra y alienta.

VI

El 13 de junio el ejército invasor sale de Pore, deja a su espalda las llanuras y da principio a la trabajosa ascensión de la montaña. Santander, con la División de Casanare, abre la marcha; Bolívar, con Soublette y el Estado Mayor, siguen a Santander: Anzoátegui con la segunda división forma la retaguardia. Estos dos jefes, de ya notoria nombradía, son las columnas en que se apoyarán cuantos esfuerzos juzgue el Libertador indispensables para dar cima a aquella empresa gigantesca. La elección no era desacertada.

Entre las figuras prominentes de la Revolución americana, la Historia da un alto puesto a Santander, y puesto merecido hasta quedar sellada la independencia de Colombia. Hombre de claro ingenio, de probada energía, de convicciones propias, su opinión y consejo pesaron con ventaja en los negocios públicos y eficazmente contribuyó con su talento

a los grandes designios de Bolívar, y al afianzamiento de la incipiente nacionalidad cuyos destinos presidió largo tiempo, al amparo del genio poderoso y de la espada rayo, que en medio de cien batallas surcaba de relámpagos a todo el continente.

Menos afortunado, Anzoátegui no alcanzó las alturas a que sus dotes militares y la nobleza de su carácter le hicieran acreedor: pasó cual un meteoro. Sin el fin prematuro que le sustrajo de los halagos de una envidiable gloria, habría sido en el sur, muy digno émulo de Sucre; y la grandeza de alma y la probada lealtad que le distinguió siempre habrían servido de poderoso estímulo y de seguro apoyo a la estabilidad futura de Colombia, a la firmeza de sus instituciones.

Los cuerpos que en la ocasión comandan estos jefes le son fieles; pero la firmeza y el arrojo que sostenían al ejército, cuando, lidiaba en las nativas llanuras bajo aquel sol de fuego protector de todas las miserias y testigo radiante de los más crueles sacrificios, desmaya en el momento en que las tropas republicanas caen en cuenta del rumbo por donde se las lleva, y palpan los obstáculos que prevén, con fundada razón, como insuperables. Muéstranse no obstante, resignados y trepan la agria cuesta con el vigor y la energía que en toda circunstancia extrema comunicó el Libertador a cuantos le rodeaban.

Si grandes habían sido hasta allí las penalidades sufridas por aquellos tenaces lidiadores, mayores eran, y aun más arduas, las que se les ofrecían en perspectiva en aquella campaña al través de los Andes, desnudos y descalzos como la emprendían en un clima cuyos rigores contrastaban con el cálido soplo de las pampas y en la dura necesidad de resistir y dominar cuantos esfuerzos pudiera hacer para vencerlos, un enemigo poderoso, práctico del terreno y bien abastecido, como aquel que les cerraba el paso de la montuosa vía, difícil de vencer y aun más difícil de recorrerla combatiendo; lo cual era de presumirse sucediera desde luego

que las avanzadas del ejército español, regido por Barreiro y acantonado en Tunja, cubrían todas las avenidas por donde los republicanos pudieran penetrar en aquella provincia.

VII

Dada la mala situación de los libertadores y las muy ventajosas circunstancias que favorecían a sus contrarios, el éxito feliz de la campaña estribaba mayormente en la rapidez de nuestros movimientos, para ver de conseguir sorprender a Barreiro; pues confiado este jefe en la superioridad de sus fuerzas, respecto al grupo de oposición que se organizaba en Casanare, no era de suponer temiese de parte de Santander un serio ataque, ni mucho menos una invasión acaudillada por Bolívar, de quien tenía noticias de encontrarse a la sazón acometido por Morillo en las sabanas del Apure, y por consiguiente imposibilitado de ocuparse en nada más urgente que de la propia defensa y la del territorio que sostenían sus armas. Y si a estas razones, que de seguro debían privar en el ánimo de Barreiro, se agrega la circunstancia no menos tranquilizadora para él de hallarse inundadas las llanuras por lo crecido de los ríos y lo copioso de las lluvias, toda sospecha debía desvanecerse; y eran estos los motivos que asistían a Bolívar para creer descuidado a su contrario respecto de una invasión por Casanare.

Estas razonables conjeturas que militaban en abono del plan trazado por el Libertador, vigorizaron el propósito de dar a nuestros movimientos la mayor rapidez y sigilo posibles, pues así se evitaban los riesgos que pudiera correr nuestra aventura por efecto de publicidad o de retardo, si Morillo llegaba a sorprender nuestros designios y, como era de esperarse, daba oportuno aviso a su teniente o dirigía eficaces auxilios a la capital del Virreinato.

Penetrado, pues, de la necesidad de atacar a Barreiro sin darle tiempo de que se apercibiera a la defensa; decide el Libertador la marcha del ejército por el camino de Macorte y obliga a sus soldados a recorrer aquella vía, que si bien más corta y menos sospechosa para el enemigo que las otras que se le ofrecían, presentaba serias dificultades por lo escarpado del terreno y lo que es más, por ser indispensable cruzar por ella el páramo de Pisba, fantasma aterrador que se empinaba delante de aquel desnudo ejército, como la imagen amenazadora de la muerte.

Forzoso era, con todo, aceptar tan peligrosa ruta y escalar por ella la montaña y sus heladas cumbres.

VIII

La suerte estaba echada; retroceder era sufrir una derrota sin haber combatido, y lo que es más, declararse Bolívar ante su propio ejército, reo sin excusa de flagrante locura.

El ejército se interna en las tortuosas fragosidades de la sierra, lucha con la aspereza del terreno, y momentáneamente recobra su constancia, su decisión y brío; pero apenas vencidas las primeras dificultades, torna a languidecer; la fatiga lo abrumba, sus pies vacilan, marcha con lentitud y el ascenso, difícil para los mismos prácticos de la región andina, parece insuperable a la generalidad de aquellos hombres no habituados al escabroso suelo que recorren, ni a los rigores peculiares del clima de las elevadas cordilleras. En aquel áspero sendero, especie de gigantesca lima que todo cuanto roza lo destruye, va dejando junto con los girones de su mísero equipo, huella ensangrentada de su paso y el resto de energía que lo sostiene. Pocos días de penosa excursión bastan para agotar sus fuerzas; alarmantes proporciones cubran su desnudez y su miseria, de sus filas deserta la esperanza y cunde y el desaliento.

Una circunstancia inesperada conforta una vez más los abatidos ánimos. En toda empresa humana las primicias de la victoria, por efímeras que sean en realidad, son manjar deleitoso que hace olvidar las penas y avigora el corazón.

Al cuarto día de marcha, nuestra vanguardia tropieza en Paya con un cuerpo de observación del enemigo, en número de trescientos infantes, acantonados en las formidables posiciones que ofrece en aquel sitio la montaña. Santander, sin vacilar lo ataca de improviso, empeña un vigoroso combate que dura algunas horas y que Arredondo decide al fin con los fogosos cazadores de la vanguardia. Declárase en derrota el enemigo y huye a la desbandada a incorporarse al grueso del ejército español situado en Sogamoso.

Con aquel encuentro ineludible, se revela el secreto de nuestra expedición; cunde el alarma en toda la provincia y el enemigo sobre aviso se apresta a rechazarnos.

Reagrávase con esta circunstancia nuestra arriesgada situación: tras el primer arranque de entusiasmo nuestros soldados reflexionan y aprecian en toda su magnitud los resultados inevitables de aquel triunfo pasajero, que si bien los halaga por el momento, los expone en lo sucesivo a mayores peligros y más serios conflictos. El descontento hasta entonces latente, estalla y amenaza violar la disciplina. Pocos son los que no se exasperan, pocos los que se manifiestan perseverantes o resignados; los más se agitan y murmuran y terminan al fin por no ocultar sus quejas y escarnecerse con la propia miseria. Sin tocar en la rebelión, el desaliento llegó a ser extremado, hubo quien desamparase sus banderas, quien prefiriese una muerte oscura y vergonzosa a arrostrar el peligro y a perecer con gloria. Felizmente fueron muy escasos los que se doblegaron a tan funesta debilidad.

IX

Alarmado por el visible desaliento que se apodera de las tropas, y la tibieza manifiesta de algunos oficiales de merecido renombre, trata el Libertador de conjurar el pernicioso ejemplo, que así como amenaza frustrar todos los sacrificios hasta allí consumados, pone en grave riesgo la campaña, la vida del ejército y la suerte futura de la patria. Con tal propósito llama a consejo a sus principales tenientes cuya decisión quiere probar de nuevo antes de proseguir en una empresa que así amedrenta hasta los más osados; les expone sin vacilar los riesgos inherentes a la situación en que se hallan; no les oculta los obstáculos que les será forzoso superar; los sacrificios que a todos esperan, ni los peligros consiguientes a una inconsulta retirada en las condiciones nada favorables de un ejército, al que solo mantiene en la obediencia la energía de sus jefes y la imperiosa necesidad de dar la cara al enemigo. Y a la vez que no rehúye poner de manifiesto el estado conflictivo en que se encuentran, procura hábilmente inculcar a todos la fe que le sostiene y patentizarles el éxito feliz de la campaña; luego les deja en libertad para deliberar.

Satisfactorio es recordarlo y repetirlo con orgullo.

La duda no mancilló un instante la firme decisión de aquellos bravos. Los generales Anzoátegui, Soublette y Santander, que junto con los coroneles Lara y Salom componían el Consejo, no vacilan en apoyar las altas miras de Bolívar, y de común acuerdo deciden la continuación de la campaña, respondiendo cada cual por su parte de la cooperación y disciplina de los cuerpos que les están encomendados.

Con lisonjeras frases encarece el Libertador la firme resolución de sus perseverantes compañeros; vigoriza los ánimos medrosos con discursos inspirados en su fe inquebrantable e indicando de nuevo a cada uno sus respectivos puestos, exclama con profético acento: “En marcha, pues.

Venciendo nuestra propia flaqueza hemos ganado ya la primera y más cruda batalla; Barreiro es incapaz de disputarnos la victoria; le haremos prisionero”.

Y el ejército, a pesar de sus vacilaciones, se pone en movimiento.

X

Una favorable reacción debida al poderoso ascendiente de Bolívar, se opera en la generalidad de nuestros regimientos: la primera jornada, después de la estación de Paya, la rinden con firmeza; pero a medida que vencen los empinados montes y se acercan al páramo, acrecen las dificultades, se multiplican los peligros y nuevos y más terribles sufrimientos padecen, a despecho del celo desplegado por Bolívar y de la solicitud de algunos jefes. El terreno, por todo extremo escarpado, se hace intransitable: un frío inclemente, que cobra a cada paso mayor intensidad, sobrecoge al ejército en lo más arduo de su forzada peregrinación, y el cierzo que impetuosamente desciende de las cumbres, lo entumece congelando sus mezuquinos harapos. A días crueles suceden noches angustiosas: a las penalidades de la jornada la agitación febril, el sueño inquieto, la desesperación, el letargo, la muerte... Los más robustos ceden a la fatiga; las expansiones del ánimo se amortecen, las pláticas dejan de ser frecuentes, la respiración degenera en ronquido, la palabra en cavernosa resonancia. A la proximidad del espantoso ventisquero todos los labios enmudecen nadie profiere ni una queja; el silencio es profundo y lúgubre la marcha.

El Pisba amenazante se divisa sombrío entre revueltos torbellinos de niebla infundiendo en los ánimos insólito pavor; ante él nuestros soldados inclinan la cabeza y con la vista fija en la escabrosa ruta que desgarrar sus pies, avanzan entristecidos como reos arrastrados al último suplicio.

Tan dura peregrinación, de suyo desastrosa para todo el ejército, lo es mayormente para nuestros llaneros que, habituados a los extensos horizontes, al sol abrasador y a la completa libertad de las llanuras, mal resisten los rigores del frío y las penalidades peculiares a la escarpada travesía de las montañas. Para ellos toda dificultad adquiere exageradas proporciones; todo se les presenta insuperable. En las montuosas gargantas de la sierra se sienten como entre lóbregas prisiones y se consideran incapaces, siquiera para escapar de ellas. A entristecerles y a postrarles contribuye no poco la tenue luz del sol, la espesura de las nieblas y lo limitado del espacio que abarcan sus miradas; y aquellos formidables jinetes tan briosos en las abiertas pampas, pierden allí su prestigiosa gallardía e inclinan con abatimiento la arrogante cerviz.

A sus caballos, como a ellos, los postra la fatiga, ceden al peso del jinete, se abaten y perecen, y escuadrones enteros quedan desmontados.

XI

Igual suerte sufre el ganado que lleva el ejército para su mantención en tan despobladas regiones. Mal hallados los bravíos animales en aquellos parajes con la helada ventisca y las desigualdades del terreno, se resisten a descender a las profundas hondonadas o a trepar los ásperos repechos, y espantados al mismo tiempo por el estrépito de los violentos huracanes que cruzan la montaña, huyen veloces por riscos y zarzales sin lograr evadirse; se revuelven furiosos, los ojos como ascuas, los cascos ensangrentados; se arremolinan, caen y se atropellan, levántanse de nuevo, chocan contra las bayonetas que para defenderse le oponen nuestros batallones, mugen despavoridos, y aquí diez, más allá doscientos, saltan y se despeñan por barrancos profundos, y copioso festín dan a los buitres que a caza de despojos persiguen al ejército. Los picadores

encargados de custodiar y conducir estos bravíos rebaños se fatigan sin fruto y terminan por abandonarlos junto con las acémilas que transportan las municiones y el parque, pues no se encuentra quien de grado acepte conducirlos, dada la lentitud de su dificultosa marcha y el anhelo que todos ponen en salir lo más presto de aquellos desamparados montes donde una muerte cruel los amenaza.

Sembrado de despojos deja el ejército el camino por donde guía sus pasos. Al través de la opaca neblina que el viento desparrama por las lomas o acumula en el lóbrego sendero, se divisan bajo el ramaje desmayado de los árboles, entre las altas breñas o sobre la agria tierra desprovista de zarzas, aislados grupos de soldados en actitudes varias, pero cuya inmovilidad revela que han sentido el beso de la muerte. Acá y allá caballos reventados, cajas de municiones rotas, armas de toda especie abandonadas, lívidos cadáveres, girones de vestidos, entrañas de animales, esqueletos roídos por las fieras, bandas de buitres en asecho, y soñolientos moribundos.

Un sepulcral silencio reina en torno de aquel inmenso cuadro de profunda desolación; silencio pavoroso que interrumpen tan solo los graznidos de las aves de presa y el metálico timbre de una voz varonil y alentadora que repiten los ecos de la sierra con la sonoridad vibrante del clarín.

Aquella voz que no se puede confundir con otra alguna, que nuestros soldados reconocen y escuchan con espantable admiración, es la voz de Bolívar que dice y torna a repetir constantemente, *adelante... adelante...* Ella estimula a los que desfallecen con el doble acicate de la promesa y del reproche, reanima y causa espanto, y el ejército la sigue, aunque arrastrándose, por las huellas de aquel hombre invulnerable que por todos alienta y en quien se reconcentra la energía que todos han perdido.

XII

A pie marcha el Libertador entre las filas de sus tropas compartiendo con ellas la fatiga y la común miseria: el mismo pan le sirve de alimento, la misma dura tierra de lecho de reposo. Su caballo alivia del cansancio a los más abatidos, su capa, dividida por él en dos partes iguales, cubre la una las desnudas espaldas de un tamborcillo a quien el frío entumece, en la otra se rebusa un soldado. Aquel cuerpo de acero, delgado como la espada en que se apoya y como ella inflexible, domina las fatigas; cuando los más robustos se doblegan él se yergue, presta auxilio a los que desfallecen, y a todos vigoriza con el sin par ejemplo de su virilidad y su entereza. El ejército le mira con asombro; y el soldado que yace moribundo le ve pasar cual un fantasma luminoso y se descubre y le saluda con profundo respeto antes de abandonarse en los abiertos brazos de la muerte.

De manera tan lastimosa como heroica, rindió el ejército patriota, internado en la rebelde Cordillera, aquella marcha desastrosa, que menos se asemejaba a una invasión audaz que a una derrota: derrota, empero, singular, que no retrocedía delante del peligro, sino que por el contrario avanzaba hacia él y le buscaba con desesperación.

El instante supremo, tan temido, llega al cabo: el ejército se encuentra a la entrada del Pisba, Bolívar lo empuja hacia adelante y, como Cortes, quema las naves, pues a tal equivalía penetrar en el páramo.

Y el páramo lo envuelve en sus glaciales ráfagas, bate sobre él sus alas borrascosas, hiere con furia aquel desnudo ejército, lo diezma, lo rechaza, lo atrae de nuevo, lo aniquila y perdura en su labor terrible, hasta que avasallado por la perseverancia de aquel atleta indomable, cede a su empeño y le deja pasar. A nuestra espalda queda el Pisba vencido, pero doscientos cadáveres blanquean en la cima del espantoso ventisquero, como prueba de la funesta lucha empeñada a la sombra de sus traidoras nieblas.

Huyó la tentación de volver hacia atrás; los que han sobrevivido a la tremenda prueba no tienen retirada: en lo adelante para salvar la vida es necesario combatir y vencer.

Conflictiva es la situación en que se encuentran los patriotas después de tramontar la Cordillera, pero no obstante, no los conturba la cercanía del enemigo, antes bien, acogen las noticias que obtienen de su proximidad con el contentamiento con que damos cabida a una esperanza halagadora: muerte por muerte, el soldado prefiere la más pronta por ser la menos cruel; empero, para hacerse matar como desea, es indispensable todavía arrostrar los rigores del clima y las asperezas del suelo.

XIII

Después de quince días de una marcha sin descanso, en la que apuraron nuestras tropas todo el vigor que las fortaleciera, el ejército reducido casi a la mitad, y en el estado más triste y deplorable de postración y de miseria, llegó a Socha, pueblo situado sobre la falda occidental de la cadena de los Andes, en la hermosa provincia de Tunja.

La generalidad de nuestros jinetes habían perdido sus caballos, la infantería llegaba sin municiones y sin repuesto de armas; todos hambrientos, destrozados y enfermos. Cuando de Socha pasó a Tasco, el ejército era un cuerpo endeble y moribundo; las cuatro quintas partes llenaban los improvisados hospitales; apenas había jefe u oficial que pudiera emplearse en el servicio, que no inspirase una profunda compasión. A tal miseria estaban reducidos, que nadie, salvo el Libertador, abrigaba la menor esperanza de escapar al degüello con que los amenazaban sus contrarios.

¡Y eran aquellas las legiones con que Bolívar pretendía arrebatar a España el Nuevo Reino de Granada!

¡Audacia sin ejemplo!

¿Qué poder misterioso, qué virtud sobrehumana vigoriza aquella alma hasta ostentarla omnipotente? ¿Qué extraño auxilio espera para realizar tamaño intento? ¿Dónde están los recursos que ha menester tan formidable empresa? ¿Por ventura, confía en el solo esfuerzo de su numen fecundo para combatir y vencer? ¿Qué garantía puede ofrecerle el puñado de hombres que le sigue, postrados como se hallan los más, y casi exánimes, que, para no caer, se apoyan en sus armas como en pesados báculos y que, faltos de aliento, las abandonan sin pesar, junto con los arreos de su mísero equipo? ¿Cree posible con ellos apoderarse de una presa que guarda la codicia, que encadena el temor y defienden, resueltos, ocho mil veteranos provistos de cuantiosos recursos y, por sobre todo encarecimiento, valerosos y audaces?

¡Espantaos! Ese ejército de sombras, fantasmas macilentos, roídos por la miseria, rechazados con violencia por la naturaleza, cogidos entre las redes de su propia aventura; esos mendigos, que inspirarían piedad si no ostentaran en la frente el sello de la predestinación y el heroísmo: todo lo alcanzarán; por todos ellos palpita un corazón que no puede avasallar el infortunio, a todos les comunica su ardimiento un poderoso espíritu templado, cual ninguno, en el fuego generador de las grandes hazañas.

En aquella ocasión, como en otras muchas en que la suerte pareció abandonarle, Bolívar se muestra omnipotente; realiza verdaderos prodigios y lleva a la victoria su desmedrado ejército como arrastrara Hércules los inertes despojos del león nómada, vencido por su esfuerzo.

XIV

Apenas se reúnen en Tasco la mayor parte de los cuerpos que han trumontado la montaña, apura el Libertador cuantos medios le sugiere su ingenio para reorganizarlos y proveerlos de recursos. Su actividad se

multiplica. Secundado eficazmente por Soublette, Santander y Anzoátegui, arma y remonta en pocos días una gran parte de la caballería, reúne el parque, acopia vituallas y regenera en lo posible las condiciones del ejército. Por toda ruta por donde puede penetrar en el corazón de las provincias granadinas, dirige comisiones con el expreso encargo de popularizar su arriesgada aventura; excita el entusiasmo de los pueblos por la Revolución; exagera el número de tropas que trae a combatir; apela al patriotismo de los hijos de aquel heroico suelo; llama a las armas a cuantos perseveran en la idea de ser libres y fían en las promesas que jura realizar y que realiza para su propia gloria y la de Venezuela; no excusa sacrificios; se empeña en convencer y levantar los apocados ánimos; hace prodigios de habilidad y de firmeza; sacude la postración en que le deja la marcha desastrosa por la rebelde cordillera; asombra a los suyos e intimida a sus contrarios con su actitud resuelta y las amenazas de su cólera y amaga simultáneamente acometer al enemigo por todos sus guarnecidos flancos.

El incendio que atiza, cunde rápidamente, y Tunja, la provincia invadida, se conflagra.

Un trozo de su caballería pelea en Corrales, aunque con éxito dudoso, con la más cercana de las avanzadas realistas. En dirección opuesta, lanza nuevos exploradores, mas con igual fortuna; persevera, no obstante, y, noticioso al quinto día de su llegada a Tasco, de la aproximación del cuerpo principal del enemigo que se movía hacia él, levanta su desmeдрado ejército y le sale al encuentro.

En las orillas del Gamesa se chocan con esfuerzo los contrarios ejércitos y, con recíproco ardimiento, principia aquella sucesión no interrumpida de rudos y sangrientos combates que sirven como de preludeo a Boyacá.

Aunque de escasa práctica en el mando supremo de un ejército, era Barreiro un jefe de clara inteligencia y de ya notoria distinción entre los más brillantes adalides del poderoso ejército español. Soldado pundono-

roso, enérgico, valiente y observador severo de la más estricta disciplina, abundaba en conocimientos militares basados en la propia experiencia y en la de aquellos, sus compañeros de armas, más que él probados en la afanosa lucha que sostenía la España contra la rebeldía de sus colonias. Bajo sus órdenes tenía frente a Bolívar, la tercera división del aguerrido ejército realista, fuerte de tres mil peones y quinientos caballos; sin contar el batallón tercero de Numancia, la artillería volante y las milicias de la provincia de Tunja, con que su gobernador, don Juan de Loño, le cubría las espaldas, ni los Voluntarios de Aragón que guarnecían la capital del Virreinato, ni otros cuerpos no menos aguerridos que habían fijado sus estancias en las otras provincias, y mayormente en la de Pamplona y del Socorro.

Con tan crecido y bien provisto ejército, Barreiro se considera invencible; la inferioridad numérica de sus contrarios justificaba en parte la arrogancia que demostrara el joven Brigadier en la iniciación de la campaña y la seguridad que diera el Virrey Sámano de escarmentar, en la ocasión, la audacia mal encaminada de sus pertinaces contendores.

Con todo, menguando su altivez, sintió al chocarse con Bolívar la superior fascinación que impone el genio; fluctúa entre arrojarle sobre él o esperarle, varía dos veces de propósito respecto al plan premeditado que le moviera a la ofensiva, cede el ataque a su contrario y con inexplicable desacierto, opta por la defensa, abandonando así cuantas ventajas ofrecía su favorecida situación, a quien más hábil y más emprendedor se había empeñado en obtenerlas a costa aun de los mayores sacrificios.

XV

Tras el combate de Gamesa, donde perecen como bravos Arredondo y Guerrero, de la división de Casanare, y donde pierden los realistas

cosa de cuatrocientos hombres, el Brigadier Barreiro, encastillado en su sistema de defensa y a favor de las inexpugnables posiciones que había ocupado en la jornada, permanece en los Molinos de Tópoga, mientras Bolívar acampa en el poblado y gana luego sus estancias de Tasco, con el doble propósito de colocar su ejército al abrigo de un ataque imprevisto y de esperar, para proseguir con más vigor la ya iniciada lucha, la reincorporación de la Legión Británica y de no escasa parte de su caballería atrasados en la marcha al través de la sierra y aún no a salvo de los peligros consiguientes a aquella travesía.

Los cuerpos esperados no tardan en arribar a Tasco, y aunque del solo regimiento inglés hubieran parecido en la afanosa marcha al tramontar el páramo, más de ochenta soldados, y todo él ofreciera el aspecto de un muro asaz desmantelado, el Libertador vuelve de nuevo en solicitud del enemigo, le busca, le provoca a que descienda de la altura que ocupa, no realiza su objeto, y apreciando inabordable la posición en que tan decididamente se mantiene Barreiro desiste de penetrar como desea él en el florido valle de Sogamoso, flanquea con rapidez los acantonamientos españoles, cruza el río Chicamocha e invade el poblado y fértil valle de Serinza.

Por obra de tan inesperado movimiento, Barreiro se encuentra mal situado para impedir la internación de los republicanos en el corazón de la provincia, y temeroso al mismo tiempo de dejar a descubierto el camino de la capital, abandona las alturas de Tópoga y va a fortificarse en los molinos de Banza, donde a la vez que guarecido cubre a Tunja y, en caso dado, puede a su arbitrio moverse sin tropiezo en todas direcciones.

El Libertador fija sus reales frente al campo español en el lugar denominado los Corrales de Banza, posición no menos ventajosa y, prevalido de la inmovilidad del enemigo, se apodera de los villorrios y campos comarcanos cuyos moradores a trueque de ser libres, le ofrecen con es-

pontaneidad cuanto poseen. Esfuérase en completar el abastecimiento del ejército y la remonta de su caballería, arma en que apoya, con entera confianza, los proyectos más aventurados y a la cual fía, en todas ocasiones, las más arduas de sus arriesgadas empresas.

XVI

En tan socorrida situación que no se atreve el enemigo a disputarle y en la cual domina al mismo tiempo, los abundantes valles de Sogamoso y Serinza; el Libertador se hace sentir en toda la comarca: expide proclamas, publica la ley marcial en las poblaciones invadidas por el ejército patriota, dirige pequeños destacamentos con los coroneles Morales y Fortul a sublevar las provincias limítrofes del Socorro y Pamplona, disciplina bajo los fuegos de frecuentes combates los voluntarios que acorren a sus filas, y provoca con maña e insistencia a su apercebido contendor a una batalla general que ponga punto a las diarias escaramuzas con que recíprocamente se fatigan los contrapuestos campos. Pero en vano se esfuerza en proponer una batalla que, el general realista no cree prudente aventurar en el terreno en que Bolívar se la ofrece, ni este, a su turno, la acepta en el atrincherado campo en que Barreiro con doble número de tropas la desea.

Mejoradas, no obstante, las condiciones del ejército, y persuadido el Libertador de lo ineficaz de cuantas tentativas pudiera realizar en lo adelante para comprometer a su contrario en una lucha temeraria fuera de sus inexpugnables posiciones, al par que temeroso de darle tiempo para acrecer sus fuerzas y recibir auxilios de Morillo, resuelve tomar de nuevo la ofensiva, adelantando sus operaciones y ensanchado la órbita de sus movimientos estratégicos. Al efecto, mueve todo el ejército por el camino del Salitre de Paipa con intención no oculta de atacar por la

espalda al enemigo o de obligarle a abandonar el campo atrincherado en que se encierra; pero iniciada apenas aquella operación, Barreiro, siempre advertido, lo comprende y trata de frustrarla, saliendo inopinadamente al encuentro de los republicanos cuando estos al practicar el atrevido movimiento que había de colocarlos a retaguardia de las tropas del rey se hallaban por accidente del camino sumergidos en las profundidades de un valle estrecho y cenagoso conocido con el nombre, hoy histórico, de “Pantano de Vargas”.

XVII

Sin dar tiempo a nuestros batallones para mejorar de situación, Barreiro los carga con viveza y con notable ventaja de su parte, traba, en aquel sitio memorable, desigual y reñida batalla.

Superiores los realistas, no solo en posiciones, sino en número, creen llegado el momento de acabar con Bolívar; y resueltos se empeñan en darle sepultura en el funesto campo adonde le ha conducido su osadía.

Sangrienta fue la lucha, el ataque violento, la resistencia heroica: simultáneamente toman parte en la brega todos los cuerpos españoles y logran encerrar a sus contrarios en un circo de fuego sin mas salida practicable que la excusada por inútil de un estrecho desfiladero.

En vano, con desesperación, lidian nuestros infantes: en vano resisten por nueve horas un fuego desastroso: la batalla amenaza perderse.

El batallón Británico que combate por primera vez en presencia del Libertador, hace prodigios de bravura; pero no obstante su denuedo y los reiterados esfuerzos de Rook, su coronel, por mantenerle firme, retrocede; y burla la fortuna la serena tenacidad de Santander, y el arrojo temerario de Anzoátegui y la enérgica decisión de todos nuestros jefes por conjurar la espantosa catástrofe próxima a estallar. Los más osados

tiemblan sin flaquear en la lucha; el vigor de nuestros regimientos se amengua con alarmante rapidez y ya a nadie se ocultaba el término fatal de la batalla; cuando Bolívar, sobreponiéndose al destino, desata el rayo, hiere, y del revuelto torbellino del desastre arrebató a Barreiro la victoria, al bote formidable de la pujante lanza de Rondón y de sus ínclitos llaneros.

Roto el ejército español por la caballería, nuestros infantes se rehacen, cargan con nuevo esfuerzo y despedazan y ponen en derrota al enemigo.

La noche pone término a la reñida lid. Barreiro retrocede asombrado, gana la altura opuesta a la que luego ocupan los republicanos, y por trofeos de nuestra fúlgida victoria deja en el campo, con las banderas del regimiento de Granada, cuantioso parque y seiscientos cadáveres.

XVIII

En cambio, pérdidas dolorosas cuesta al ejército patriota tan sangrienta jornada. Entre las más sensibles para el Libertador, la tradición señala la de Rook, el bravo coronel de la Legión Británica. Casi al principio del combate, este soldado intrépido recibe, uno tras otro, dos balazos que le fracturan uno de los brazos; y sigue no obstante acometiendo con el mismo ardimiento hasta quedar vencido el enemigo. En la noche no fue posible practicar la amputación que requería el miembro fracturado y hubo que aplazarla para el siguiente día.

El nuevo sol visita la espantosa hondonada, teatro de la batalla; ilumina el estrago y deja ver los contrapuestos campamentos que a la par se vigilan, mudos e inmóviles. Un cirujano se apresta a hacer a Rook la amputación a vista de todo el ejército, sopórtala impávido el coronel inglés; sigue, sin alterarse, los movimientos del cortante instrumento que divide sus huesos, y al desprenderse el inerte despojo, le toma con

la mano que aún le queda, pónese en pie con marcial arrogancia y levantando en alto el mutilado miembro, exclama con pasmosa entereza “¡Así los pierda todos; viva la libertad!”.

La muerte paralizó, dos días después, los arrebatos de entusiasmo de aquel valiente y noble corazón...

En aquella jornada memorable, Barreiro experimentó aquel deslumbramiento que en toda extrema situación produjo el Libertador en sus contrarios; y desconcertado por el inconcebible desenlace de una batalla en que ya vencedor se le escapara la victoria, recela de la futura moralidad de sus soldados en quienes grave espanto impone la intrepidez de los llaneros. No flaquea, sin embargo, en el propósito de cerrar a Bolívar el camino de Tunja, y a tiempo que el ejército patriota, tan destrozado como los veteranos españoles, torna a ocupar de nuevo los Corrales de Banza, Barreiro abandona a su turno las alturas de Vargas y va a situarse en Paipa. De allí pide refuerzos a los gobernadores y jefes militares de las provincias comarcanas; repara las numerosas pérdidas que le ocasiona la batalla; abastece su ejército, lo regala con oro y con promesas por demás halagüeñas, se esfuerza en revivir el entusiasmo de sus tropas, haciendo aparecer a los independientes perdidosos a par que perseguidos por Morillo, y restablece para resguardo de su autoridad la más severa disciplina.

Menos favorecido que el general realista, Bolívar apenas puede disponer de contados y escasos recursos: los voluntarios del Socorro y Pamplona no alcanzan, ni con mucho, a reparar los estragos que ha sufrido el ejército patriota en los repetidos combates, y sobre todo, en la ruda labor de la campaña; no obstante, persiste en abatir cuantos obstáculos se oponen a su atrevida empresa, y mientras sus destrozados batallones cobran aliento para aventurar otra batalla, ejercita los reclutas que ingresan a sus filas en el manejo del fusil e inquieta al enemigo con escaramuzas y sorpresas en que hacen gala de temeridad y gallardía los pujantes jinetes del Apure.

A pesar de su enflaquecimiento, el ejército patriota, como el grifo de la fábula, tenía cabeza de águila y garras de león.

Doce días emplea el Libertador en rehacerse, y el tres de Agosto se arroja una vez más sobre el ejército español.

Con algunos jinetes arrolla en Banza las avanzadas del enemigo, y muestran en la acción nuestros llaneros tal vigor y denuedo que no juzgándose Barreiro resguardado en las posiciones que mantiene, desocupa con precipitación el caserío de Paipa y se acoge a las alturas que dominan los caminos de Tunja y del Socorro.

Bolívar lo sigue al pasitrote, atraviesa el Sogamoso por el puente de Paipa y con la noche acampa frente al enemigo en la margen derecha de aquel río; luego, al lucir la aurora, revuelve el campamento, evoluciona como para posesionarse del terreno y con ostensible aparato se prepara, como para librar una batalla que Barreiro no esquivo en las fuertes posiciones que ocupa. A pesar de la manifiesta decisión que demuestran los independientes, corren sin embargo las horas en preparativos y amagos; y el sol declina y nada de cuanto se prometen se realiza.

Los realistas suponen aplazada la batalla para el siguiente día y permanecen inmóviles en sus resguardas posiciones.

XIX

La más completa calma sucede imprevisto al movimiento y a las prolongadas amenazas de la jornada. Principia a oscurecer; los clarines del ejército patriota resuenan en las quebradas de los montes con repetidos toques de silencio: todo enmudece en nuestro campo; las nieblas apiñadas en las crestas de las montañas descienden e invaden la llanura que desaparece lentamente bajo el espeso velo de móviles vapores. Nuestros soldados deponen su arrogancia y ya los menos diligentes se prepa-

ran a disfrutar de algunas horas de reposo, cuando de súbito el Libertador levanta el campamento, finge ocultar sus movimientos a la activa vigilancia del enemigo y, con afectado disimulo, abandona el valle del Salitre donde parecía dispuesto a combatir, repasa el puente y marcha en retirada aparentando retroceder a Banza.

Tan inesperada determinación no se escapa a Barreiro, pero mal encaminado en sus apreciaciones, atribuye a reconocida debilidad de nuestra parte lo que solo es obra de la astucia. Persuadido más que nunca de su pretensa superioridad, cree llegado el momento de tomar la ofensiva y cae en la asechanza que se oculta en aquella aparente retirada. Halagado con la idea de exterminarnos en el primer encuentro, aplaza, para el nuevo día la ejecución de su proyectos y permanece descuidado en sus inaccesibles posiciones; en tanto que Bolívar, ya protegido por la profunda oscuridad contramarcha en silencio, vuelve a cruzar el Sogamoso, deja a la espalda los acantonamientos del ejército español, sin que su avisado general llegue siquiera a sospecharlo, y por la vía de Toca marcha rápidamente sobre Tunja.

Después de andar toda la noche, el ejército patriota atraviesa en las primeras horas del día 5 el caserío de Cibatá, cuyos moradores sorprendidos no vuelven del asombro que les produce su presencia, y a las once de la misma mañana adelantándose a las divisiones de Santander y Anzoátegui, el Libertador ocupa a Tunja escollado únicamente por los jinetes de su guardia.

Sin disparar un tiro hace prisionera la pequeña guarnición que dejara en la plaza el gobernador don Juan de Loño al salir, horas antes, con el batallón 3.º de Numancia a incorporársele a Barreiro, y juntamente se apodera del numeroso parque, y de los almacenes de pólvora y vestuarios destinados al abastecimiento de las tropas del Rey.

XX

La presencia inesperada de Bolívar a las puertas de la ciudad que resguardaba desde Paipa todo el ejército español, conmueve la comarca, y Tunja, la antigua capital del poderoso reino vecino y rival de los Zipas; la ciudad blasonada a quien por armas concedió Carlos V las de los reinos unidos de Castilla y León, y por timbre de tan preciado escudo una águila negra de doble cabeza coronada, de cuyas alas pendía la regia orden del Toisón: Tunja la noble: la patriótica Tunja, recibe alborozada a sus libertadores y poseída de admiración y reconocimiento ofrece a Bolívar los tesoros que encierra, la sangre de sus hijos y cuanto puede ser sacrificado en aras de la patria, por alcanzar la libertad e independencia del pueblo granadino.

Audaz como ninguna de las operaciones practicadas en aquella admirable campaña, era la que el Libertador ejecutaba apoderándose de Tunja e interponiéndose entre Barreiro y el Virrey: entre los dos ejércitos más fuertes y mejor acondicionados del enemigo; cortando entre ellos toda comunicación y obligándolos, vista la distancia a que se hallaban, a combatir aisladamente. Aquel atrevimiento, apresura el término feliz de la empeñada lucha y nos da la victoria. Sin él, dada la táctica empleada por Barreiro, el ejército patriota menoscabado ya y enflaquecido por los sucesivos combates y los rudos trabajos de la campaña, habría ido desmedrándose, si no en tesón y en bravura, sí en fortaleza material, hasta quedar reducido en poco tiempo a un puñado de héroes desesperados y sin más refugio que la muerte para quedar airosos después de tantos sacrificios; mientras que en la nueva situación en que habían logrado colocarse, si bien, comprometida y arriesgada, desvirtuaban la maliciosa táctica del enemigo y le obligaban abiertamente a combatir.

—Una batalla decía el Libertador a sus enardecidos compañeros— una batalla más y habremos dado cima a nuestras esperanzas.

Y desde Tunja, la mirada de águila de aquel hombre inspirado se fijaba con extraña insistencia en el campo, hasta entonces oscuro, de Boyacá.

XXI

Cuando era de todo punto irreparable el engaño sufrido por Barreiro, fue que advirtieron los realistas la desaparición de nuestro ejército, y que obtuvieron pormenores de la audaz estratagema de Bolívar y de la dirección que había seguido con sus tropas. Conturbados les deja tan atrevido movimiento pero repónense bien presto y corren a subsanar su imprevisión esforzándose, sobre todos Barreiro, en dar alcance a su contrario antes de que el asombro que domina su ejército se cambie en desaliento.

Pundonoroso, como lo era en extremo el joven general de las cohortes españolas, se ve perdido y deshonorado, si no logra detener a Bolívar. Dominado por este pensamiento, se lanza a toda prisa por el camino principal de Paipa, atraviesa sin detenerse el páramo de Cómbita, y un día después de nuestra entrada a Tunja llega al pueblo de Motabita, distante cuatro millas de nuestro campamento: allí se detiene para cobrar aliento y elegir con acierto, en vista del ejército patriota, la vía que ha de seguir para ponerse delante, y restablecer la interrumpida comunicación con el Virrey.

Del sitio donde acampaba, momentáneamente, el ejército español, dos caminos se ofrecían a Barreiro para efectuar su intento: el de Samacá, exento de tropiezos, pero largo y pesado que le obligaba a hacer un gran rodeo alejándole con exceso de la capital del Virreinato; y el que directamente atravesaba el puente de Boyacá, más corto que el primero, aunque menos seguro por su proximidad al Cuartel General de los independientes.

Para quien pretendía, como el jefe realista, no solo interponerse nuevamente entre los invasores y las tropas que guarnecían a Santa Fe, sino acrecer con estas su numeroso ejército y obligarnos luego a que aceptásemos una batalla decisiva, en la cual todas las probabilidades de un éxito completo estuviesen de su parte, no era de despreciarse la inseguridad que presentaba a tal propósito, el más directo de aquellos dos caminos. Y no obstante, Barreiro, después de algunas fluctuaciones se decide por él; y ya resuelto se prepara, pasa la noche en Motabita y espera el nuevo día para ponerse en marcha, sin sospechar siquiera que aquel camino le llevara al cadalso.

Propicia, hasta entonces, la fortuna a los dominadores de la América, les dio de súbito la espalda: vencía al fin nuestra perseverancia los desdenes de la inconstante diosa. En el largo trascurso de la revolución solo obtuvimos sus favores cuando audazmente se los arrebatamos. De nuestra entrada a Tunja data aquel vencimiento: allí asalta Bolívar el refulgente carro de la diosa, descoge osado la brida que retiene los alados corceles, chasca el terrible látigo y vuela entre huracanes y relámpagos, sembrando de pasmosas victorias todo un continente.

El sol glorioso que había de iluminar la centellante cuna de Colombia resplandece en las nevadas crestas de los Andes y brilla amenazador en el acero de nuestras bayonetas.

XXII

Es el 7 de agosto de 1819: día de eclipse para las armas españolas en sus colonias de ultramar, de luz y de esplendor para la tierra americana. Todo el ejército patriota, en pie desde la madrugada, hallábase formado al despuntar el día en la plaza mayor de la entusiasta y conmovida Tunja; y lleno de impaciencia aguardaba la orden de acometer al enemigo.

Los movimientos que se advertían en el opuesto campo, revelaban la determinación tomada por Barreiro de ponerse en camino. Nuestros exploradores habían dado el aviso antes de amanecer, y el Libertador, ya prevenido, solo aguardaba para poner en práctica el plan que había premeditado, saber a punto fijo y sin demora, la ruta porque se decidieran los realistas y el instante preciso en que resueltamente se pusieran en marcha.

Con tal objeto, a más de los jinetes destacados para vigilar al enemigo, casi todos los oficiales del Estado Mayor habían sido apostados en lo alto de las torres y campanarios de la ciudad, desde donde pudiera divisarse el campamento de las tropas del Rey. No satisfecho, sin embargo, con el espionaje establecido, Bolívar, de suyo inquieto y más que todos anhelante por conocer la determinación de su contrario, monta a caballo y va a situarse en una altura que le permite dominar los movimientos de Barreiro; y allí permanece largo tiempo hasta cerciorarse por sus ojos de lo que tanto le preocupa.

El ejército español se mueve al fin resueltamente por el camino que le conduce a Boyacá: y estrepitosos vítores y ardorosas explosiones de júbilo, estremecen a Tunja.

—Es nuestro, es nuestro —exclama el Libertador con expansivo júbilo, viendo desfilar al enemigo: ahora o forzamos a Barreiro a admitir la batalla y le pulverizamos; o le impedimos ponerse en contacto con Sámano, y la desmoralización de sus tropas le hará rendirse.

Y aceleradamente el ejército patriota deja a Tunja, toma el camino principal que lleva a Santa Fe y corre a apoderarse del codiciado puente de Boyacá, con ánimo de cerrar el paso a los realistas y de forzarlos a que acepten una batalla decisiva.

Larga de algunas horas era, con todo, la distancia que debían recorrer nuestros infantes para llegar al mencionado puente y detener al enemigo; no obstante, llenos de brío, marchan a paso redoblado tras las hue-

llas del trozo de caballería que le sirve de descubierta y que al galope les precede; y en pocas horas se encuentran al alcance de realizar su intento.

Mediaba entre los dos caminos que seguían los contrarios ejércitos una vasta extensión de terreno abertal, cubierto en parte de estériles colinas de varia elevación, que así impedía a los opuestos bandos aproximarse para trabar combate, como les ocultaba sus respectivos movimientos. Solo a una milla del puente de Boyacá juntábanse aquellos dos caminos que venían de Tunja y Motabita; lo cual tenía lugar en el sitio conocido hasta hoy con el nombre de “la casa de teja”; nombre debido a un antiguo edificio de explotación rural situado casi en la encrucijada de ambas vías y cuyos largos paredones de tierra sirvieron un instante de apoyo a los realistas, en la jornada memorable en que nos ocupamos.

XXIII

El cielo nebuloso de Tunja, sereno y despejado durante las primeras horas de la mañana, había tornado a oscurecerse; densas nubes ocultaban el sol, y una espesa neblina, tras la cual desaparecían las lejanas montañas, flotaba pesadamente sobre las vecinas alturas y en las quiebras y hondonadas del camino que seguían nuestras tropas.

Envueltos en el impenetrable velo que se extendía por sobre toda la comarca, apenas si podían divisar nuestros soldados el lienzo tricolor de sus banderas plegado perezosamente a lo largo de las enhiestas astas y el acero sin brillo de las armadas bayonetas.

A las dos de la tarde, próxima la división de Santander, vanguardia de los independientes, a la encrucijada del camino que traían los realistas, presienten nuestros soldados la inmediatez del enemigo; temen chocar sin advertirlo contra las bayonetas de Barreiro y a todo evento se previenen; prosiguen sin embargo su acelerada marcha con no menos ardor y

diligencia, y ya su descubierta hollaba el suelo donde se aplana el cerro que venía interponiéndose entre los dos ejércitos, cuando un grito de alarma resuena de repente.

El enemigo ¡el enemigo! repiten a la par los encontrados bandos y aquella voz de prevención y aviso recorre prontamente las filas de uno y otro ejército.

Súbito, sopla el viento, flamean nuestras banderas, disípanse las nieblas, luce el sol su disco refulgente como presagio de ventura y amagan nuestros intrépidos jinetes desordenar los batallones de vanguardia del confiado ejército español.

Creyendo los realistas en el primer momento, que solo tenían que háberse las con un cuerpo de observación de sus contrarios, no se preocupan, antes bien con tono desdeñoso, el coronel Tolrá, manda sus cazadores a que despejen el camino mientras los otros cuerpos continuaban la marcha. Parapetados entre breñas y matorrales los cazadores realistas rompen el fuego contra nuestros jinetes y toca a aquellos que habían de ser vencidos, disparar los primeros sus armas en la inmortal jornada.

XXIV

Apenas advertido el Libertador de la presencia del enemigo, precipita la marcha de sus tropas y con profunda sorpresa de su desapercibido contendor, aparece de pronto en columna cerrada sobre la altura interpuesta entre los dos caminos.

Parte de la vanguardia de Barreiro subía en aquel momento la opuesta falda en persecución de nuestra descubierta, mientras que el grueso del ejército español se hallaba a la sazón en la parte baja del recuesto, a un cuarto de legua más o menos del puente que cruza el Boyacá. Su fuerza total ascendía a tres mil quinientos combatientes. Bolívar contaba solamente mil seiscientos infantes y cuatrocientos caballos.

Tocó a la primera división republicana repeler la columna enemiga que se aventuraba a perseguir nuestros exploradores; con los *Cazadores de Vanguardia* acomete sobre ella el coronel París, la encuentra, la rechaza y la obliga a retroceder con precipitación hacia los muros de la casa de teja donde se apoyan y se sostienen los realistas y de donde París lo desaloja luego tras reñido combate.

Perdida tan favorable posición, la vanguardia del enemigo pasa el puente y gana las alturas que demoran en la margen derecha del Boyacá,

Entre tanto, como bajasen el recuesto nuestros batallones para atacar el cuerpo principal del ejército español y corriera nuestra caballería por el camino a ocupar la cabeza del puente, Barreiro se apresura a llegar al río antes de ser cortado; pero no logra su propósito: los batallones *Rifles y Albión*, se le interponen y le cierran el paso, a tiempo que Ambrosio Plaza y Cruz Carrillo con los *Bravos de Páez y Barcelona* y el escuadrón de Infante lo cargan por el centro. Barreiro se detiene, cambia de intento, se revuelve, sube con rapidez a la meseta de una altura que tiene a su derecha y se forma en batalla: la artillería en el centro y a cada extremo de su línea algunos cuerpos de su caballería.

Simultáneamente despliega el Libertador sus tropas en batalla en el camino principal, al pie de la pendiente cuya cima había ganado el enemigo. Formaban nuestra izquierda, a las órdenes de Santander, el batallón de línea de la Nueva Granada y los *Guías y Cazadores de vanguardia*: los otros cuerpos disciplinados del ejército patriota componían el centro y la derecha, regidos por Anzoátegui; mientras que las columnas de Tunja y del Socorro, compuestas de reclutas, formaban la reserva, situada a retaguardia de nuestra línea de ataque.

XXV

Así dispuestos y preparados, la batalla no tarda en comenzar. Bolívar la preside desde una altura opuesta a la que ocupa el enemigo. Con él está Soubllette y el Estado Mayor: a su izquierda se divisa, a la entrada del puente a Santander; al pie de la colina y al alcance de su voz piafan inquietos los caballos de Rondón y Mellao: delante tiene a Anzoátegui con sus columnas dispuestas al ataque: y más allá a Barreiro y las airadas huestes españolas.

Aquellos dos ejércitos rebosando de saña y de ardimiento, prestos a destrozarse y a morir matando, por dar satisfacción a exaltadas pasiones, a contrapuestos intereses y a viejos rencores; apenas si perciben, ofuscados por la nube sangrienta que vela sus pupilas, aquella inexplicable vaguedad, misteriosa gestación de los grandes sucesos, que conturba los ánimos, cuando sobre ellos se cierne con alas de bronce el dios de los presagios.

Mal puede prever lo porvenir aquel a quien ciega la ira.

Cuando al reto del odio contesta el odio mismo, ¿quién puede imaginar, que, así los que han de ser vencidos en la lucha, como también los triunfadores, todos cooperan en un mismo propósito? propósito superior, en los unos, a la voluntad que toma a empeño combatirlo; en los otros, a la tendencia impulsiva que los arrastra; en todos, a las contrarias fuerzas que se repelen con fracaso y a los fines porque se sacrifican. ¿Quién les haría creer, que agentes inconscientes los más, ceden sin advertirlo, a extraña voluntad, y eficazmente sirven a los designios del Ser, que oculto en las tinieblas de lo infinito, dirige como de presente, el desenvolvimiento de los pueblos en el progreso humano; y a su arbitrio, cambia las elevadas cumbres en profundos abismos, transforma el polvo donde se abaten los imperios, en regueros de luz, y del antro sombrío

donde esgrimen sus armas los gladiadores del sofisma, hace surgir el sol de la verdad puro y resplandeciente.

Entre todos aquellos, los que el acero insano blandían amenazantes, al dar comienzo a una batalla que había de ser de trascendentales resultados para la América española, solo Bolívar siente a su rededor extraña conmoción, percibe, vagamente algo, como el lejano estruendo que produjeran al caer las gigantescas torres y bastiones de fortaleza secular; y con los ojos del espíritu mira surgir radiante, del polvo aun no revuelto por el recio huracán de la batalla, la creación grandiosa, de su genio inmortal.

XXVI

Rápido y sin vacilaciones fue el instante de calma que precedió al combate. Ruge el cañón y asordante estrépito retumba con prolongados ecos en toda la comarca. Simultáneamente disparan y acometen nuestros batallones, crúzanse los fuegos cual relámpagos, multiplicándose a porfía; el humo que exhala a bocanadas el ardiente incensario de las batallas, sube y nubla el sol; lucen ensangrentadas las bayonetas y las lanzas; el suelo se estremece, vacila el pie de los heridos por la muerte; sobre la nube negra que presagia un desastre se divisa una aurora, y Bolívar agrega a nuestra historia una página más, donde su espada escribe: ¡Boyacá!...

Entre tanto, con denodado empeño combate Santander la derecha enemiga, situada en las alturas que dominan el puente, mientras que Anzoátegui, como siempre ardoroso, se arroja sobre el centro de la línea española, con dos pujantes batallones y ordena a Plaza forzar la extrema izquierda que sostiene el coronel Jiménez, segundo jefe de las tropas realistas.

Rápidamente se extiende la batalla por toda nuestra línea y alcanza en breve tiempo toda su intensidad.

Barreiro se sostiene a pie firme; su artillería bien dirigida, y el fuego incesante de su aguerrida infantería, barren y abrasan la prolongada falda de la meseta adonde intentan subir los batallones *Rifles* y *Albión* empujados con furia por Anzoátegui.

La metralla abre claros en las filas patriotas, las corta, las revuelca y detiene algún tiempo el pertinaz empuje de nuestros batallones: empero, no se desalientan nuestros bravos soldados, antes bien, se enardecen; y en el revuelto torbellino del combate aumenta su ardimiento la presencia de Anzoátegui que, impávido y magnífico, en medio de la lluvia de proyectiles que rebotan bajo los pies de su caballo, cautiva y estimula con su intrepidez incomparable.

Con visible satisfacción sigue el Libertador los movimientos progresivos de aquellos cuerpos de la segunda división republicana que combaten el centro del ejército español: y al mismo tiempo que ordena reforzarlos con los *Bravos de Páez*, refrena la impaciencia de los escuadrones de su guardia que ansían a todo trance tomar parte en la lucha.

—¡Quietos! no es tiempo aún, contesta a las insinuaciones repetidas de los jefes de su caballería: dejad que Anzoátegui quebrante el enemigo y se cubra de una gloria tan merecida como gallardamente solicitada.

Acrece el fuego y el fragor de la contienda: como sordo bramido, se dilata entre las quiebras de los Andes la inmensa respiración de la batalla: vibra en las altas crestas de los montes; fragoroso desciende como el alud a los profundos valles; penetra en lo recóndito de las cavernas y los bosques y va de tumbo en tumbo recorriendo la vasta cordillera, a llevar a la América el anuncio del día, por siempre memorable, del nacimiento de Colombia.

XXVII

Reforzado Anzoátegui con los *Bravos de Páez*, carga a la bayoneta al batallón *Cazadores del Rey* que ocupa a nuestra derecha una cañada, y cuyos fuegos cruzados y certeros nos hacían grave daño; después de un duro choque, los *Cazadores* ceden el terreno, repliegan sin concierto, y, atropelladamente, van a buscar amparo en las columnas con que personalmente nos disputa Barreiro el recuesto de la meseta, donde tan vigorosamente se sostiene. Anzoátegui aprovecha el momento de confusión producido en la línea española por sus repelidos *Cazadores*, acomete resueltamente por el flanco que desampara el enemigo y trata de envolverle. En aquella emergencia el Libertador juzga oportuna la intervención de la caballería, y ordena a sus llaneros cargar al enemigo. Eran las tres y media de la tarde, cuando con la primera muestra de flaqueza de las tropas castellanas, sonó para ellas la hora aciaga de la catástrofe.

Los clarines de nuestros escuadrones dan al viento sus vibradoras voces. Barreiro las oye y se estremece; eran aquellas las mismas notas, especiales y terribles que precedieran a la espantosa acometida de Pantano de Vargas.

A par se lanzan impetuosos a la cabeza de sus tremendos escuadrones, Mellao, Mujica, Infante y el ya ilustre Rondón, por la empinada falda, sobre los tercios españoles que defienden la altura.

—¡Firmes y viva España!, grita Barreiro a sus soldados; y en nubes de metralla envuelve los trozos de jinetes que le acometen por el frente; azuza sobre los que le atacan por la izquierda los granaderos de a caballo y ordena a los dragones de González acuchillarlos por el flanco. Empero no resisten los unos ni los otros el choque de Rondón: a rienda suelta huyen los primeros, los segundos ruedan revolcados por la pendiente. Solo un cuerpo de reserva espera briosamente a nuestros escuadrones y

perece alanceado, el resto de la caballería realista, que manda el coronel don Víctor Sierra, abandona el campo de batalla.

Barreiro se ve envuelto. A la cabeza de un regimiento corre en persona a reparar el daño que le ocasionan nuestros batallones tras el fracaso de su caballería; pero Anzoátegui carga y desordena el regimiento. Partida en varios trozos la línea de batalla del ejército realista, sus veteranos luchan todavía con bravura, pero con desconcierto. Toda la línea retrocede empujada con violencia por nuestras bayonetas y por el bote de las lanzas. Barreiro, desesperado, trata de ganar otra altura que le queda a la espalda y restablecer en ella la batalla. Inútil es su empeño: nuestros caballos se lo impiden, rompen y pisotean las filas españolas, el ejército se abate y la derrota, contenida un instante, se declara violenta, estrepitosa.

Espada en mano, defiéndose, frenético, Barreiro con un puñado de valientes, en medio al huracán de la derrota: es aquella su última protesta; su ejército vencido, roto y acuchillado rinde las armas y se entrega sumiso a la clemencia del vencedor. Cuando acontece la catástrofe, cien manos codiciosas de gloria se extienden sobre el brioso Brigadier que tan ardientemente busca la muerte, sin que la muerte acceda a su solicitud: todos ansían rendirle. Un soldado de *Rifles*¹ le arrebató la espada, y Barreiro, jadeante y cubierto de sangre, queda prisionero.

Había perdido la batalla, no la honra... ¡Le esperaba el patíbulo!

A tiempo que la segunda división republicana vencía completamente al centro y retaguardia del ejército español, Santander a su turno, después de repetidos y recios embates contra los cuerpos de vanguardia, logra forzar el puente, gana la repelente altura que ocupa el enemigo, lo arroja con estrago de tan favorecida posición, lo corta, lo atropella, le arrebató banderas y caballos, lo rinde a su pujante y completa la espléndida victoria.

[1]_ Pedro Martínez.

XXVIII

Con Barreiro y Jiménez quedaron prisioneros 1.600 soldados y casi todos los coroneles, mayores y oficiales del destrozado ejército español. Y todo el armamento, y municiones y caballos; cañones y banderas quedaron en el campo. Y el escudo roto, y en pedazos el cetro colonial. Bolívar se descubre y saluda a Colombia. Boyacá coronaba la más rápida a la par que gloriosa de todas sus campañas. El sueño de Casacoima estaba realizado en su primera parte. Era libre el pueblo granadino.

Tres días después de aquella gran victoria, Bolívar entraba a Bogotá, abandonada con precipitación por Sámano y sus tropas; ponía las bases que habían de sustentar la gran República; alteraba el mapa de la América y marcaba con su espada de fuego los límites inmensos de Colombia.

Carabobo

(24 de junio de 1821)

I

Colombia, la aspiración grandiosa del genio de Bolívar, era una realidad.

Hija del heroísmo, concebida en el seno de las tempestades al eléctrico resonar de los clarines, entre el fragor de las batallas, los rugidos del león soberbio, dominador del Nuevo Mundo y los himnos triunfales de un pueblo bautizado hasta el martirio por la idea redentora de independencia y libertad, había surgido altiva, como deidad terrible, coronada la frente de sangrientos laureles, y armada de la noble potencia de su virilidad y sus derechos, del surco ardiente de la guerra en el campo inmortal de Boyacá.

Sobre el rico trofeo de cien victorias, descollaba, con proporciones gigantescas, entre las nacientes Repúblicas americanas: su porvenir estaba lleno de promesas: su nombre, al par que sus hazañas, era timbre de orgullo para los pueblos del Nuevo Continente; y al amparo de su ejida, nuevas fuerzas y brío y mayor ardimiento cobraban las aspiraciones y los nobles propósitos de los sostenedores de aquella cruenta lucha contra el poder dominador de la Metrópoli.

Apenas en su aurora, la viva luz que difundía aquel astro radiante, prometía no eclipsarse jamás.

No obstante, la lucha desastrosa empeñada hacia ya tantos años, continuaba con creciente calor; vilipendiada a la par que combatida siempre por sus implacables enemigos, Colombia se ostentaba orgullosa en

medio al huracán que se esforzaba en abatirla. Apenas si podía dar un paso en el camino de su engrandecimiento, que no fuera apoyada en su robusta espada, que no hubiera menester abrirse campo con el fuego de sus cañones. Su imperio se extendía sobre ruinas humeantes, sobre campos desiertos, sobre doscientos mil cadáveres que clamaban venganza, sobre un suelo estremecido de continuo por el sacudimiento de las batallas.

Once años de perenne combate, de perseverante osadía, de continuados sacrificios, en que a la vez se sucedieran nuestras victorias y desastres, contaba ya el gigantesco duelo que en el seno del mundo americano sostenían con la dominadora España sus rebeldes colonias. Nada se había negado para mantener en combustión perpetua la inmensa hoguera que alimentaba el fuego sagrado del patriotismo. Reposo, privilegios, riqueza, hogar, caros afectos, delicadezas del corazón, altivas inclinaciones del espíritu, arraigadas preocupaciones y hasta el mas puro de los dones celestes que ennoblecen al hombre: ¡sublime caridad! todo se había ofrendado en aras de la patria. Ruina y desolación ostentaban nuestras ciudades, nuestros campos; la ruda ortiga medraba sobre la espiga bienhechora; el sol se reflejaba entre charcas de sangre y no había sitio donde la esquiva claridad de la luna no reposase sobre esparcidas y blancas osamentas.

Una generación de héroes había quedado sepultada bajo los cascos del caballo de Boves.

Entre los debates turbulentos de la *Junta Patriótica*, constituida en Caracas en los primeros días de la Revolución, y el acto solemne del Congreso de Angostura al proclamar la Gran República, mediaba una inmensa distancia.

La aglomeración de los acontecimientos y la rapidez vertiginosa con que se sucedieran, habían producido el fenómeno de que los días, apenas transcurridos, apareciesen como años, y, estos, como siglos.

Colombia vislumbraba al 19 de Abril de 1810, entre las sombras de un remoto pasado. Aún vibraba colérica la voz de Rivas en Maturín y en Urica, y ya por mitológicas pasaban las proezas del vencedor en la Victoria.

En el rápido torbellino en que giraban aquellos infatigables lidiadores, a quienes la muerte sorprendía de ordinario al apuntar el bozo y ceñirse los primeros laureles, contar treinta años era alcanzar la senectud.

Los héroes de Taguanes, Araure y San Mateo, a pesar de su impetuosidad y robustez, se reputaban como ancianos: Bolívar contaba apenas siete lustros y, tanto como por sus glorias, se le consideraba y respetaba ya por su longevidad.

Pasmosa rapidez aquella, que no daba vagar, que mellaba los más templados caracteres y agotaba el aliento de los más esforzados.

Empero, tanta perseverancia y tan costosos sacrificios no habían de ser estériles; para teñir de púrpura la aurora de aquel gran día del definitivo afianzamiento de nuestra independencia, por todos esperada con anhelo tras una noche de tres siglos, mucha sangre generosa había sido indispensable derramar, pero la aurora tan deseada iba a lucir al fin en los horizontes de la Patria.

II

Boyacá había reconquistado nuestra preponderancia en el territorio granadino: al amago de nuestras bayonetas retrocedía el ejército español dejándonos en posesión completa de casi todas las provincias del Virreinato de Santa Fe, y fraccionado corría a guarecerse entre las plazas fuertes de Cartagena y Santa Marta o se internaba al Sur, buscando apoyo en los realistas poseedores de Quito.

La base de operaciones de los independientes había adquirido tan extraordinaria latitud que parecía difícil conservarla. Los distintos cuerpos

del ejército combatían o maniobraban a distancias inmensas. Entre Bermúdez, que sostenía la guerra en las provincias orientales de Venezuela, y Montilla, que combatía en las márgenes del Magdalena, mediaba una distancia aproximada de cuatrocientas leguas. Semejante amplitud en las operaciones de un reducido ejército, dadas entre otras circunstancias que se oponían al desempeño de los mejores planes, las especiales de nuestra topografía: con sus vastos desiertos, sus inmensas montañas, sus caudalosos ríos; y la escases de población y la ausencia completa, las más veces, de vías de comunicación y de recursos para vencer tantas dificultades, habrían hecho impracticable las combinaciones políticas y militares, sin el genio esclarecido de Bolívar y la infatigable movilidad de espíritu y de cuerpo de aquel atleta dominador de imposibles, rápido como el rayo, y perseverante en sus propósitos como las leyes inmutables.

Adquiridas ventajas tan trascendentales para la causa americana, cual lo fueran el aniquilamiento de Barreiro y la ocupación de Bogotá; el Libertador no se detiene en el vecino Estado sino el tiempo indispensable para formar la base de su nueva organización. Perseverante, como siempre, sin dar tregua a la ruda fatiga, sordo al arrullo de la lisonja y esquivo a los halagos y la embriaguez del triunfo, retoma a Venezuela tramontando los Andes, desciende el Orinoco hasta Angostura, proclama a Colombia por un decreto del Congreso y dicta y pone en práctica las medidas conducentes a una nueva campaña.

Montilla va a invadir el Magdalena: Urdaneta marcha a tomar el mando de las tropas reunidas en Cúcuta: Soublotte remonta el Orinoco con una fuerte división; y Mires y Valdez se adelantan sobre Sogamoso.

Bermúdez, entretanto, apoyado por Cedeño, Monagas y Zaraza, aviva el fuego de la lucha en las provincias orientales, mientras que Páez en las llanuras del Apure y Barinas, centro de operaciones contra el grueso del ejército expedicionario regido por Morillo, despliega sus dotes militares

y en constante inquietud y enojosa perplejidad mantiene en jaque a su formidable contendor.

Trece días le bastan a Bolívar para efectuar tales aprestos: su previsión le impulsa a aventajarse al tiempo con la rapidez de sus operaciones, a violentar los acontecimientos y a forzar la rotación de los sucesos para llegar más presto al definitivo desenlace, que presiente próximo y glorioso para la amada Patria. Nada es capaz de detener el vuelo de su pujante voluntad: ante aquel propósito inmutable desaparecen las distancias, se aplanan las montañas, simples arroyos parecen los caudalosos ríos y trillados caminos las quebras de los montes y el escabroso lecho del torrente. Aquella pasmosa rapidez de movimientos y de designios dan a Bolívar la ventaja en toda circunstancia: cuando apenas se le cree en Angostura ya trepa de nuevo su caballo, con asombro de Morillo, y fija el rumbo a Bogotá, las empinadas cumbres de las sierras andinas: y Sámano y los suyos que le suponen lidiando en Venezuela, se encuentran de pronto amenazados por la espada de fuego de aquel terrible arcángel.

III

A pesar de los obstáculos de todo linaje, con que el esfuerzo y la tenacidad de los jefes realistas embarazaban la marcha progresiva de la Revolución y su creciente desenvolvimiento, nuestras conquistas para 1820 eran trascendentales y de incontestable valimiento. Venezuela se había unido a su vecina hermana bajo el fulmíneo casco de Colombia. Nuestra fuerza moral era imponente. Nuestro ejército probado en cien batallas, aunque escaso en número, era disciplinado y aguerrido. Nuestros generales, así como nuestros magistrados, habían cobrado experiencia y alcanzado con la continua rotación de los sucesos, la altura indispensable al puesto que ocupaban y la prudencia tan necesaria así en la guerra

como en las emergencias de los negocios públicos. La serenidad y el frío cálculo habían vencido y dominado el atolondramiento, la irreflexiva impetuosidad y las jactanciosas pretensiones que, junto con el antagonismo de intereses y posiciones tan funestos resultados dieran más de una vez en los primeros tiempos de la Revolución. Una sola voz, un solo pensamiento dirigía aquel conjunto de homogéneos propósitos, antes de aspiraciones turbulentas y de intereses encontrados, entonces sometido a una sola ley, a una sola voluntad: voluntad por todos acatada y, estimada por todos, como imprescindible.

Para 1820, España, respecto al sometimiento de sus colonias, comenzaba a dudar, y nuestro pueblo, esquivo largo tiempo al sagrado propósito de sus libertadores, se inclinaba a creer en las promesas de los nobles apóstoles de la libertad y del derecho americano. Lo que al principio aparecía como insensato, era admitido ya como factible. El cañón, más elocuente que la prédica, había llevado la convicción adonde no había alcanzado el entusiasmo. Nuestros contrarios, alarmados, habían dejado de tratarnos con el desprecio que por tantos años afectaran. Los calificativos poco lisonjeros y los dicerios injuriosos con que su vanidad nos regalaba, disminuían en razón del incremento de la revolución y de nuestras repetidas victorias. Bolívar había dejado ya de ser el monstruo que rezaban los partes dirigidos a la corte de España: era un Caudillo sin segundo, un General experto, un hombre prodigioso a quien la fortuna cortejaba solícita y de quien eran de esperarse todas las manifestaciones que solo se conceden al genio. El respeto, como se ve, se había sustituido al desprecio. Las turbas se habían convertido en ejército, y ejército digno de competir con los más esforzados y brillantes de su Majestad Fernando VII¹. Nuestras pretensiones no eran vanas quimeras, la revolución había resistido el

[1]_ Frases de Morillo.

degüello a que la sometieran sus contrarios, y, cada vez más fuerte y más robusta, a pesar del copioso raudal de sangre generosa que brotaban sus múltiples heridos, crecía amenazadora a medida que se mellaba el sable y se debilitaban los esfuerzos de aquellos que con tanta crueldad la combatían. España, en su propósito de someter a la rebelde Venezuela al yugo colonial, había agotado cuantos medios violentos le había sugerido la ferocidad de las más exaltadas pasiones; la represión salvaje, el cauterio inquisitorial, el hambre, el hierro, el fuego, la perfidia con sus garras ocultas, el verdugo disfrazado de amigo. Pero el terror y la crueldad habían sido ineficaces. En vano se condenaban a la mendicidad y al desamparo las familias de los tachados de rebeldía; en vano se exhibían en las encrucijadas de los caminos públicos, en las plazas de las aldeas y en las puertas de las ciudades principales, cabezas cortadas por los verdugos, brazos y piernas y esqueletos pendientes de los árboles, clavados sobre picas o encerrados en jaulas, para defenderlos de las aves de presa, y prolongar el espanto que deseaban infundir entre la multitud. La cabeza de Ribas estuvo exhibida por cuatro años en una de las llamadas puertas de Caracas. Y nada fue bastante a detener el impulso que impelía a Venezuela a su emancipación; las medidas violentas se desprestigiaban y agotaban, y otros medios más hábiles fueron puestos en práctica a ver de contener por la conciliación lo que no pudo alcanzar ni la violencia ni la crueldad.

IV

Riego y Quiroga proclamando en Cabezas, la Constitución del año 12, ayudan eficazmente y apresuran sin quererlo, el triunfo definitivo de la Revolución americana.

La aspiración a un bien común, no importa quiénes sean los que pretenden alcanzarlo, ni el relativo antagonismo de miras y propósitos que

pueda separar sus intereses; establece una tácita alianza, difícil de romper, y aun más difícil de hacer nulas, para una de las partes, las ventajas que se derivan de un impulso justificado y colectivo.

La libertad proclamada en España, en el seno mismo de los acantonamientos de las tropas expedicionarias con destino a reforzar en Venezuela el ejército de Morillo, a par que abate el despotismo y coloca bajo la égida de instituciones liberales el porvenir político de la Península, favorece en América la transformación republicana de las colonias españolas.

Fijo, no obstante, como siempre, el gobierno de la Metrópoli, en el propósito de conservar a la corona sus posesiones de ultramar, se apresura, recién jurada la Constitución, a restablecer su quebrantada autoridad en las colonias; pero descaminado respecto al verdadero espíritu de la Revolución americana, creo allanable por la conciliación lo que vanamente por las armas se había empeñado en reprimir.

En tal sentido, la promesa de instituciones liberales y de una amplia amnistía, junto con el ofrecimiento de dignidades y empleos para los jefes insurgentes que sostenían la guerra en Nueva Granada y Venezuela, fue el primer paso de las Cortes en el camino de un avenimiento entre la Madre Patria y sus rebeldes hijos; y, con tal fin, encárgase a Morillo la pacificación de las provincias sublevadas por medio de la conciliación de tan encontrados intereses.

La nueva inesperada de sucesos tan extraordinarios, como los que se efectuaran en España, produjo en sus colonias una profunda conmoción, no exenta de desaliento y de despecho, entre los sostenedores del principio monárquico absoluto y de la integridad del territorio sometido por los conquistadores al cetro de Castilla. Aquel insigne triunfo de las nuevas ideas sobre el absolutismo, triunfo reputado por el pueblo español como la más gloriosa de sus victorias cívicas; desprestigia en

América el poderío de la corona y sus augustos fueros; no solamente entre las clases inferiores poseídas las más de fanático realismo e incapaces de suponer nada tan alto y poderoso como la voluntad de sus monarcas; sino aun entre aquellos mismos más esclarecidos a quienes era fácil concebir la trascendencia de un cambio tan favorable a sus personales intereses.

Por lo que hace a los independientes, la noticia de la revolución efectuada en España fue acogida como una prenda anticipada de la victoria definitiva de su causa.

Morillo, por su parte, a quien el cambio radical de la política sorprendía en medio a los conflictos de la más embarazosa situación; y en momentos en que esperaba, para salir de ella, con probabilidades de buen éxito, los refuerzos de tropas que le habían sido prometidos; acoge con frialdad la decisión del Gabinete de Madrid; y presumiendo todas las desventajas a que debía exponerle tan extraordinario proceder, retarda, en lo posible, el juramento de la constitución y el mandato de las Cortes. Pero por más empeño que pusiera en aplazar tales medidas, hubo al fin de ceder, mal de su grado, y después de proclamar solemnemente el Código político de la monarquía española, propone a los jefes republicanos una suspensión de hostilidades, mientras comisionados especiales exploraban la voluntad de Bolívar y los altos designios del Congreso.

V

Destemplada y altiva fue la respuesta que recibiera el Pacificador de los jefes a quienes dirigió sus primeras insinuaciones y de los altos magistrados de la República; no obstante, no fue motivo a detenerle en el camino de un arreglo de cuyo avenimiento esperaba salir airoso de su difícil y ya falseada posición.

El Congreso se había limitado a manifestarle por medio de su presidente Peñalver: “Que deseoso de establecer la paz, oíría con gusto todas las proposiciones que se hicieran de parte del gobierno español, siempre que tuviesen por base el reconocimiento de la soberanía e independencia de Colombia”.

Bolívar no fue menos explícito: sin detenerse a esperar los comisionados españoles que se dirigían a su cuartel general de San Cristóbal, emprende un proyectado viaje al Magdalena y da plenos poderes a Briceno Méndez y a Urdaneta para rechazar, como injuriosas al par que inadmisibles, las proposiciones de Morillo.

“La guerra, pues, dice Baralt, al apreciar en su historia estos sucesos, la guerra debía continuar entre la madre patria y la colonia, porque esta rehusaba someterse; pero los pasos que dio Morillo para la reconciliación fueron seguidos de un importante resultado, cual fue el de aumentar el partido republicano en Venezuela, presentándolo a los ojos de los extranjeros y de los realistas mismos con una importancia que hasta entonces hiciera esfuerzos por disimular en lo posible. Desde luego, los términos en que escribió el jefe español a los caudillos republicanos fueron comedidos y urbanos; a todos ellos, así como al Congreso, les dio los títulos que por sus grados y funciones les correspondían: y no fue pequeño el interés que mostró por alcanzar de ellos, antes que todo, la suspensión de las hostilidades. Muchos americanos egoístas y cobardes a quienes el temor o la mejor fortuna de los realistas retenían en sus filas vieron entonces claramente la fuerza física y moral de aquellos hombres llamados hasta entonces rebeldes, sin unión, sin habilidad y sin poder. Húbolos que comenzaron a vacilar en sus opiniones al ver posible y casi verosímil el triunfo de una causa que hasta allí consideraran quimérica. Otros, que acostumbrados en su profunda ignorancia a reverenciar el despotismo tenían por impíos los gobiernos republicanos de América, empezaron a mirarlos con menos ojeriza, desde que en España apare-

cieran proclamados los principios liberales. Y muchos militares expedicionarios adictos de corazón a estos principios, cansados de la guerra y ansiosos por volver a la regenerada patria, o se fueron o siguieron tibios y descontentos una contienda injusta a todas luces”.

Dado el desprendimiento e ingénita altivez de los independientes, las proposiciones de paz dirigidas por Morillo, bajo la expresa condición del *reconocimiento de la soberanía de España*, eran de todo punto inadmisibles y de consiguiente impracticable toda avenencia entre los contrapuestos intereses de los beligerantes; pues, ¿cómo imaginar siquiera, que después de haber alcanzado el partido republicano ventajas tan efectivas y trascendentales, pudiera desconocerlas e inclinar la frente coronada de envidiables laureles, ante un poder en decadencia cuya fuerza moral mermaba en proporción al incremento que tomaba la Revolución y a la solidez con que se afianzaba en el país el Gobierno republicano? Y si menos favorable para la causa americana se hubiera manifestado la fortuna, ¿cómo olvidar aquellos hombres que, al logro de una idea todo lo habían sacrificado, la tremenda responsabilidad que pesaba sobre ellos, si no salían airosos, o con la vida pagaban los tormentos a que por vano empeño sometieran su patria?

VI

Un mar de sangre separaba la América española de su antigua y pertinaz dominadora; intentar siquiera atravesar sus encrespadas ondas era entrar en gran riesgo de perder con la vida la honra, aun más preciosa, para quienes rendían al honor y a la patria un culto reverente. Placentero es repetirlo, y repetirlo con satisfacción: los halagos de España no encontraron cabida en uno solo de los sostenedores de aquella lucha homérica. A pesar de todas las miserias y de todas las dificultades a que

tantas veces se viera expuesta en Venezuela la causa de los independientes; ya por la impericia de sus primeros directores, o por las turbulencias sediciosas que tanto embarazaron el desarrollo franco y progresivo de aquel largo proceso; la revolución se había mantenido honrada. Si el poder discrecional le fue a Bolívar disputado en los principios de su preponderancia militar, no fue móvil mezquino de aviesos intereses personales, el que indujo a sus émulos a tan injustificable sinrazón; los que así procedieron, ansiaron el poder únicamente por la gloria de acaudillar el movimiento regenerador, sin pensar jamás en los proventos que pudieran redundar de la suprema dirección de la República. En el desprendimiento de los intereses materiales estribó la mayor fuerza de aquellos nobles lidiadores. Sus miras se fijaban más altas. Se ambicionaba gloria, no riquezas. Los concusionarios, si los hubo, rarísimos, quedaron deshonorados; cual llama abrazadora, el desprecio público pasó sobre ellos, los convirtió en cenizas: cenizas que esparció el viento y que aún desprecia la posteridad.

La aspiración moral mataba toda tendencia material.

Aquel heroico ejército, sometido a todo género de penalidades; sin paga de ordinario, desnudo casi siempre, y a menudo sin pan, no profería una queja, y lleno de entusiasmo, moría vitoreando la patria, sin cuidarse de sus propias miserias.

Ser el más bravo, el más abnegado, el más heroico era preferible a ser el más acaudalado.

El orgullo era noble, la ambición generosa. De ahí la pujante virilidad de aquella generación que hizo prodigios, armada con la espada de los héroes, aunque cubierta con los harapos del mendigo.

VII

Palpable el incremento que con solo el amago de las negociaciones había cobrado la Revolución, no se le ocultan al Libertador las ventajas inmensas que podía derivar de un estado de cosas tan pernicioso a sus contrarios; por lo que apenas de regreso a su Cuartel General de San Cristóbal, propone al Pacificador reanudar las interrumpidas negociaciones para tratar del propuesto armisticio, siempre que se le concedieran a Colombia, las garantías y seguridades que tenía derecho a exigir, sin que por esta insinuación se considerasen suspendidas las hostilidades; y acto continuo, sin esperar respuesta, marcha en persona a la cabeza de su guardia sobre la división de Tello, quien evacúa a Bailadores y a Mérida, dejando el paso franco a los independientes.

Murillo se apresura a tratar con el Libertador; le envía nuevos comisionados y se mueve con parte de su ejército hacia las provincias invadidas recientemente por Bolívar. Este ocupaba a Trujillo; el generalísimo español, se interna hacia Carache. Ligeras escaramuzas se traban entre los cuerpos de vanguardia del ejército realista y algunas de las audaces guerrillas de los republicanos. El Libertador toma posiciones en Sabana Larga, tres leguas a retaguardia de la ciudad que antes ocupara. Morillo fija en Carache su Cuartel General, y de común acuerdo las hostilidades quedan suspendidas. Los comisionados enviados al efecto por la Junta de pacificación constituida en Caracas, se avistan en Trujillo con los nombrados por Bolívar, y dan principio a aquella larga serie de conferencias llenas de interrupciones y de dificultades opuestas de ambas partes, que dieron al fin por resultado un armisticio de seis meses, mientras se ajustaban las negociaciones conducentes a la paz, y el convenio filantrópico de regularización de aquella guerra de exterminio, que tanta sangre y lágrimas nos hizo derramar. Convenio calificado por

Bolívar de *verdaderamente santo* y con ardiente anhelo propuesto por el caudillo americano a su generoso contendor, en el sitio mismo, donde forzado por la impulsión vehemente de las necesidades de la época, lanzó a todos los vientos, como lenguas de fuego, las terribles palabras consignadas en el decreto aterrador de 1813.

Coincidencia providencial aquella, que redime a la patriótica Trujillo del funesto renombre alcanzado en los primeros abrasadores tiempos de la ensañada lid.

De cruel, Trujillo se convierte en magnánima, y el recuerdo inolvidable de su segunda popularidad, mitiga la impresión dolorosa y aminora el espanto a que debió su primitiva nombradía.

Sellados por los plenipotenciarios los arreglos indispensables para dar comienzo a una negociación de suyo impracticable, llevose a efecto la famosa entrevista de Santa Ana entre aquellos dos hombres que con recíproca crueldad y con no menos furia e igual tesón y valentía habían combatido tantos años por tan opuestos intereses. Allí, sobre aquel campo declarado neutral, inermes y olvidando quisquillas y rencores, se avistaron aquellos dos campeones, hermanos por la sangre, enemigos acérrimos por la discrepancia de ideas. El viejo león íbero y el gallardo adalid de la joven Colombia, se contemplaron con orgullo, y generosos prestaron homenaje al renombre glorioso de la patria, en el mutuo heroísmo de la soberbia España y de la altiva nación americana.

Después, para no verse más sobre la tierra, se separaron llevando de aquel día recuerdo inolvidable, mas poseídos a la par de extraños y muy distintos sentimientos: Morillo, bajo el peso de frustrada esperanza, convencido de la imposibilidad de restituir a la corona la presa disputada por el cóndor americano: Bolívar, satisfecho de sí, y viendo descorrerse ante la América el velo de su cautividad para abrir campo al fecundante sol del porvenir.

VIII

Penetrado Morillo de lo infructuoso de cuantos sacrificios pudiera hacer España en lo sucesivo, para someter la insurrección americana y temeroso de encontrarse en la conflictiva situación de ver desaparecer de entre sus manos la presa que se le había ordenado defender, optó por separarse de la liza antes que al duro trance le llevarsen los acontecimientos que su sagacidad y experiencia preveían como inevitables.

Vanas fueron cuantas demostraciones hicieran al Pacificador los partidarios de la causa de España para conservarle al frente del ejército; irrevocable en su propósito, Morillo, no cedió ni a ruegos ni a amenazas, antes bien aceleró su marcha, y el 17 de diciembre de 1820 abandonó el país, confiando al general La Torre el mando del ejército y la suprema dirección de la guerra.

La separación del teatro de la guerra de un Jefe de las relevantes condiciones de Morillo, en circunstancias tan delicadas para los intereses de la corona, produjo notable desaliento entre los más exaltados realistas, y amenazó de funestos trastornos la indispensable unidad que más que nunca requería el mando supremo de las tropas del rey, diseminadas en la vasta extensión de Venezuela. Pues, si era notoria la idoneidad del general La Torre para el desempeño de tan difícil cargo, no por ello se vio menos exento de tropiezos, debidos los más a la rivalidad que despertó su encumbramiento entre algunos de sus subordinados, los que creyéndose con mejores títulos para merecer puesto tan elevado, se declaraban víctimas de una cruel injusticia y trabajosamente prestaban obediencia a quien no reputaban más que ellos rico en merecimientos: emulación mezquina, torpe y solapada cuyo centro y principal atizador era Morales, el canario de funesto renombre, el sanguinario compañero de Boves, más que su antiguo Jefe cruel y despiadado, sin ninguna de

las dotes muy altas de caudillo que distinguieran al terrible asturiano, y desde el punto de vista de la conveniencia y del decoro, el menos digno de merecer el puesto con tanto empeño por él ambicionado.

Era, empero, La Torre, un general de no escasa valía, a quien no fueron parte a embarazar en sus propósitos la rencorosa hostilidad y la tibieza de tan peligroso rival; la ruptura inesperada del armisticio le encontró fuerte y decidido a perseverar en el propósito de someter por las armas la rebeldía de los independientes, y en capacidad de afrontar el vigoroso empuje de Bolívar y su probada habilidad.

IX

Valeroso y disciplinado era el ejército español y superior en número al que el Libertador podía oponerle a pesar de las favorables circunstancias que avigoraban la causa republicana, y la popularizaban hasta entre sus mismos y más esforzados opositores.

No obstante, las ventajas y desventajas de los opuestos bandos podían equilibrarse; si en el realista prevalecía por el momento la fuerza material, campeaba en su contrario el entusiasmo y la fuerza moral de todo un pueblo identificado en una misma aspiración. Para cada una de las bayonetas de que La Torre disponía, diez corazones resueltos a sacrificarse por la patria podían oponerle los independientes.

Con creciente rapidez acercábase el desenlace de aquel sangriento duelo, reñido con el mismo furor hacía ya tantos años; y a nadie se ocultaba, que había de ser ruda y decisiva la próxima batalla que se libraba en Venezuela.

Creíase el general La Torre bastante fuerte para no rehuir un decisivo encuentro, y obtener el triunfo: Bolívar por su parte, abrigaba el convencimiento de haber atado la victoria al puño de su espada; su

propia superioridad sobre Latorre la sentía, y con razón; la revolución que acaudillaba no podía haber vencido cuantos obstáculos se le habían enfrentado en su afanosa marcha, para plegar de súbito sus alas gigantescas, y caer abatida ante el último de los inconvenientes que a su completo triunfo le oponía la Metrópoli; ni menos era de esperarse que, sin mayor razón, se eclipsase de improviso el genio singular que hasta entonces la había presidido. Para Bolívar, no existía una sola duda, respecto del éxito feliz de sus afanes, que pudiera erguirse, siquiera vergonzante, ante su fe profunda. La Torre no era ya una amenaza para la causa americana, como lo fueron sus predecesores, era un inconveniente más para llegar al fin, y Bolívar tenía la persuasión de que sabría vencerlo.

Semejante convicción no debe aparecer como la expresión de un vano orgullo. No, para llegar a aquel razonamiento, altas cimas había sido indispensable dominar, y los hechos con su severa lógica estaban de su parte.

En su larga carrera, Bolívar, había pugnado con dos hombres verdaderamente notables por las condiciones especiales que los distinguieron en aquella guerra desastrosa, y ambos habían desaparecido del palenque sin haber logrado dominarle. En Boves había combatido al sectario de sus propias creencias, al hombre de la naturaleza, al torbellino de las pasiones de la época, con todas las iras y arrebatos de una ambición ardiente, con todo el arrojo de un carácter resuelto y exaltado y toda la pujanza y valentía del león. En Morillo había luchado contra el renombre glorioso, la pericia militar, el ardor reflexivo y la ordenada impetuosidad de un capitán experto y temerario a la vez que prudente, sometido a las reglas que prescribe la disciplina hasta encadenar su genial intrepidez a las severas prescripciones de la táctica; tan rudo como hábil, de propias ideas, de no escasas aptitudes para el desempeño de la empresa que se le había confiado, sagaz, cruel, arrebatado, perseve-

rante, sin dotes de caudillo, pero terrible e indómito soldado. Boves representaba en todas sus facetas la contrarrevolución, la América colonial con todos los vicios originados por una larga servidumbre y todos los rencores latentes entre los hijos de un mismo suelo dominados por contrapuestos intereses.

Morillo era el sucesor de Hernán Cortés y de Pizarro, de Garci-González y de Almagro: era la conquista, era la supremacía de la madre-patria, era España, en fin, con todos sus arraigados títulos, sobre la tierra conquistada, con todo su desprecio por los derechos del pueblo americano, con todo el desnivel por ella establecido entre siervos y señores, con toda la presunción de su preponderancia secular y toda la rudeza de su mano de hierro.

Sin carecer de relevantes condiciones personales, La Torre no alcanzaba la talla de sus antecesores; era el postrer esfuerzo de un brazo fatigado, la última hebra del cable ya deshecho, que sujetara a España la rebelde colonia.

Persuadido Bolívar de lo infructuoso de las abiertas negociaciones y de la manifiesta imposibilidad de llegar a un arreglo definitivo que conciliase los intereses de ambas partes: desde el momento en que las pretensiones de la una minaban por la base las aspiraciones de la otra, y viceversa, pues que ambas se habían encastillado en dos extremidades diametralmente opuestas: *sometimiento a la soberanía de España y reconocimiento de la independencia de Colombia*, no descuidó su propia conveniencia, antes bien, supo aprovechar la circunstancia favorable del armisticio para robustecer sus fuerzas y estar presto a la guerra, de suyo inevitable, pues no abrigaba duda, de que solo la suerte de las armas, como supremo árbitro, habría de decidir al fin la reñida contienda.

La expectativa, empero, no fue de larga duración; una circunstancia ajena acaso a las insinuaciones de Bolívar, pero que él no dudó en apro-

vechar, pasando por sobre lo prescrito en el convenio de Trujillo que religiosamente hasta entonces hubieran respetado sus contrarios, resuelve la cesación del armisticio.

Fue aquella circunstancia, el pronunciamiento de la ciudad de Maracaibo por la independencia, y la ocupación de aquella importante plaza militar por tropas republicanas, contra el tenor expreso del tratado vigente. La Torre reclama con justicia la reintegración a sus banderas de la plaza ocupada. Bolívar se niega abiertamente, y de hecho, el armisticio queda roto.

X

Breves días duró la suspensión de las hostilidades acordada en Trujillo: tregua tan desastrosa para España como benéfica para las armas de Colombia. La guerra enciende de nuevo su destructora tea, el rayo vibra, y en la vasta extensión de Venezuela dilata el trueno sus fragorosas resonancias.

No obstante, la súbita ruptura del armisticio, acogida con férvido entusiasmo por los independientes, fue como el despuntar de una risueña aurora para la causa americana.

Tras las espesas nubes que oscurecieran hasta entonces los horizontes de la patria, aparecen los primeros destellos de un sol resplandeciente que todo lo ilumina, lo exhibe y magnifica con sus brillantes resplandores. Los bandos enemigos se miran sin el pasado enojo y se contemplan con admiración. No ya más lucha entre tinieblas aglomeradas por el odio: las sombras huyen avergonzadas y con ellas desaparecen las escenas terribles, el furor fratricida y la saña mortífera que alimentaran en su seno. La tierra absorbe la sangre derramada y el yermo campo reverdece y produce laureles. La espada de los héroes luce ante el nue-

vo sol, resplandeciente y sin manilla; y el mismo ronco estrépito del bronce formidable que truena en las batallas, pierde la lúgubre y aterrador resonancia de los pasados tiempos. Solo el acaso es responsable de la sangre que se derrama en los combates. La generosidad tiende al rendido su manto protector: la caridad reparte por igual sus piadosos afanes. El Júpiter Tonante se transforma en dios pío, arroja al polvo, con manifiesta repugnancia, el rayo vengador que los rigores de cruel necesidad colocaran en su mano; y en toda la esplendidez de su grandeza sobrehumana, se exhibe incomparable.

“Sabed, dice a sus tropas el héroe americano al abrirse de nuevo la campaña, sabed que el gobierno os impone la obligación rigorosa de ser más piadosos que valientes... Sufrirá pena capital el que infringiere cualquiera de los artículos de la regularización de la guerra. Aun cuando nuestros enemigos los quebranten, nosotros debemos cumplirlos para que la gloria de Colombia no se mancille con sangre”.

XI

De mutuo acuerdo, las hostilidades debían recomenzar el 28 de abril de 1821.

A pesar de las bajas sufridas por el ejército español, La Torre contaba todavía con 11 mil soldados resueltos, disciplinados y aguerridos.

El Libertador, con inferior número de tropas aunque superior a su contrario en genio y en prestigio, se apresura a abrir aquella nueva y gloriosa campaña, fortalecido con su fe inquebrantable, y decidido, más que nunca, a arrebatar a la victoria el triunfo definitivo y la completa independencia de Colombia.

Con la rapidez indispensable a sus designios pone por obra una de esas operaciones militares en que se juega el todo por el todo en el rojo

tapete de la guerra; y al efecto hace converger todas las divisiones de su ejército, diseminado en Venezuela, al punto donde espera librar una batalla decisiva. Desde su cuartel general de Boconó prescribe que el ejército de Oriente, mandado por el intrépido Bermúdez, y bajo la inmediata dirección del General Soublotte, vice-presidente de Venezuela, abra campaña sobre la capital, invadiendo por los valles de Barlovento la importante provincia de Caracas: a Zaraza y Monagas que con las caballerías del Alto-llano, muevan guerra en las comarcas de Calabozo; y Urituco: a Urdaneta que reorganice su división en Maracaibo y acometa a Coro; y finalmente, que el coronel Carrillo con las tropas de Reyes-Vargas y las milicias de la provincia de Trujillo, se apodere de Barquisimeto y del Tocuyo.

Tomadas estas disposiciones, el Libertador vuela a Barinas, inspecciona los acantonamientos de sus tropas, baja luego hasta Achaguas, avístase con Páez y activa con el heroico caudillo de las pampas la movilización del aguerrido ejército de Apure.

Entretanto, Santander, y Torres y Montilla en la Nueva Granada, y Sucre en Guayaquil, puesto ya el pie seguro sobre el primer peldaño de la alta escala de su futura gloria, obedecen la voz que los impulsa a avivar el fuego de la guerra en el Sur y Occidente de Colombia.

Por lo que hace al General La Torre, la posición que ocupaban sus tropas, era más circunscrita, y, de consiguiente, menos difícil en tiempo dado, la pronta reconcentración de los diversos cuerpos de su ejército, pues con exclusión de los batallones que guarnecían a Cumaná, los otros cuerpos se mantenía en constante comunicación. Morales, su vanguardia, fuerte de 5.000 soldados de todas armas, ocupaba a Calabozo y sus alrededores, mientras que las otras divisiones cubrían a Araure, Caracas y San Carlos, plaza esta última donde La Torre había fijado su cuartel general.

Dispuesto a abrir personalmente la campaña, el Libertador torna a Barinas con algunos batallones de su guardia; dirige los últimos aprestos, y en repetidas proclamas atribuye a sus contrarios la responsabilidad de la sangre que va a correr de nuevo.

XII

Atento, como siempre, el Generalísimo español a los movimientos de Bolívar, no se le ocultan los designios de tan peligroso contendor; por lo que obrando con acierto, se propone frustrarlos tomando resueltamente la ofensiva. En los primeros días del mes de Mayo, sale de San Carlos a la cabeza de 2.003 combatientes; incorpora en Araure la 5ª división y, después de ordenar a Morales tener en jaque a Páez amenazándole con pasar el Apure, se disponía a marchar sobre Bolívar, cuando llega a su noticia, junto con la nueva de la derrota sufrida por sus tropas en la provincia de Caracas, la retirada del Brigadier Correa y el abandono de la capital a los independentes.

En efecto, mientras La Torre marchaba hacia Barinas tratando de combatir aisladamente, primero al Libertador y luego a Páez, las tropas republicanas estacionadas hasta entonces en la plaza de Barcelona y sobre la línea del Uñare, se mueven de improviso, y Bermúdez, el heroico oriental, siguiendo las instrucciones de Soublette, se lanza, con su genial intrepidez e invade por los valles de Barlovento la codiciada provincia de Caracas, Nada resiste a su impetuosidad y a su ardimiento: su paso es el del huracán: fuerza en Tacarigua los atrincheramientos de las tropas realistas, las persigue con encarnizamiento, las alcanza y derrota en el sitio del Guapo; destroza en el Rodeo los refuerzos auxiliares enviados de Caracas y a paso de carga se apodera de la capital abandonada por Correa. Sin detenerse para cobrar aliento tras de tan

ruda fatiga, reorganiza en Caracas su escasa división, la aumenta en lo posible, llama al vice-presidente que se hallaba en Uchire y arrebatado por su temeridad, vuela en persecución del enemigo que, esquivándole, se repliega hacia Aragua. Choca en las Lagunetas contra un destacamento avanzado de los realistas, lo bate en pocas horas y se apresura a llegar al Consejo donde cae de improviso sobre el grueso de las tropas del fugitivo Brigadier Correa, a quien derrota por completo haciéndole numerosos prisioneros.

Después de este combate, las tropas españolas que venían replegándose desde las márgenes de la laguna Tacarigua, se dispersan, y el terrible cumanés penetra triunfador en La Victoria y adelanta sus avanzadas hasta el histórico campo de San Mateo.

Alarmado La Torre, por los efectos de aquella audaz acometida, varía de consejo al encontrarse entre dos amenazas; deja en Araure la tercera y quinta división para cubrir sus movimientos y observar los del Libertador y retrocede hacia San Carlos y luego hasta Valencia, con el propósito de auxiliar con mayor eficacia las operaciones que ordena practicar a Morales sobre la capital.

Morales, entretanto, marcha rápidamente sobre Aragua, incorpora a sus filas el segundo de Valencey al mando del coronel Pereira, enviado por La Torre con anticipación en refuerzo de Correa, y a la cabeza le 2.500 combatientes marcha a atacar la división republicana situada en la Victoria.

A la aproximación de los realistas, Bermúdez, menos fuerte, retrocede a su pesar y va a esperarlos en la cuesta de las Cocuizas. Un combate sustentado vigorosamente por una y otra parte se traba en aquellas alturas; el General republicano se empeña en sostener sus posiciones, pero su reducido parque se agota en once horas de reñida batalla, y furioso el soberbio oriental, se ve forzado a retirarse. Morales le persigue; Ber-

múdez intenta de nuevo esperarle en Antímamo, pero una orden del General Soublotte le obliga a cambiar de propósito y a continuar la retirada hasta Guarenas donde debe incorporársele Arismendi con algunos refuerzos. Los independientes retroceden y las tropas realistas tornan a ocupar la capital.

XIII

Mientras tales sucesos se verificaban en la provincia de Caracas, el Libertador se encontraba en Guanare, dando tiempo a que pudiera incorporársele el cuerpo de ejército de Páez que a la sazón se movía desde Achaguas, e impaciente se manifestaba por abrir la campaña, cuando supo la llegada del General La Torre a la villa de Araure, al propio tiempo que su inmediato y rápido regreso hacia Valencia. Juzgando de gravedad la circunstancia que moviera al Generalísimo español a ejecutar con tal premura y casi al frente de nuestras bayonetas, movimiento tan inesperado, cree oportuno, aunque con escaso número de tropas, seguir al enemigo y estrechar en lo posible el radio de sus operaciones. Inmediatamente deja a Guanare, sigue las huellas de La Torre, y ordena al General Cedeño, su jefe de vanguardia, aprovechar la extraña circunstancia que los favorece y apoderarse de San Carlos: posición ventajosa que le permitirá observar de cerca a los realistas y hacer menos difícil y tardía la incorporación de las divisiones de Urdaneta y Carrillo que operaban a la sazón sobre Barquisimeto y sobre Coro. Cedeño redobla la marcha de sus tropas, ejecuta con acierto la empresa confiada a su bravura y, en los primeros días del mes de Junio, el Libertador fija en San Carlos su cuartel general.

Noticioso La Torre de los movimientos de Bolívar, se apresura a reunir todas sus fuerzas. Morales regresa de Caracas con el regimiento de

Burgos, después de confiar al Coronel Pereira el cuidado de hacer frente a Bermúdez con una fuerte división; las caballerías que forrajearan en el Pao, así como las dos divisiones que se encontraban en Araure, marchan al punto designado para la concentración general del ejército, y casi al mismo tiempo que el Estado Mayor republicano penetraba en San Carlos, La Torre salía de Valencia e iba a asentar sus reales en la histórica llanura de Carabobo.

XIV

Allí, sobre la arena de aquel glorioso campo consagrado a la veneración de la posteridad por el esfuerzo de nuestros mayores, esperan vencer nuestros contrarios a los que vencedores se ostentaron en él, en días terribles para la heroica Venezuela.

¡Aventurada decisión! ¡ceguedad jactanciosa! a que no alcanzaba la luz de la experiencia, ni fue parte a detener en sus propósitos la justa preocupación que inspira lo que una vez nos ha sido funesto.

Parecía que los jefes realistas habían olvidado en 1821, a 1814. De lo contrario ¿cómo elegir a Carabobo, su necrópolis, para escenario del final desenlace de aquel sangriento drama?

La sola pretensión era un reto al destino: una provocación audaz a la fuerza misteriosa que decide a su arbitrio de los acontecimientos humanos.

Aquel campo que la temeridad presumía arrebatarlos, era nuestro, nos pertenecía por derecho de victoria. Su nombre estaba escrito al lado de los más altos y magníficos triunfos alcanzados por el Libertador en los primeros tiempos de la Revolución. Aun repetían los ecos de la inmortal llanura el estruendo y los vítores de la cruenta jornada del 28 de Mayo de 1814, con los nombres gloriosos de Bolívar y Ribas y Mari-

ño, de Urdaneta y Mariano Montilla, de Bermúdez, Soubllette, Valdés, Palacios, Freites y Carvajal el famoso *Tigre encaramado*. Aquel fulgente campo poblado de recuerdos heroicos, era nuestro aliado, nuestro cómplice: era rebelde a España.

¿Por qué desconocer la parcialidad de ciertos sitios por ciertos hombres y por las causas que sostienen; cuando tantos y repetidos ejemplos la comprueban?

Así como la *Puerta* nos fue constantemente adversa, durante la gigantesca lucha, Carabobo, por el contrario, siempre nos fue propicio.

Cuantas veces la fatalidad llevó a nuestro guerreros a librar en la Puerta una batalla, la fortuna les negó sus favores y aquella tierra hostil a los independientes, bebió nuestra sangre hasta saciar su sed.

Allí Boves destroza a Campo-Elías, el 3 de Febrero de 1814. Allí en el mismo año, al promediar de Junio, el terrible asturiano torna a alcanzar otra victoria, no menos cruel y desastrosa sobre Bolívar y Mariño, y tumba encuentran en tan funesto campo, Muñoz Tébar, Aldao, Jalón, García de Sena, el valeroso Freites, y millares de víctimas inmoladas después de la batalla. Y allí termina, en fin, la desgraciada campaña de 1818, con la ruda jornada del 16 de Marzo, a que debió Morillo, junto con los laureles que le ciñera la victoria, el título pomposo de Marqués de la *Puerta*.

Carabobo, propicio siempre a nuestra causa, parecía tener secreto pacto con el Libertador. ¡Y era en aquella arena donde nuestros contrarios presumían humillamos, donde esperaban la próxima batalla para sellar con nuestra sangre tan prolongada lucha!

XV

Acordados se manifiestan nuestros historiadores en atribuir a Morales la decisión tomada por el Generalísimo español de trasladar su campamento a Carabobo, a pesar de la escasez de pastos que ofrecía la llanura a la numerosa caballería realista y de las dificultades que se oponían para atender al abasto y conservación de tan crecido número de tropas; y no obstante, que estimado el lugar como punto estratégico, brindase por su situación y topografía, ventajas no comunes para emprender operaciones, o en caso de una batalla, apoyarse ventajosamente; no ha faltado quien califique de torcidos cuantos consejos en la ocasión diera Morales: cargo que bien se compadece con la funesta reputación de aquel mal hombre, con su ambición desmedida y su notoria hostilidad hacia todo el que, por levantado, le hiciera alguna sombra.

Tan luego como el ejército español se hubo establecido en Carabobo con todo el parque y material de guerra indispensable para aceptar una batalla, el general La Torre adelantó sus avanzadas hasta la vecina aldea de Tinaquillo, distante cuatro leguas del acantonamiento de sus tropas y siete del cuartel general republicano; y sin hacer el más pequeño movimiento que revelase un plan premeditado, se dio a esperar las divisiones que le venían de Araure sin prever el gran riesgo a que debía exponerle dejar así, tranquilamente, a su contrario cobrar mayores fuerzas. Falta esta, tanto más criticable, cuanto que teniendo a mano el triple de las tropas que a Bolívar rodeaban en San Carlos, pudo muy bien desalojarle de aquella ventajosa posición y tratar de impedir todavía la reincorporación de Páez.

Largamente el general realista expió esta falta, como otras y muy graves, que cometiera ya a punto de la batalla. Pero no apresuremos los acontecimientos. Bolívar, entretanto, inquieto con la proximidad de tan

copioso enemigo, permanecía en San Carlos aguardando a su vez con impaciencia la reincorporación de los diversos cuerpos de su ejército.

Mudos, inmóviles, todavía separados por una distancia de once leguas, aquellos dos contrarios campamentos se ofrecían a los ojos del pueblo, que extático los contemplaba esperando la decisión de sus destinos, como dos nubes formidables, negras, profundas, preñadas de electricidad, amenazadoras y terribles que a la vez se condensaban y crecían para chocarse luego y estallar en fragorosa tempestad.

Angustiosa expectativa aquella, en medio de la cual imperaba el silencio, turbado apenas por el rumor lejano de la marcha de los distintos cuerpos que se encaminaban a sus respectivos campamentos.

Empero, tal espacio no fue de larga duración.

En los primeros días de junio, el cuerpo de ejército de Páez, que venía desde Achaguas, llega al fin a San Carlos, 1.000 infantes, 1.500 jinetes, 2.000 caballos de reserva y 4.000 novillos forman el contingente que el glorioso caudillo de la pampas aporta al Libertador.

La división del general Urdaneta regida por Rangel² llegó poco después; y el Libertador se encontró en capacidad de abrir operaciones.

Por lo que hace a las tropas mandadas por Carrillo y Reyes-Vargas, no era de esperarse que vinieran al cuartel general, ocupadas como se hallaban, por orden superior, en perseguir la guarnición realista que había evacuado a Barquisimeto, y que a las órdenes del coronel Lorenzo replegaba sobre San Felipe buscando el apoyo de La Torre.

[2]_ El general Urdaneta había quedado enfermo en Barquisimeto.

XVI

Reunido en San Carlos todo el ejército republicano, empleó el Libertador algunos días en proveer a sus necesidades y en dar a sus distintos cuerpos la organización definitiva para moverse sobre el enemigo; terminado lo cual, la orden de marcha no se hizo esperar.

Desde las galeras del Tinaco hasta las orillas del Cojedes espacio que nuestras tropas ocupaban, un vítor inmenso y prolongado contestó a aquella orden, y ardiendo en bélico entusiasmo el ejército se puso en movimiento.

Pocos días antes de la salida del ejército, el Libertador había recibido en el Tinaco, donde se hallaba acantonado el Coronel Manrique, un parlamentario de La Torre con proposiciones para un nuevo armisticio. Desempeñaba aquella comisión el coronel español Churruca, ayudante de campo del General en Jefe del ejército realista, y cómo acertase a llegar al Estado Mayor en el momento de la comida, el Libertador le invitó a su mesa antes de ocuparse en las proposiciones que traía. Durante aquella, el coronel Churruca trató con suma habilidad, más con marcada insistencia, de hacer caer la conversación sobre el ejército de Apure, y no lográndolo se aventuró a manifestar sus deseos de conocer al heroico vencedor en las Queseras. Bolívar estaba de vena aquella tarde, dirigió algunas bromas a sus huésped y terminó por presentarle a Páez, que se hallaba a su lado. Hasta aquí, nada de cuanto había pasado podía estimarse como ajeno al proceder leal del comisionado de La Torre; pero fue tal la sorpresa que a su pesar manifestara este al ver a Páez y tal su alarma y desconcierto desde aquel mismo instante, que dio motivo a sospechar del verdadero objeto que lo llevara a nuestro campamento. Díjose por entonces, que ignorante La Torre de la verdadera situación de Bolívar, había tratado de informarse de si ya la división de

Páez se le había incorporado, para en caso contrario atacarle sin pérdida de tiempo; proyecto tardío, que bien pudo llevar a cabo algunos días antes con probabilidades de buen éxito. Empero, Bolívar no dio ascenso a las numerosas conjeturas que corrieran sobre el particular; oyó las proposiciones que para el nuevo armisticio le hiciera su contrario, y encontrándolas inadmisibles, se negó a considerarlas y despidió al comisionado anunciándole la próxima batalla.

XVII

El día 21, el ejército acampó en el sitio de Las Palmas; donde supo el Libertador, por algunos desertores del ejército realista, la brillante campaña de Bermúdez, su llegada hasta San Mateo y su repliegue hacia Caracas.

El 22, el teniente coronel José Laurencio Silva, escogido por el Libertador entre aquellos bravos que se disputaban la gloria de ser los primeros en atacar al enemigo, cae de improviso sobre la primera de las avanzadas realistas situada en Tinaquillo, la envuelve, y la hace toda prisionera; solo un soldado logra escapar y este es que la nueva del desastre lleva al cuartel general de los realistas.

Después de esta aventura el ejército continúa su marcha y la histórica llanura de Taguanes presencia el 23 de junio la última revista que a sus 6 mil soldados pasa el Libertador, la víspera de Carabobo.

1813 sirvió allí eficazmente a 1821. La historia es un libro prodigioso; un arsenal inagotable donde todo se encuentra: armas para el combate, escudos para la defensa; ella ejerce y ejercerá sobre el presente la formidable coacción de todos los prestigios del pasado; evocar un recuerdo oportuno de ese inmenso cerebro de la humanidad, es producir una luz que irradia claridades, una chispa de fuego que, aplicada a nuestras pasiones, las inflama y produce el incendio. Bolívar, en las llanuras de

Taguanes, abrió aquel libro y mostró a sus soldados las páginas en que se consignaban nuestras glorias y nuestros infortunios; la chispa del entusiasmo se produjo, brilló en todos los ojos, incendió todos los corazones y el feliz augurio de una victoria en perspectiva, pronóstico por todos estimado infalible, fue la mayor de las ventajas que sobre sus contrarios pudo llevar a la batalla. Bolívar hizo pie en los Taguanes para escalar a Carabobo: una victoria servía a la otra de escabel.

Aquella gran revista la víspera de la feliz jornada, era como el desperezarse del león para cobrar todas sus fuerzas y estar dispuesto a acometer.

Allí, sobre aquel campo de gloriosos recuerdos, desfilaron todos los cuerpos del ejército frente al Libertador, quien de sus labios, inagotable manantial de épica elocuencia dejó caer para cada uno de aquellos regimientos y escuadrones, palabras, conmovedoras, alusivas a sus heroicidades de otros días, a los sagrados deberes del presente.

Para asistir a aquella última jornada en que la heroica Venezuela contaba sellar su independencia, habíanse congregado la mayor parte de aquellos tenaces lidiadores que venían combatiendo después de tantos años por la emancipación de la patria, por la libertad de Suramérica; allí representadas en sus héroes estaban de presente todas nuestras victorias.

Acaso por la primera vez en el trascurso de la guerra, el ejército patriota vestía de gala para presentarse al enemigo. El sol resplandecía en los dorados uniformes, en los vistosos arreos de nuestros granaderos, en los desnudos sables, en las bayonetas y en las lanzas con fascinadores reflejos. Al viento flameaban los penachos de brillantes colores, las banderolas y divisas de los jinetes del Apure, y las banderas, noble enseña de nuestros regimientos, donde marcadas se ostentaban las garras del león peninsular, en cien terribles y sangrientos combates.

Los bandas marciales de todos aquellos batallones entonaban a un tiempo la marcha popular que tantas veces los condujera a la victoria; y

en medio al bélico clamor que repetían los ecos de la inmortal llanura, resonaba a períodos marcados, como el trueno de aquella tempestad del entusiasmo, el grito unánime, mil veces repetido por todo aquel ejército: “Viva el Libertador.”

XVIII

Tres divisiones componían el ejército.

La 1.^a, a las órdenes de Páez, tenía por jefe de Estado Mayor al esforzado Vásquez y la formaban el batallón “Bravos de Apure”, mandado por Juan Torres; el regimiento inglés, denominado la “Legión Británica”, a cuya cabeza se encontraba el Coronel Farriar y 15 escuadrones de las pampas en número de 1.500 lanzas, acaudillados por los héroes de “Mucuritas”, “La Mata de la Miel” y “Las Queseras”, entre los que brillaban por su intrepidez reconocida Muñoz, Juan Gómez, Borrás e Iribarren, Figueredo y Mellado, Laurencio Silva, Bravo y Carvajal, Paredes y Camejo, conocido con el glorioso apodo de *Primero*.

La 2.^a regíala el general Cedeño, el bravo de los bravos, como le llamó el Libertador, y el Coronel Judas Tadeo Piñango; y contaba en sus filas los batallones “Tiradores”, mandado por el fogoso Heras; “Boyacá”, ilustrado en el campo a que debía su nombre, a las órdenes de Flegel y de Smith; “Vargas”, que recordaba el reñido combate del Pantano, sobre la tierra andina, presidido por Patria; y el “Escuadrón sagrado”, cuyo jefe, el terrible coronel Aramendi, valía él solo por todo un regimiento.

Mandaba la 3.^a división el denodado coronel Ambrosio Plaza, y era Manrique su segundo y Wulbery el jefe de su Estado Mayor. Componíase de la 1.^a Brigada de la guardia del Libertador, la cual formaban los batallones “Rifles”, que llegaba de combatir en Cartagena y Santa Marta, y que a nuevos combates conducía su bizarro comandante Ar-

turo Sondes; “Granaderos”, probado en tres campañas, al que regia el coronel Juan Uslar; “Anzoátegui”, cuyo solo nombre simbolizaba una de nuestras más puras y merecidas glorias, mandado por Arguíndegui; “Vencedor”, premiado en la jornada del 7 de Agosto de 1819, a que debió su libertad el pueblo granadino, a las órdenes del teniente coronel José Ignacio Pulido; y el regimiento de caballería del esforzado coronel Rondón, afamado por sus múltiples y brillantes proezas.

Allí, en las filas de aquel pujante ejército figuraban también el general Mariño, primer caudillo de las provincias orientales; el coronel Briceño Méndez, secretario de guerra; el coronel Salom, subjefe del Estado Mayor General del ejército; el coronel Juan José Conde; el bizarro coronel Diego Ibarra, junto con los comandantes Ibáñez y Umaña y el capitán O’Leary, edecanes del Libertador; y los Flores, Melián, Ramos, Arrais, Rangel, Célis, Cala, Zárraga y Zagarzasu; Alcántara y Domingo Hernández; Davy, Minchin, Asdhown Wuer, Flinter, Meyer y Piñenes, Briceño y Acevedo, Calderón y otros muchos valientes cuyos nombres guarda la tradición con amor y respeto.

El desfile del ejército terminó con la noche. Veló su faz gloriosa el astro de Taguanes y apareció radiante el sol deslumbrador de Carabobo.

XIX

Al despuntar la aurora del 24 de Junio de 1821, el ejército republicano se pone en movimiento; apresta las armas, deja en el campamento todos los equipajes, ganados y acémilas que pudieran embarazar su marcha y, apercebido a la pelea, recorre lleno de entusiasmo la distancia que media entre las dos llanuras, testigos de sus pasados triunfos.

Alegre y bulliciosa era la marcha de nuestros regimientos: más que a reñir una batalla, aquellos bravos, afanados en llegar al término de-

seado, parecían dirigirse a una feria. Ante la gloria de la patria, nadie pensaba tristemente; arrebatarse a la victoria la mayor cantidad de laureles era la aspiración de todos. En medio al ruido acompasado de la marcha resonaban estrepitosos vítores, fanfarronadas estrambóticas, gritos preñados de amenazas; y se entonaban coplas de melodioso ritmo, alusivas a los pasados triunfos, a nuestros héroes muertos, no vencidos; y corrían chanzonetas sarcásticas sazonadas de gracia y de dichos picantes, que, unidas al metálico chasquido de las armas, al relincho de los caballos y al susurro del viento en el ramaje de los árboles, formaba un extraño concierto, estrepitoso e inarmónico, pero lleno de virilidad y de alegría. Nuestros soldados, como los antiguos lacedemonios que precedía Tirteo, se enardecían con los himnos guerreros de sus bardos salvajes, y cantando sus pasadas glorias se dirigían a Carabobo.

Empero, para llegar a Carabobo por el camino que Bolívar seguía, era necesario superar graves inconvenientes opuestos por la naturaleza: dificultades que, dado caso hubiera sabido aprovechar el enemigo, ruda y costosa habría sido, sin duda, la empresa de vencerlas. Después de esguazar el Chirgua y de internarse en las tortuosas quiebras de la serranía de Las Hermanas, había que penetrar por el desfiladero de Buenavista, posición formidable donde pocos soldados bastan a contener todo un ejército, marchar luego por un camino lleno de asperezas, dominado en gran parte por alturas cubiertas de bosques y zarzales, y atravesar, al fin, el paso de una abra estrecha y larga, fácil de defender. Vencida el abra empieza la llanura.

La Torre despreció, sin embargo, las ventajas que ofrecía la conformación de aquel terreno por donde forzosamente nuestro ejército tenía que penetrar. Franca dejó al Libertador tan peligrosa vía, conformándose solo con defender la entrada a la llanura. La pérdida completa del destacamento situado en Tinaquillo fue acaso la razón que decidiera al

enemigo a reconcentrar todas sus fuerzas. Las avanzadas que tenía en Buenavista replegaron a la aproximación de los independientes; ocuparon estos tan inexpugnable posición y desde allí pudieron ver nuestros soldados a todo el ejército español, desplegado en batalla, en la hermosa llanura de Carabobo.

El bélico alborozo de los primeros cruzados, al divisar los muros de la ciudad de Cristo, cuyo sepulcro ansiaban redimir, no fue mayor que el júbilo entusiasta que se produjo en el ejército patriota, al contemplar la imponente llanura donde había de efectuarse la completa redención de Venezuela. Un grito inmenso resuena en las alturas que dominan de lejos el campamento de La Torre: grito terrible, provocación amenazante de seis mil combatientes, resueltos a conquistar, en aquel día, la más trascendental de sus victorias o a perecer en el glorioso campo, haciendo por la Patria el postrer sacrificio.

XX

Desde las cumbres de Buenavista pudo el Libertador estudiar la situación del enemigo y apreciar en todos sus detalles la fortaleza de las posiciones que ocupaba en un terreno de suyo defendido por su especial conformación.

Entre una doble faja de bosques y colinas que le dan la apariencia de una inmensa bandeja de levantados bordes, se extiende la histórica llanura de Carabobo, extremidad meridional del pintoresco valle de Valencia, a una distancia de seis leguas de la ciudad del mismo nombre. El camino que conduce a San Carlos la corta Norte Sur; y casi a la mitad de la planicie, desviándose un tanto hacia el oriente, nace de aquella rota otra, no menos frecuentada, que se dirige al Pao. Estas dos vías, para 1821, salían de la llanura desgarrándose entre matorrales y aspe-

rezas; la segunda, por cañadas tortuosas, la primera por una abertura natural, especie de pasillo formado por la caprichosa separación de las dos extremidades de aquella cadena de colinas que sirven como de antemural a la planicie por la vía de San Carlos.

Dada la topografía de la llanura, su difícil acceso, sobre todo por la ruta que Bolívar traía, y la necesidad imprescindible en que se hallaba el ejército republicano de penetrar por ella, por ser la única practicable que le ofrecía el terreno, no es extraño que el general La Torre fijara toda su atención en defender el abra y los desfiladeros que dan paso al camino de la indicada vía; con efecto, todos sus regimientos estaban colocados de manera que fácilmente se ayudasen y que a la vez pudieran apoyar la artillería que dominaba el abra y a las tropas ligeras que cubrían las alturas.

El 1.º de Valencey, uno de los mejores regimientos del ejército expedicionario, cubría el camino de Valencia a San Carlos. A su derecha tenía los batallones Hostalrich y Barbastro, y a su izquierda, sobre la vía del Pao, el regimiento del Infante. Cuatro escuadrones de Húsares y otros tantos de carabineros robustecían las dos extremidades de esta línea, tras la cual se hallaba de reserva el regimiento de Burgos, y a espaldas de este, el resto de la caballería mandada por Morales. Detrás de aquel ejército, apostado en la extremidad meridional de la llanura, se divisaban en el fondo de la planicie, sobre la verde alfombra que la cubría, las tiendas de campaña donde había vivaqueado tres semanas y donde aún guardaba junto con sus cuantiosas provisiones, su bien provisto parque. Las reservas de sus caballerías pastaban en prados más distantes.

Para quien trataba de aprovecharse de todas las ventajas que le ofrecía el terreno, no era desacertado el plan del enemigo. Confiado La Torre, como todos los jefes españoles, en la superioridad de su poderosa infantería, procuraba el combate en un terreno donde no pudiéramos oponer-

le otras armas, que aquellas en que se estimaban superiores y en el cual forzosamente no debíamos tener la mejor parte, por carecer de artillería. Semejante propósito, aminoraba un tanto la imprudencia cometida por La Torre de desmembrar sus fuerzas en vísperas de una batalla que había de ser, de grandes resultados, para ir a auxiliar en San Felipe al Coronel Lorenzo, a quien a la sazón hostilizaban Carrillo y Reyes-Vargas, cuando después de obtenido lo principal, que era vencer a Bolívar, tenía tiempo de sobra para socorrer a su teniente. Sin embargo, es de suponer que el general español hubiera echado cuentas sobre su ventajosa posición y sus recursos todavía numerosos, pues que a pesar de la separación de Tello, con los batallones 1.º de Navarra y Barinas y algunos cuerpos de su caballería, el ejército español que teníamos al frente constaba aún de seis mil combatientes, la flor de sus aguerridos regimientos.

Al mismo número ascendían nuestras fuerzas, y sin embargo no era igual la partida, pues todas las ventajas favorecían al enemigo que, además de ocupar la llanura y las colinas que la resguardaban, disponía de alguna artillería, lo cual nos obligaba, antes de empeñar formalmente la batalla, a conquistar el terreno donde debía librarse.

XXI

Estudiadas las posiciones que sostenía el ejército realista, de hecho inabordable por nuestros batallones, hubo el Libertador de renunciar a su primer propósito de forzarlas de frente; pero deduciendo al mismo tiempo, por la manera como se hallaban colocados los diferentes cuerpos españoles, que La Torre solo esperaba nuestro ataque por uno u otro de los caminos ya indicados, concibió el atrevido intento de envolver al enemigo por uno de los flancos, arrostrando las dificultades y peligros que le oponía el terreno.

Resuelto a llevar a cabo sin tardanza el proyectado movimiento, Bolívar hace llamar a uno de los guías que había tomado en Tinaquillo, le expone su propósito e inquiere de él la posibilidad de ejecutar tan arriesgada operación. El guía se muestra experto, e indica al Libertador una vereda poco conocida y casi impracticable, denominada *la pica de la mona*, como la única posible para penetrar furtivamente en la llanura sobre el flanco derecho del enemigo, haciendo gran rodeo. Después de meditarlo, Bolívar acepta la indicada vereda, y poniéndose a la cabeza de todos los zapadores del ejército corre a la entrada del atajo y ordena a Páez penetrar por él con la 1.^a División e ir a forzar la entrada a la llanura.

Serias dificultades ofrecía aquella operación. En primer lugar, para ganar la boca del atajo era indispensable aproximarse a las posiciones enemigas por la vera de un bosque situado al Occidente de la vía de San Carlos y cuya entrada, no distante del abra principal defendida por el ejército realista, barría su artillería; luego atravesar el intrincado bosque y alcanzar la cima de una larga colina dominada también por los fuegos del enemigo; recorrer algún tiempo la indicada colina sin resguardo posible, y penetrar al fin por el estrecho cauce de una quebrada harto fragosa que difícil acceso prestaba a la llanura.

Páez se interna en la trocha. El resto del ejército amenaza de frente las posiciones de La Torre. La artillería realista rompe sus fuegos sobre la primera división; la comarca se estremece y palpitan con rapidez todos los corazones.

Mientras la división de Páez, internada en la estrecha vereda, vence cuantas dificultades se oponen a su marcha, los otros cuerpos que en su oportunidad deben seguirla permanecen en el camino real resguardados de los fuegos del enemigo.

Cedeño y Plaza se impacientan con el forzoso retardo que les hace sufrir

la trabajosa marcha de la vanguardia; y sable en mano, esperan a la cabeza de sus respectivas divisiones el codiciado instante de lanzarse al combate.

Entre tanto, con la frente erguida y luminosa la mirada, los brazos cruzados sobre el pecho y sueltas las riendas sobre el cuello de su caballo. Bolívar sigue los movimientos de las tropas de Páez desde lo alto de una colina: y sereno y confiado en su radiante estrella, observa al enemigo, y aguarda tranquilo el instante oportuno de mover contra él todo el ejército.

Trascurre un hora con desesperante lentitud. Solo se oyen los fuegos de las tropas realistas y los rugidos de su vigorosa artillería. Profundo y solemne es el silencio en nuestras filas; la quietud angustiosa; el tiempo corre, la impaciencia se aumenta; es mediodía, ¿hasta cuándo esperar? De pronto, en medio del estrépito de las descargas enemigas, se percibe otro ruido lejano, débil en su principio, entrecortado, luego más vivo, violento al fin y repetido como un inmenso redoble de tambores. Un estremecimiento simultáneo, eléctrico, recorre nuestras filas, y mil voces robustas se elevan vitoreando la división de Páez, cuyos fuegos reconocen sus impacientes compañeros. Las bandas marciales dan al viento sus notas. Aquella primera réplica de nuestra vanguardia al enemigo, es para los otros cuerpos la señal de acometer; y las dos divisiones de Cedeño y de Plaza se lanzan atropelladamente por la trocha en pos de los que ya combaten.

XXII

Para llegar a punto de cambiar sus primeros disparos con el ejército español, la división de Páez había tenido que vencer serias dificultades, pero ninguna mayor ni más terrible que la última, al salvar la entrada a la llanura. A pesar de que el rápido y atrevido movimiento ordenado por el Libertador sobre la derecha del enemigo cogiera a este de sorpre-

sa, fácil fue prevenirlo. La Torre hace cambiar de frente a una parte de su ejército y poniéndose él mismo a la cabeza del batallón de Burgos, corre a cerrar a Páez la entrada del atajo. Era aquella reducida y fragosa; el batallón Apure, que marchaba adelante, tenía que desfilarse por entre el cauce de una quebrada, bajo los fuegos del enemigo que le cerraba el paso, sin poder contestarlos por carecer de frente, encerrado como se hallaba en aquella estrechura; empero, avanza siempre al pasitrote, con la cabeza baja como el toro cuando va a acometer; y roto, ensangrentado, dejando la agria tierra cubierta de cadáveres, penetra al fin precipitadamente a la llanura, precedido por Torres, su bravo coronel. No obstante tan vigorosa acometida, su mala situación no cambia, antes bien se reagrava, pues solo y sin retirada, se encuentra entonces frente a todo el ejército español; y acometido a un tiempo por los batallones Hostalrich y Barbastro, que vienen a reforzar al Burgos, empéñase la lucha; lucha desesperada de parte del batallón republicano, al que sus numerosos contrarios cargan con furia sin dejarle hacer pie. Torres se esfuerza por rechazar tan formidable empuje. Aunque abrumado por tan numerosos contrarios, Apure se defiende briosa y desesperadamente. Dos veces se arroja sobre Burgos, cruza con él sus bayonetas y lo rechaza con estrago; pero embestido a un tiempo por Hostalrich y por Barbastro, repliega a su turno acibillado, gana una altura, la pierde en breve tiempo, torna a recuperarla, y a brazo partido con el más esforzado de sus pertinaces contrarios, persiste en disputar una victoria en extremo imposible. En aquella brega encarnizada hubo un instante en que las dos opuestas líneas casi llegaron a mezclarse; y entonces, rotas las bayonetas y descargados los fusiles, sobrevino un asalto violento a culatazos, y es fama que en medio del combate entrambas con furor se abofetearon³. No obstante

[3]_ Cuenta la tradición que en aquellas refriegas encarnizadas un soldado del batallón Apure y un rudo zaragozano de Barbastro, rotas las armas en medio de un encuentro, se dieron de puñaladas.

su ardimiento, el batallón Apure no puede hacerse firme, pierde terreno, retrocede acosado y, sin tino, se rompe al fin en varios trozos que lidian sin concierto; y va a desordenarse y a perecer sin remisión, cuando acude en su auxilio la Legión Británica, que apenas fuera del atajo va a interponerse entre los batallones españoles y sus revueltos compañeros.

XXIII

Aquel brillante regimiento, a tambor batiente y con banderas desplegadas, entra en batalla con la severidad de continente y el flemático aplomo de su raza: erguido, reposado, correcto en su actitud y movimientos, marcha arma al hombro al compás de sus pífanos y parches, bajo un fuego espantoso, sin cejar un palmo ni disparar un tiro, hasta no formar su línea de batalla y clavar Asdhown, su abanderado, el glorioso estandarte frente a los batallones enemigos. Toda la furia de los realistas se ceba entonces en la Legión Británica que viene a ser el nudo de la batalla, el blanco de todos los disparos de aquella tempestad. La artillería la abrasa y ametralla.

La Torre, con sus batallones la fusila; ella no cede, empero, y apenas si llega a estremecerse al empuje violento de tanto esfuerzo combinado que toma a empeño exterminarla. Farriar, su coronel no le tolera, sin embargo, ni aquella nerviosa convulsión que puede dar motivo a suponerlos débiles; desciende del caballo que monta, hace arrojar al suelo los morrales de todo el regimiento y manda a aquellos bravos hincar rodilla en tierra. El movimiento se ejecuta con admirable precisión; y desde aquel instante la legión inglesa deja de ser un cuerpo como todos los otros, echa raíces en la tierra, y se convierte en muro de granito.

Las balas golpean y aniquilan a tan heroicos soldados; sus hileras se aclaran; trozos enteros de su línea de batalla caen por tierra; y cual un edificio que se desmorona lentamente, sus escombros acrecen y se amontonan al pie de los cimientos. No obstante, el regimiento inglés como un volcán en erupción vomita a torrentes bocanadas de fuego. La muerte le acecha, le rodea y se ceba en sus filas: Farriar, su heroico coronel, rinde la vida a la cabeza de la línea pronunciando la única palabra que repite después de media hora: *firmes*... El comandante Devy, su segundo, lo reemplaza en el mando, donde no dura largo tiempo. Un capitán ocupa el primer puesto, tras este otro que muere también al ocuparlo; y otros más a quienes toca la misma infausta suerte.

Al amparo de la *Legión Británica*, Páez consigue reorganizar al Apure, lo lleva de nuevo a la pelea y restablece con menos desventaja aquel reacio combate. Unido a dos compañías de *Tiradores* con las que el fogoso Heras, adelantándose a la 2.^a División, se apresura a tomar parte en la refriega, Apure se junta a los ingleses y Páez ordena entonces cargar a la bayoneta al enemigo.

Cuando el regimiento inglés recibe aquella orden, Minchin lo manda: es el más joven de sus capitanes; los otros ya no existen: y el resto de la oficialidad ha sido herida. La Legión se levanta y acomete; y en el sitio donde a pie firme hubiera combatido, diez y siete oficiales quedan muertos junto con la mitad de aquel glorioso cuerpo que yace destrozado sobre la roja arena.

XXIV

Con un frente de cuatrocientos hombres y sin más fondo que dos hileras de soldados, Apure, Tiradores y la Legión Británica avanzan simultáneamente, las bayonetas asestadas sobre los regimientos españoles con

que La Torre riñe la batalla: carga brillante a cuyo empuje ceden los realistas, pierden sus posiciones, y sin dejar de hacer un vivo fuego sobre nuestra línea en movimiento, repliegan buscando apoyo en el grueso de su caballería.

Mientras bizarramente luchaban nuestros infantes, inferiores, en mucho, a sus contrarios, atraviesa la difícil quebrada un grupo de jinetes de la guardia de Páez, encabezado por el valiente Capitán Ángel Bravo, y parte del escuadrón primero, de lanceros a las órdenes del coronel Muñoz; y llegan a tiempo de hacer frente a los húsares de Fernando VII y a los dragones y carabineros de la Unión, que en número de quinientos caballos lanza La Torre sobre la extrema izquierda de nuestra línea de batalla con el objeto de envolverla. Terrible es el momento: aquella carga, no rechazada a tiempo, puede poner en riesgo la jornada, todos los cuerpos enemigos la apoyan con calurosa decisión. Páez solo puede oponerle escaso número de lanzas, no fluctúa, sin embargo, y al encuentro de aquella furiosa acometida hace salir cuantos caballos tiene a mano, sin exceptuar los jefes y oficiales de su plana mayor. A las órdenes del impetuoso Vázquez parten a rienda suelta nuestros jinetes como dardos, se enfrentan a la caballería enemiga, y un choque violento, formidable, retumba en la llanura dominando el fragor del combate.

La ansiedad que produce lo indeciso de aquel nuevo episodio, juzgado de grande trascendencia por uno y otro bando, se manifiesta en todos los semblantes; y el silencio repentino que guardan un momento las contrapuestas infanterías, demuestra su inquietud y anhelo por conocer el resultado de aquel terrible choque. Empero, por algunos minutos forzoso es ignorarlo: densa nube de humo a la vez que de polvo, cubre y oculta los encontrados escuadrones.

Páez reúne, entre tanto, los trozos de su caballería que lentamente salen a la llanura. Su ansiedad por allegar el mayor número, sin privar

de su presencia alentadora a su diezmada infantería, se descubre en la rapidez vertiginosa con que lanza su impetuoso caballo para acudir a todas partes, así se ve lucir entre el revuelto torbellino su rojo penacho batido por el viento, cual una llama errante, veloz, inextinguible, alma de la batalla, provocadora del incendio.

De pronto, en medio a la inquietante expectativa que sufren los dos bandos, la llama voladora se detiene; y Páez, lleno de asombro, ve salir de la nube de polvo que guarda los efectos de aquel violento choque, un jinete bañado en sangre, en quien al punto reconoce al negro más pujante de los llaneros de su guardia: aquel a quien todo el ejército distingue con el honroso apodo de “el primero”⁴.

XXV

El caballo que monta aquel intrépido soldado galopa sin concierto hacia el lugar donde se encuentra Páez: pierde en breve la carrera, toma el trote, y después paso a paso, las riendas flotantes sobre el vencido cuello, la cabeza abatida y la abierta nariz rozando el suelo que se enrojece a su contacto, avanza sacudiendo su pesado jinete, quien parece automáticamente sostenerse en la silla. Sin ocultar el asombro que le causa aquella inexplicable cobardía, Páez le sale al encuentro, y apostrofando con dureza a aquel su antiguo émulo en bravura en cien reñidas lides, le grita amenazándole con un gesto terrible: *¡Tienes miedo!... ¿no quedan ya enemigos?... ¡vuelve y hazte matar!...* Al oír aquella voz que resuena irritada, caballo y jinete se detienen: el primero, que ya no puede dar un

[4]_ Los llaneros llamaban así al teniente Camejo, porque su bravura reconocida lo llevaba a ser siempre el primero que acometía al enemigo en toda carga.

paso más, dobla las piernas como para abatirse: el segundo, abre los ojos que resplandecen como ascuas y se yergue en la silla; luego arroja por tierra la ponderosa lanza, rompe con ambas manos el sangriento dor-man, y poniendo a descubierto su desnudo pecho, donde sangran copiosamente dos profundas heridas, exclama balbuciente: *Mi general... vengo a decirle adiós... por que estoy muerto*. Y caballo y jinete ruedan sin vida sobre el revuelto polvo, a tiempo que la nube se rasga y deja ver nuestros llaneros vencedores, lanceando por la espalda a los escuadrones españoles que huyen despavoridos.

Páez dirige una mirada llena de amargura al fiel amigo, inseparable compañero en todos sus pasados peligros; y a la cabeza de algunos cuerpos de jinetes, que vencido el atajo han llegado hasta él, corre a vengar la muerte de aquel bravo soldado, cargando con indecible furia al enemigo.

Los regimientos españoles resisten todavía; pero aquella violenta acometida decide la batalla. Con el vencimiento de los Dragones y los Húsares notable desconcierto se opera en el ejército realista; desconcierto que aumenta la inmovilidad de los lanceros de Morales, y que pronto se convierte en espanto con la fuga vergonzosa de aquel jefe y los suyos.

Lo que podía estimarse como incidente de la batalla en el plan trazado por Bolívar, decide la jornada, sin dar tiempo a que los otros cuerpos que marchaban a reforzar a la 1.^a División, logran apoyarla.

El Libertador se había esforzado en vano, durante el recio empeño de las tropas de Páez, en precipitar la trabajosa marcha de Cedeño y de Plaza; la cual dificultaba, junto con el desfile indispensable a que los obligaba la vereda donde se hallaban internados, el crecido número de caballos que obstruía la entrada a la llanura y el mismo desordenado anhelo de nuestros escuadrones por tomar parte en la refriega.

XXVI

Pero mayor que la impaciencia que Bolívar había experimentado con el retardo de las dos divisiones, fue su angustia, cuando al flaquear el enemigo, miró resuelta la batalla por el heroico esfuerzo de Páez y sus soldados, sin que fuera posible conseguir que todo el ejército español quedase prisionero. Vencedora pero destrozada, no era dable a la 1.^a División rendir a sus contrarios. En tal conflicto, el Libertador ordena a Plaza y a Cedeño prescindir del camino que llevan y penetrar al campo de batalla rompiendo las tupidas malezas y tramontando las colinas, como les sea posible. Y embargada el alma con el placer de la victoria, al mismo tiempo que por el sentimiento de que no sea completa, presencia entusiasmado los esfuerzos de Páez por sellar aquel día la más gloriosa página de su historia inmortal.

Sin el apoyo de su caballería, La Torre se ve envuelto: los batallones con que hace frente a la Legión Británica, Apure y Tiradores, retroceden con precipitación. En vano se esfuerza en detener aquel funesto movimiento precursor del desastre; en vano con el ejemplo de una entereza singular estimula a sus aturdidos compañeros. Inútil es su empeño: las órdenes que da no se ejecutan; grita, insulta, amenaza y suplica, todo en vano; su voz se pierde en el estrépito de la batalla, su brazo se fatiga. Tenaz soldado, insiste sin embargo en la tarea imposible de conjurar los estremecimientos de la catástrofe que amenaza estallar y que lo arrastra, al fin, con la impetuosidad del huracán. Hostalrich, da, el primero, el pernicioso ejemplo; al empuje de nuestras bayonetas rompe las filas, se desbanda y huye produciendo terrible sacudida entre los otros cuerpos españoles. Burgos fluctúa, no obedece la orden que le intiman sus jefes, de dar frente a los lanceros reunidos de Silva y de Muñoz; y cargado de flanco se desordena, gira sin concierto, y le sirve de pasto a las lenguas de hierro de nuestros escuadrones.

Al otro extremo de la línea enemiga, el regimiento del Infante, hasta entonces poco combatido, se ve de súbito atacado por Uslar y por Sandes que, a la cabeza de sus respectivos batallones, Granaderos y Rifles, penetran al trote en la llanura por vía distinta a la que diera paso a la 1.^a División. Indecible pánico se apodera de aquel afamado regimiento, no espera el choque de nuestros batallones, les da la espalda, se desordena y corre a confundirse con los revueltos y amedrentados grupos de sus ya fugitivos compañeros.

XXVII

En el instante en que el ejército español cede y se rompe, un apuesto jinete penetra al campo de la ardorosa lid; su marcial arrogancia cautiva todas las miradas y nuestros escuadrones saludan con frases de entusiasmo al joven general de la 3.^a División republicana, a quien abraza inmoderado anhelo de tomar parte en aquella batalla que ve expirar sin esgrimir su espada. Apenas en el campo, busca y divisa los cuerpos enemigos que aún defienden airados sus rasgadas banderas: y sobre ellos se lanza a toda brida sediento de merecida gloria.

Barbastro y Valencey son los únicos cuerpos castellanos que todavía resisten al empuje de nuestras armas triunfadoras; sobre ellos se ensañan nuestros escuadrones y, a par del general empeño, que todos ponen en vencerlos, se ven de pronto acometidos por un escaso grupo de jinetes, cuya audacia los conturba y fascina, y a cuyo frente, violentos e impetuosos como dos huracanes, emulándose en rapidez y en arrojo, se miran dos atletas a cual más esforzados: Páez, el victorioso, y el denodado Ambrosio Plaza, en quien la sangre de su claro linaje bulle ardiente y se derrama generosa.

Ante aquella furiosa acometida, Valencey retrocede y Barbastro se rinde; mas, ¡ah!, su postrera descarga, antes de entregarse prisionero,

arrebata a Colombia una de sus preclaras glorias: una bala penetra el corazón del joven héroe y Plaza expira entre los vóctores del triunfo.

Con la rendición de Barbastro, el campo de batalla se siente sacudido por aquella catástrofe de las legiones españoles; y un grito espantoso, clamor desgarrador, inmenso, último suspiro de agonía de aquel pujante ejército, resuena en la llanura, y la derrota se declara completa.

Carabobo duró lo que el relámpago; puede decirse que para todos fue un deslumbramiento.

Sobre la frente erguida del vencedor en “Las Queseras” brillaba un laurel más, y de alto precio.

El Libertador desciende a la llanura en el momento en que se decide la batalla. Su pronóstico estaba cumplido; el ejército patriota saluda entusiasmado a su inmortal caudillo.

XXVIII

Tres siglos de absoluto poderío quedaban sepultados por aquella jornada. Venezuela se levantaba libre, del polvo enrojecido con la sangre de sus hijos; y golpeaba con sus pesados grillos la espalda de sus dominadores. La tiranía vencida, huía espantada, como sus factores los déspotas, cuando el hierro que esgrimen se rompe entre sus manos, y se alzan sus víctimas, y les muestran los cerrados puños donde sangran las llagas, testimonio de las estrechas ligaduras.

Semejante derrota, más que un desmoronamiento, era un vértigo horrible; inexplicable en aquellos pujantes legionarios que tantas veces nos disputaron la victoria. Los más valientes, todos, pues que todos lo eran, corrían despavoridos, nuestra caballería acuchillaba a aquellos leones como a simples corderos; empero, algo aún más terrífico que el bote de

las lanzas los hacía estremecer, los acosaba: la sombra de todas sus pasadas crueldades se erguía ante ellos y les causaba espanto.

Todas nuestras victorias y desastres tomaban parte activa en aquella catástrofe, y de lo alto de nuestras banderas volaban y seguían el confuso tropel de la derrota. Sobre la frente pálida de aquellos amedrentados fugitivos, batían las alas, cual relámpagos, “Araure” y “La Victoria”, “San Mateo”, “Vigirima”, “El Juncal” y “San Félix”, “Boyacá” y “Las Que-seras”; mientras con rostro cárdeno y torva la mirada, ¡ay!, sus pasados triunfos, espectros aun más terribles para ellos, gritaban con estridente voz a sus oídos: *¿A qué la sangre derramada si habíais de ser vencidos?* y “Urica” les mostraba la cabeza de Ribas; “Cumaná” y “Maturín” las manos enrojecidas en la sangre de mujeres y niños; “Barcelona”, el hacha del verdugo y la tea del incendio; y “La Puerta” su triple brazo armado, sangriento, amenazante, con el puñal de Morales, la espada de Morillo y el sable de Boves, mellados en el degüello de millares de víctimas.

El ejército de Fernando el Deseado estaba vencido, y vencido sin gloria. Empero, la vergüenza de aquel abatimiento no había de mancillar a España, no.

Detrás de aquel ejército acometido de pavor, aparece de pronto, altiva como siempre, en la tradición y en la historia, la pujante raza del Cid y de Pelayo: la España pueblo, la gloriosa España, con el espíritu indomable que inflamó de heroísmo a Zaragoza y con el fuego inextinguible que abrasara la mano del vencedor de Europa al intentar posarla sobre la tierra íbera.

XXIX

En medio a la catástrofe, en el seno mismo de aquel violento torbellino, ola rugiente, mezcla vertiginosa de vencedores y vencidos: cuando

el ejército realista, roto, disuelto, se siente arrebatado por la vorágine del pánico, y sucumben los de mayor aliento entre sus bravos: cuando se ven entre las sombras del desastre aquellos poderosos regimientos inclinar la cerviz bajo el peso de una mano invisible: el Infante abatido, Burgos acuchillado, Barbastro rendido y prisionero cual estatua de piedra sobre un campo de fuego; Hostalrich disuelto como nube de polvo; los Húsares peninsulares destrozados y en fuga; los carabineros revolcados; Morales a la cabeza de su caballería, sin romper una lanza, abandonando a escape la arena del combate; la artillería asaltada por Piñango y Manrique, que vomita metralla sobre sus primeros poseedores; La Torre sombrío, sin voz ni aliento, rendido de fatiga, con el caballo herido que apenas puede sostenerle, arrastrado a su pesar por la derrota; y los vencidos todos, bajo la planta de los vencedores; y todos los que huyen, acosados y envueltos entre nubes de lanzas; y nuestros llaneros triunfadores, que a la vez que persiguen con furia, arrebatan los toldos de las tiendas que han de servir de manta a sus caballos; y el Genio de la América ya extendidas sus alas poderosas, sobre el campo que estremece las dianas de nuestros batallones; y Bolívar, que a nombre de Colombia proclama a Páez Capitán General; y gritos de victoria y rugidos profundos, que resuenan en todas direcciones con atronadora algazara. En aquel instante de suprema agonía y de júbilo inmenso, en que el mortal estrépito es canto para unos y lúgubre resonancia para otros; en medio a aquel pavor y aquella pujanza: cuando nada resiste y todo se derrumba al empuje de nuestras armas victoriosas, levántase, de súbito, entre las brumas del desastre, la heroica España personificada en “Valencey”.

La inmensa ola que todo lo abate y lo sepulta, se estrella contra las bayonetas de aquel invicto regimiento, opuesto, con inaudita audacia, a una victoria consumada, por uno de esos predestinados a la terrena gloria: gigantes de osadía, que solo esperan para lucir su talla, el instante supremo de la catástrofe, y a quienes el dios tutelar de las naciones con-

fía salvar la honra de la patria por sobre los escombros del más completo vencimiento.

Con su brazo de hierro Valencey se interpone entre la derrota y la victoria: la primera, sin poder arrastrarle pasa rozando los uniformes de aquellos fieros veteranos, la segunda se detiene admirada frente a tanto heroísmo, choca luego contra aquella inesperada resistencia y toda su pujanza la emplea en exterminar a quien se atreve a refrenarla en su rápido curso.

XXX

Un oscuro oficial, un simple coronel manda a aquel regimiento: su nombre, que apenas lo registra la historia, no tenía precedentes gloriosos, llamábase don Tomas García; fue en Carabobo donde se dio a la fama: empujado sobre aquella derrota, nuestra victoria le prestó sus fulgores y lo hizo visible. Aquel desconocido de la víspera, gritó su nombre en la insigne jomada, y, todos los que asistían a ella lo escucharon y hoy lo repite la posteridad. Sus compañeros le apodaban el *moro*, por lo bronceado de su tez, y es fama que le respetaban y temían por su carácter áspero y altivo; la tradición apenas dice poco más⁵; empero,

[5]_ En comprobación del enérgico carácter del coronel don Tomas García, cuéntase que, mandando en una parada el ejercicio de fuego a un regimiento en que abundaban soldados venezolanos, permanecía a caballo frente la línea, cuando recibió a la primera descarga un balazo en la pierna. Comprendiendo que había sido herido, no da la menor muestra de sorpresa; con calculada frialdad hace girar su caballo para ocultar a los soldados la sangre que sale de la herida e inmediatamente manda cargar de nuevo los fusiles. Con esto se prometía averiguar quién había sido el agresor, pues le ocurrió prontamente que aquel que había marrado el golpe volvería a poner en ejecución tan alevoso intento. Cargados los fusiles desciende del caballo, pasa revista a todo el regimiento, y, como lo sospechaba, encuentra cargado uno con bala y hace inmediatamente pasar por las armas el soldado que lo tenía en la mano... aquel desdichado era un venezolano.

para brillar como brilló en medio a tanta claridad, era indispensable ser astro, y astro con luz propia. El sol de España en el ocaso, tuvo un momento, antes de desaparecer de nuestro cielo, la esplendidez del mediodía, lanzó un rayo de luz que a todos deslumbró: fue aquel rayo García, su disco, Valencey.

Cuando todo el ejército español se desbandaba, sin que hubiera poder humano a detenerle, García mandó hacer alto a sus mil veteranos y estos obedecieron como impulsados por un resorte oculto: el regimiento se hace firme, deja pasar los fugitivos y apoyado en las asperezas de una quebrada, resiste el primer choque de Páez y sus llaneros; luego manobra diestramente hasta formarse en cuadro, y acosado por nuestros jinetes que a empeño toman destrozarlo, emprende retirarse, disputando palmo a palmo el terreno que pisa y el terreno que gana. Entre la triple línea de bayonetas que forman los costados de aquella viviente e improvisada fortaleza, se encierra con la altivez de España su gloriosa bandera; allí el león soberbio de Castilla ruge aún con pasmosa energía y opone a nuestro triunfo su indómita pujanza.

Detrás de Valencey se parapeta la derrota para huir a mansalva, como tras de un escudo, y nuestros escuadrones antes de continuar acuchillándola se ven forzados a vencer el obstáculo que les disputa el exterminio de aquellos cuerpos desbandados.

Revueltos, confundidos, dejando el campo cubierto de despojos, soldados y oficiales de todas armas huyen despavoridos por el camino de Valencia: nada es capaz de detenerlos, ni el heroísmo de aquel grupo de bravos, que del polvo recogen su bandera, y que a los rayos de aquella tempestad ofrecen sus generosos pechos.

XXXI

Cuando acontece aquella heroicidad, el campo de Carabobo exhibe un espectáculo grandioso a la vez que imponente. Sobre el abatimiento de las legiones españolas el ejército vencedor, poseído de júbilo, pregona su victoria con tan atronadora vocería que, aquellos mismos de los nuestros que yacen moribundos en el glorioso campo, despiertan un instante, y fija la pupila en el bendito sol de quien reciben la postrimera luz, buscan a tientas con la convulsa mano la rama de laurel que ha de marcar sus tumbas; y en la última agonía tratan de unir su voz desfalleciente al himno de victoria que entonan por la patria sus más afortunados compañeros. Aquí el duelo; mas allá la apoteosis. En medio a la llanura, el heroísmo de aquel soldado ibero que a empeño toma aparecer de gala entre las sombras de su propio desastre, y sobre el horizonte, el huracán de la derrota agitando con siniestro rumor sus negras alas y rápido alejándose del deslumbrante resplandor de una victoria que reflejan las armas de los arrogantes triunfadores.

Con el inesperado movimiento de Valencey cambia la escena; revive la lucha.

Por sobre los despojos de la derrota, García repliega combatiendo, galopa nuestra caballería y se lanzan al trote nuestros fatigados batallones.

A los repetidos embistes de los jinetes del Apure, opone Valencey la solidez de sus compactas filas, la enérgica voluntad que le domina. El trueno de sus descargas estremece de nuevo la llanura; las enristradas bayonetas se clavan en el pecho de nuestros caballos y la lluvia de balas que arroja de su seno la improvisada fortaleza, postra a sus pies a los más esforzados y rebota sobre las alas de nuestra espléndida victoria provocando sus iras.

Sobre el cuadro enemigo que así se yergue en medio a nuestro triunfo, lanza el Libertador todos los cuerpos de su caballería; dos mil quinientas

picas acometen y envuelven simultáneamente al denodado regimiento, que se exhibe entre ellas como una presa gigantesca, rodeada de innumerable banda de hambrientas águilas, disputándose el logro de asestar la formidable garra sobre el sangriento flanco que incita su apetito.

Siguiendo su acostumbrada táctica, nuestros llaneros acometen, chocan y retroceden para ganar distancia y embestir otra vez con más violencia. Entre una y otra acometida, García repliega al paso, sin alterar la formación dada a su regimiento, y trata de alejarse de nuestra infantería. No obstante, a cada nueva carga se detiene y fulmina, hace rodar por tierra jinetes y caballos y torna a retirarse dejando de sus pasos ensangrentada huella.

XXXII

De esta suerte, siempre acosados y siempre resistentes, los granaderos españoles logran salir al fin de la llanura y ganar la accidentada ruta de Valencia, donde con menos riesgo pueden hacerle frente a nuestros escuadrones; allí ponen en juego dos piezas de artillería salvadas del desastre, y ora apoyados en las tortuosas quiebras del terreno, ora en los bosquecillos y colinas entre los cuales se desliza el camino, oponen doble resistencia a los ataques reiterados de la caballería republicana.

Dado el terreno donde de nuevo se traba la pelea y las opuestas armas que combaten, todas las desventajas están de nuestra parte. Para llegar a punto de cruzar el hierro de sus lanzas con las bayonetas españolas, nuestros jinetes, las más veces, se encuentran obligados, después de soportar el fuego de aquellos veteranos y los disparos de su encubierta artillería, a saltar sobre zanjas profundas, a romper las tupidas malezas y a trepar por repechos erizados de breñas capaces de inutilizar nuestros caballos y hacer ineficaces los mayores esfuerzos; y todo esto,

bajo la acción violenta de una copiosa lluvia que dura poco tiempo, pero que basta para formar arroyos en medio del camino y embarazar casi del todo los movimientos de nuestros escuadrones. En el lodo los caballos resbalan, caen se levantan y trabajosamente pueden trotar sin riesgo de abatirse; la lucha sin embargo, no desmaya, antes bien, tantas dificultades exagera el encono de nuestros intrépidos llaneros. Cunde la emulación entre los más audaces, los choques se repiten con tal furia que espanta. Muy caro paga Valencey su intrepidez y arrogancia, de sus compactas filas ve arrebatarse sus granaderos por la garra de bronce de aquellos fantásticos centauros que se encaraman sin escrúpulo sobre las erizadas bayonetas, que pisotean cuanto a sus pies se abate, y que vociferando con frenesí salvaje, sus personales triunfos, insultan al propio tiempo a sus contrarios y maldicen con la misma energía a la bala que los echa por tierra y al espantado bruto que, sordo a los reclamos de la espuela, esquiva el fuego de la fusilería o se encabrita y retrocede ante la aguda bayoneta que hiere sus narices o desaparece en sus entrañas.

Más de una vez durante aquella brega encarnizada, se vio saltar a tierra, abandonando los cerriles caballos que renunciaban al combate, a muchos de aquellos jinetes temerarios; acometer con furia al enemigo, luego caer acribillados por las balas e intentar todavía, arrastrándose cual si fueran serpientes, clavar sus largas picas en el vientre de los soldados españoles.

¡Oh! Fue entonces cuando García sintió gravitar sobre sus hombros todo el peso de la catástrofe que lo envolvía en la completa ruina de La Torre y que asombrado ante el valor creciente y la inagotable fortaleza de sus contrarios pertinaces, llegó a dudar de su futura suerte.

XXXIII

La generalidad de nuestros jefes habían tomado a empeño rendir a Valencey, pero de todos ellos, los que no habían logrado parte en la decisión de la batalla, eran los que mayor ahínco ponían en alcanzar tan codiciada gloria; de este número, el más esclarecido por mil títulos, era el jefe de la 2.^a División republicana, el “bravo de los bravos”, el terrible Cedeño, que ciego de despecho por no haber roto lanzas en la inmortal jornada, casi podía creerse que agradeciera a Valencey la sin par entereza que mostraba, pues que ella le ofrecía ocasión oportuna de desahogar la tempestad que llevaba en el alma. A los ojos de aquel indómito soldado, Valencey aparecía como su presa, como la parte aún no apropiada del glorioso botín recogido por Páez y la 1.^a División; él solo quiere tener la gloria de hacerlo prisionero o de aplastarlo al bote de su lanza bajo los pies de su caballo.

¡Destino, quién pudiera penetrar tus arcanos..!

La gloria atrae como el abismo; ambos tienen su vértigo... el héroe se siente arrebatado y se deja arrastrar...

Toda la emulación y ardimiento que despierta y exalta la tenaz resistencia de los granaderos españoles se concentra en Cedeño: brilla en sus ojos con siniestros reflejos y da a la talla hercúlea de aquel terrible batallador de nuestras selvas, agigantadas proporciones. Al verle aparecer a rienda suelta blandiendo con mano poderosa la formidable lanza: ceñudo el rostro, torva la mirada, al frente de un grupo de jinetes que mas parecen leones y en el cual se distinguen, por su notoria intrepidez, Diego Ibarra y Rondón y Silva y Aramendi, Flores y Carvajal, nadie se atreve a disputarle el paso. Los cuerpos que a la sazón riñen con Valencey se abren en alas y le ceden el puesto. Con la impetuosidad del huracán, chocan Cedeño y sus jinetes contra el muro de acero

del cuadro invulnerable que para recibirlos torna a formar García con todo el regimiento. Una sola explosión acompañada de insólito fragor resuena con estrépito; las bayonetas y las lanzas saltan en pedazos; y el formidable cuadro, cual si de pronto hubiera sido sacudido por el brazo de Hércules, experimenta violenta conmoción, cede al choque, se rompe y deja penetrar entre sus filas a nuestros caballos impetuosos. Allí Cedeño hiere, taja y destroza cuanto resiste al bote de su lanza; cegador insaciable, siembra la confusión y el espanto entre aquellos soberbios veteranos que ruedan a sus pies como abatidos por el rayo. Al empuje cada vez más violento de sus empecinados contendores, acrece la confusión y el tumulto en las filas realistas. Medio regimiento yace por tierra bajo las patas de los caballos, y ya Cedeño cuenta por suya la victoria, cuando la voz terrible de García y su indomable brío devuelve a sus atropellados granaderos la perdida serenidad y toda su pujanza. En medio del conflicto, a punto ya de sucumbir, Valencey hace un esfuerzo sobrehumano, sacude el peso que lo postra, levanta la cerviz con arrogancia; estallan de repente sus volcados cañones y *el bravo de los bravos de Colombia*, el glorioso Cedeño, detenido de súbito por la traidora mano de la muerte, ante los resplandores del más brillante de sus triunfos, cae sin vida sobre las bayonetas enemigas sin haber dado cima a aquella su temeraria empresa.

Con aquella catástrofe, los contrapuestos lidiadores, a la par destrozados, suspenden el combate; nuestros jinetes se repliegan confusos y bañados en sangre; y delante del cadáver de Cedeño, que llena el sitio de la ensañada lid, Valencey se estremece y retrocede amedrentado.

XXXIV

¡Así, tus hijos, patria mía, supieron batallar por conquistar su libertad e independencia!, ¡y así murieron los que plugó al Destino arrebatarte en aquella jornada del definitivo vencimiento de tus seculares opresores! A ti, la herencia de sus glorias. Al mundo, el noble ejemplo de aquellas sus virtudes, que supieron probar en el martirio y que no alcanza a manchar el infecundo soplo atizador constante de mezquinas pasiones.

Después de aquel asalto tan rudo como infructuoso para nuestras armas, Valencey recobra la perdida esperanza de salvarse y con razón se cree a cubierto de mayores peligros.

Convencido el Libertador de lo ineficaz de los esfuerzos de su caballería para rendir a Valencey en el terreno que a la sazón pisaba tan disciplinado regimiento, y no siendo posible darle alcance con nuestra fatigada infantería, hace montar a la grupa de los caballos parte de los batallones Granaderos y Rifles, y les ordena perseguir y detener a los veteranos de García, mientras los otros cuerpos que marchaban a pie y que seguían al trote tras sus huellas, lograban alcanzarlo. Acertada era aquella medida; pero desgraciadamente era tardía: Valencey nos había ganado gran ventaja, camino de Valencia, y poco distaba ya de esta ciudad.

A pesar de los repetidos rechazos que a cada nuevo asalto sobre el cuadro enemigo sufrían nuestros jinetes, no desmayan, antes bien se enardecen. Durante las seis leguas que recorren en su gloriosa retirada los granaderos españoles, no cesan nuestros llaneros de acosarlos; y el áspero sendero riegan copiosamente con su sangre.

Víctima de su arrojo, Mellao cae en Barrera acometiendo a Valencey. De tan intrépido soldado guarda la tradición la postrimera frase, llena de arrogancia: a tiempo que se lanzaba sobre las bayonetas, enemigas

se ve emulado por uno de los suyos que se propone adelantársele; tal audacia exalta la bravura de Mellao, desgarrar con la espuela los ijares del violento corcel en que cabalga, y dejando a la espalda a su impetuoso camarada, le grita blandiendo con orgullo su poderosa lanza: “¡Compañero, por delante de mí, la cabeza de mi caballo!”; minutos después estaba muerto.

Igual suerte había cabido poco antes a los coroneles Arrais y Melián; y cupo luego, en Tocuyito, al brioso Olivares.

Con los postreros resplandores del crepúsculo llegaba Valencey a las primeras casas de las afueras de Valencia, cuando se vio atacado repentinamente por los Granaderos y los Rifles que saltando de las grupas de los caballos que los trajeran al galope, le acometen con simultánea decisión.

Trábase allí de nuevo ardoroso combate, García se parapeta detrás de las empalizadas y las derruidas paredes de aquella parte del poblado, y resiste, algún tiempo, el vivo fuego y el empuje de nuestra infantería. Luego abandona tan socorridas posiciones; deja en nuestro poder su artillería y no pocos heridos, y, protegido por la oscuridad de la noche, gana al trote la vía de las montañas costaneras, en seguimiento de sus derrotados compañeros que se dirigen a Puerto Cabello.

Pocas horas después, García y La Torre se juntaban al pie de la montuosa cordillera, y entre las sombras de aquella otra Noche Triste para las huestes españolas brillaron dos relámpagos que siniestros surgían de las pupilas de aquellos dos campeones, a tiempo que de sus nobles pechos, llenos de cólera y desesperación, brotaban a la par un suspiro profundo y un rugido incalificable.

El humo del último combate que sostuviera Valencey no se había disipado cuando Bolívar y el ejército patriota ocupaban a Valencia. Rápidamente dispone el Libertador las operaciones que deben practicarse

sobre Puerto Cabello. Deja a Mariño al frente del ejército, y acompañado de Páez y de uno solo de los batallones de la Guardia, se dirige a Caracas, donde con suerte adversa combatiera en sus calles el ínclito Bermúdez, el mismo día que se sellaba en Carabobo la completa independencia de Colombia.

Hacia siete años que Bolívar no franqueaba las puertas de Caracas: siete años de combates, de sacrificios, de prodigios que llenaron de asombro al Continente, de gloria a Venezuela. Inmenso júbilo produjo su presencia en la noble ciudad, cuna y antorcha de la independencia americana. El gladiador terrible, que perdidoso la abandonara en 1814, llegaba a sus puertas triunfador en 1821. Con la Capitanía General de Venezuela y el Virreinato de la Nueva Granada, perdía España sus colonias de América.

Después de Carabobo, España se vio obligada a refugiarse en la fortaleza de Puerto Cabello; único pedazo de tierra que, al amparo de sus fosos y bastiones, le quedara de aquel inmenso territorio sometido a sus armas por tres siglos. Allí fue a guarecerse el león soberbio de Castilla; más no por largo tiempo: su amurallado recinto fue asaltado por Páez en 1823 y hubo para siempre de abandonar a Venezuela.

Carabobo sella nuestra emancipación: Bolívar emprende nuevas lides; hasta el templo del sol lleva sus pasos. Bombona, Pichincha, Junín y Ayacucho son las huellas del gigante; el brillo de su espada eclipsa los más altos prodigios de los conquistadores castellanos, ella deslumbra a vencedores y vencidos y arrebató a España la libertad de un mundo.

XXXV

Sesenta años se han interpuesto entre nosotros y aquellos días de inmarcesible gloria; los rencores que suscitan las contiendas armadas, ya no existen: se olvidaron las violentas pasiones, la emulación terrible y

la crueldad recíproca; solo vive el recuerdo de las grandes hazañas y el renombre glorioso de aquellos heroicos lidiadores que, opuestos en ideas, tendencias e intereses, riñeran con sin igual bravura en pro de sus banderas.

Una misma religión, idénticas costumbres, igual carácter, noble y generoso en los arranques de genial expansión, a la vez que temible en las apasionadas manifestaciones de cólera y venganza: una madre común, los mismos vicios y las mismas virtudes, la misma hermosa lengua para jurar y bendecir, y una misma sangre, ardiente e impetuosa circulando en las venas y manchando las manos de aquellos ensañados lidiadores, hacen de aquella lucha una contienda de familia, terrible y desastrosa, como acontece en las guerras civiles. Nada sufrió el orgullo de la raza con el triunfo de los americanos en la independencia de las colonias españolas. En aquella contienda, lo nuevo triunfó de lo viejo; la monarquía inclinó la cabeza y se irguió la república. La victoria, en síntesis, corresponde a la idea. Después de tres siglos de dominio absoluto sobre la vasta región del Nuevo Mundo, España no fue vencida sino por España. Las glorias castellanas no fueron empañadas; con la espada del Cid triunfó Bolívar: la histórica *tizona* blandíala un descendiente del héroe de Vivar.



COLECCIÓN BICENTENARIO CARABOBO

COMISIÓN PRESIDENCIAL BICENTENARIA DE LA BATALLA Y LA VICTORIA DE CARABOBO

PREPrensa e impresión

Fundación Imprenta de la Cultura

ISBN

978-980-7301-39-8

Depósito legal

DC2021000452

Caracas, Venezuela, mayo de 2021

La presente edición de
VENEZUELA HEROICA
fue impresa
en los Talleres
de la Fundación
Imprenta de la Cultura
durante el mes
de mayo de 2021,
año bicentenario
de la Batalla de Carabobo
y de la Independencia
de Venezuela

La **COLECCIÓN BICENTENARIO CARABOBO** reúne voces y obras emblemáticas de la historia, la literatura y el pensamiento social que expresan nuestra identidad, como homenaje de la Presidencia de la República Bolivariana de Venezuela a los 200 años de la gran victoria del pueblo sobre las fuerzas imperiales españolas, gesta que nos dio a las venezolanas y los venezolanos el poder de decidir un destino propio y nos hizo ganar la independencia y la soberanía por las que hoy seguimos luchando.



Venezuela heroica La necesidad de recuperar el pasado histórico desde una dimensión inédita y al mismo tiempo épica, la conformación de nuestra nacionalidad, y el orgullo de ingresar a una ciudadanía modélica y moderna conjugaron –dentro del imaginario nacional– la importancia de la gesta emancipadora para elevarla a un nivel simbólico y colectivo. Es la época de las pinturas de Martín Tovar y Tovar, la inauguración de la estatua del Libertador en la plaza Bolívar (1874), la creación del Panteón Nacional (1874), el decreto de llevar a Himno Nacional la canción popular y patriótica “Gloria al Bravo Pueblo” (1881), y la celebración del Centenario del nacimiento de Simón Bolívar (1883). En ese contexto de reivindicaciones históricas se escribe *Venezuela heroica* en 1881. Eduardo Blanco ha creado una epopeya americana: ya desde el mismo año de su publicación se sucedieron varias reediciones. Un lector de su tiempo, impactado por la fuerza de esta novela declaró: “Cuando se deja este libro de las manos, parece que se gana una batalla”. Era José Martí.

COLECCIÓN BICENTENARIO CARABOBO

